MASTER
NEGATIVE
NO. 92-81104-1

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

MARIA DE JESUS DE AGREDA

TITLE:

ESCALA PARA SUBIR
A LA PERFECCION

PLACE:

BARCELONA

DATE:

1915

Master Negative #

92-81104-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

149.3
M338

María ~~Coronel~~ de Jesús de Agreda, Mother 1602-1665.
...Escala para subir a la perfección... Barcelona, herederos de Juan Gili, 1915.
128 p. 19½ cm.

At head of title: Otras obras de la ven. Sor María de Jesús de Agreda. I.)
Prólogo signed: Lic. Eduardo Royo.

190933

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 2-16-93 INITIALS MGY
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Columbia University
in the City of New York

LIBRARY

OTRAS OBRAS

DE LA VEN. MADRE

SOR MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA

BAJO LA DIRECCIÓN

DEL EXCMO. SR. OBISPO

DR. D. SANTIAGO OZCOIDI Y UDAVE

OTRAS OBRAS
DE LA VEN.
SOR MARIA DE JESÚS DE ÁGREDA

I

ESCALA

para subir a la perfección

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI, EDITORES
CORTES 581 1915

30-49345
Aperon

Es propiedad de las Religiosas Concepcionistas de Ágreda.
Queda hecho el depósito exigido por la ley.

149.3
M338

PRÓLOGO A ESTA PRIMERA EDICIÓN DE LA «ESCALA»

«Consta en los Procesos—decíamos en la Biografía de la Ven. Madre recientemente publicada [1]—que entre los tratados que Sor María compuso, y quemó en las ocasiones dichas, se hallaban,... Uno que trataba del orden de la naturaleza y del conocimiento que tuvo de todo lo criado... Otro una Escala para subir a la perfección y aprovechar en el camino de la virtud... Otro un libro que intitulaba Leyes de la Esposa... Otro un jardín espiritual para la vida del alma.—E igualmente consta que, aunque en las dos ocasiones mencionadas desaparecieron todos los escritos que conservaban la Venerable y el confesor, todavía se libraron de las llamas algunos autógrafos y varias copias de los tratados que compuso; pues en vida del P. Andrés algunos devotos de la Venerable, en especial un religioso, gran confidente del P. Latorre, adquirió muchos de aquellos primeros escritos; los cuales, llegando a poder del último confesor que tuvo la Venerable, y conferidos por éste con la Sierva de Dios, fueron comprobados y autorizados en cuanto a la verdad y exactitud de su contenido.—De estos autógrafos se conservan tres... Y copias tenemos de los Tratados, La Escala espiritual, el Jardín espiritual y el Nivel del alma.»

De dos copias, pues, de la Escala, pertenecientes al archivo de este convento de Concepcionistas y «de-

[1] Tomo V de la Nueva Edición de la Mística, nn. 230-232.

ducidas fiel y legalmente por varias personas fidedignas de los escritos originales de la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda», tomamos esta Obra, anotando en el lugar correspondiente las ligerísimas diferencias que en ambas se encuentran.

El argumento de la Escala nos lo concreta la misma Autora en estas palabras: «En la hora de la oración, estando recogida interiormente[1], me mostró el Señor una escala de grande altura y belleza. Estaba firmada sobre una cruz: la cruz en la tierra, y llegaba la escala desde ella hasta el cielo. En lo último de su eminencia la estaban sustentando Cristo nuestro Señor y su santísima Madre. El Hijo procedía del trono del Padre eterno, y estaba el Padre mirando todo esto: y con aquella vista amorosa parece que llamaba y convidaba a subir. Yo estaba al pie de esta escala mirando estos misterios, y con la voluntad y deseos allá arriba. Deseaba mucho subir a lo último, pero me detenían mostrándome que para llegar había de trabajar mucho: y con mostrarme esto me llamaban con eficacia a que subiese y trabajase; y para esto me convidaban y ofrecían ayuda. Conocía era la voluntad del Señor subiese y me dispusiese para ello; y sin resistencia me ofrecí a la Reina de los Angeles, y Su Alteza se me ofrecía a ser mi intercesora para alcanzar este bien... En medio de la Escala estaba un Angel bellísimo como mirándome, y con su vista me persuadía a que procurase subir. Entendí era el de mi guarda... Lo que entendí de cada una de las gradas de esta Escala iré declarando, y se verá como en un dechado en ella el orden de mi vida y mercedes del Señor, que sin merecerlas me ha hecho Su Majestad...»

Es cierto que no podemos presentar completamente

[1] Tuvo esta visión al poco tiempo de profesar.

acabado este libro de ascética y mística de la Venerable, probablemente porque Sor María no lo terminó; pero existen, no obstante, razones poderosas que mueven a publicarlo tal como lo tenemos.

La primera razón es, para que los amantes de las letras y de la literatura patria puedan saborear uno de los primeros escritos de la Autora de la Mística Ciudad de Dios, inscrita desde el año de 1726 al frente de la primera y clásica edición del Diccionario de la lengua castellana en el número de las autoridades de nuestra lengua: pues, aunque Sor María escribió la Escala en la juventud, cuando todavía no había formado su estilo propio, grave y escolástico, habla en ella con una sencillez y viveza que encantan, y expone ya en aquella edad las ideas y frases con el orden admirable de su varonil y bien disciplinado entendimiento.

La segunda, porque la doctrina de la Escala, que se asemeja a la de santa Teresa en Las Moradas y a la de san Juan de la Cruz, contiene utilísimas enseñanzas de teología mística. En los capítulos o párrafos, sobre todo, que versan acerca del camino falso de la vida espiritual, discurre la Venerable y da reglas sapientísimas y prácticas, al parecer, como ningún autor de mística: indican, en efecto, algunos otros autores estas reglas, pero con la claridad y energía con que las describe la Sierva de Dios, creemos que ninguno.

Es la tercera, porque, si bien entre las obras inéditas de Sor María no hay otra como la Escala en que de intento se ponga a desarrollar todo su sistema ascético-místico, sin embargo, abrigamos la esperanza de poder reconstruir toda la doctrina mística de la Venerable con la publicación de las Obras que escribió posteriormente, subsanando en cierto modo lo que nos falta en la Escala.

Y finalmente es la cuarta, dar a conocer un motivo más para juzgar favorablemente de la obra de Sor María *Mística Ciudad de Dios*: pues quien tan a fondo conoce los engaños del demonio y del amor propio, y quien tanto teme, y aun se horroriza de todos los gustos, visiones y revelaciones, buena prueba da de la solidez de su espíritu y de la veracidad de sus escritos.

Es de esperar, por lo tanto, que la aparición de esta Obra prestará algún servicio a la literatura española, contribuirá al conocimiento más claro y a la seguridad del verdadero camino de la perfección, y redundará en gloria y alabanza de la Purísima Virgen María y en honor de su discípula la Venerable Madre. Así, al menos, lo entienden el excelentísimo señor Obispo de nuestra diócesis, don Santiago Ozcoidi y Udave, bajo cuya dirección se publican ésta y las demás Obras de Sor María, y las Religiosas Concepcionistas, que con sumo gusto aceptan los sacrificios no pequeños que importa la impresión de todos los escritos de su amada Madre y Fundadora.

LIC. EDUARDO ROYO, PBRO.

ESCALA
PARA SUBIR A LA PERFECCION

INTRODUCCIÓN

Hízome el Señor una merced muy grande en una visión imaginaria. Púsome Su Majestad al pie de una bellísima escala, y mostróme había de subir por ella. Y fué así, porque en los tiempos en que el Señor ha continuado estas mercedes, me parece ha sido ir subiendo por esta escala. Y así para declararlas mejor, porque en esta causa se examine para quedar yo segura, lo haré por las gradas de ella, diciendo en cada una las mercedes que la Majestad de Dios me ha hecho, repartidas por sus tiempos. El Señor dé luz para el acierto. Harto temerosa me tiene esto, a cuya causa escribo violentada y con temores mil, y con deseo de que los tenga quien lea estos papeles, no dando a lo que en ello dijere más aprecio que en los ojos de Dios tiene. Bien sabe Su Majestad que si conforme mi dictamen y deseo se hubiera esto de gobernar, ni yo escribiera ni de ello hablara, sino lo forzoso para la seguridad; pero por la obediencia yo me sacrifico al Señor, y por su amor sólo hago esto.

§ I

Declaración de la Escala

En la hora de la oración, estando recogida interiormente me mostró el Señor una escala de grande altura y belleza. Estaba firmada sobre una cruz; la cruz en la tierra, y llegaba la escala desde ella hasta el cielo: en lo último de su eminencia la estaban sustentando Cristo Nuestro Señor y su Santísima Madre. El Hijo procedía del trono del Padre Eterno; y estaba el Padre mirando todo esto; y con aquella vista amorosa parece que llamaba y convidaba a subir. Yo estaba al pie de esta escala mirando estos misterios, y con la voluntad, deseos, allá arriba. Deseaba mucho subir a lo último, pero me detenían mostrándome que para llegar había de trabajar mucho; y con mostrarme esto me llamaban con eficacia que subiese y trabajase; y para esto me convidaban y ofrecían ayuda. Conocí era voluntad del Señor subiese y me dispusiese para ello. Yo sin resistirme me ofrecí a la Reina de los Angeles, y Su Alteza se me ofrecía a ser mi intercesora para alcanzar este bien; y es cierto que en todo ha sido esta Señora mi amparo, y que por Ella se me han concedido grandes bienes, y he salido de grandes trabajos. En medio de la Escala estaba un Angel bellísimo como mirándome, y con su vista me persuadía a que procurase subir. Entendí era el de mi guarda.

Lo que se me mostró había de haber para subir era firmarme en la cruz, y caminar por ella, y procurar las virtudes, y trabajar por alcanzarlas ofreciéndome fuerzas para conseguirlo, y si lo hacía grande premio. También me parecía que había mucho que hacer para subir del todo; esto se me mostró y quedó mi alma con mucho aliento, por conocer que en subir por esta escala consistía todo mi bien y acierto. Tuve inteligencia de que subiría, y parece que fué así por lo que he experimentado. Lo que entendí de cada una de las gradas de esta Escala iré declarando, y se verá como en un dechado en ella el orden de mi vida y mercedes del Señor, que sin merecerlas me ha hecho Su Majestad.

Lo primero de esta escala, y el fundamento a donde se ha de firmar es la cruz, para que puesta y fijada la escala en cruz, vaya segura; cruz, cruz había de ser el cimiento para tan alto edificio. Y si este camino de la vida o virtud no va con tal fundamento firme, no se puede conseguir lo que el Señor me pide, ni sería como me muestra el verdadero camino: si es verdadero, por la cruz ha de ir, y en cruz ha de estar puesto.

Para mayor enseñanza me mostró Cristo, mi bien, no sólo el buen camino, sino también el que no lo es, porque mirándole lo deje, y huyéndolo no me impida el subir. Hame parecido no pasar de aquí hasta declarar el falso y mal camino para que visto el desengaño, y luces que mi Señor me ha dado en este particular, se conozca con tanta razón, como ella muestra, la que tengo yo en temer mucho, y no asegurarme demasiado en esta vida hasta que pasada esta escala bien, y bien subida, estemos en la gloria, donde no hay que temer. El Señor lo haga por su bondad. Amén.

§ II

Razones que tiene el alma de temer aun en el camino espiritual

La mayor felicidad de la vida humana dicen que es

ser bien afortunadas las criaturas, y tener luz por donde alcanzar lo que hace feliz la suerte. Y si a alguna persona de las que tanto esto desean, le diese otra luz por donde lo ha de ganar e ir segura en su dicha, qué estimada y obligada se hallaría de quien recibió tanto bien? Y si por ventura a alguno de los que desean honras en esta vida, y ser de los grandes en la gracia del rey, el mismo rey le diese esta importante luz, y se le diese por obligado sin haber recibido de él ningún servicio, y le llamase e hiciese de los de su corte, éste sí que sería favor de estima y cuanto al mundo ser bien afortunado.

Pues, ¡pobre de mí! Si esto sucede en lo momentáneo, caduco y perecedero, y aquí se reconoce obligación y merced recibida, ¿qué será en la que de veras se puede llamar ya mil veces feliz suerte? ¿Qué será en hacer Dios al alma de su casa, y de sus queridos, y aun llamarla a la corona, y darla luz por donde ha de alcanzar esta dicha? ¿Qué será en que el mismo Rey y Señor se dé por obligado, y se humane a darle luz en donde puede haber peligro? ¡Oh, qué gran dicha y qué feliz suerte! Todo esto digo por ponderar más mi obligación, y decir cuán grande es en haberme mostrado mi Dios y Criador, mi Rey y Redentor, en qué está el engaño, y cómo me he de apartar de él. Gran dicha, por cierto; téngola por la mayor merced que Su Majestad me ha hecho; pues sin esta luz las demás mercedes corren mucho peligro.

Paréceme que me mandaba el Señor con mucho rigor haciéndome para ello grande instancia:—Este es el camino errado, guárdate de él, a Mí me desagrada, y así no lo sigas; pero ni lo pienses ni imagines; no turbes tu interior con tales tinieblas; la luz divina es la que ha de alumbrar a tu alma.—Mostróme el Señor cuán peligrosa es esta vida, y que el camino espiritual

es muy vidriado y grandemente peligroso, no por serlo él, sino porque lo andamos y caminamos nosotros. Cosa horrenda por cierto, y digna de toda lástima, que este nuestro natural sea tan peligroso, que al tiro de una acción, al combate de un pensamiento suele caer, y perder la gracia de mi Señor, siendo un don tan grande, una dicha tan preciosa.

Cierto, que con licencia de mi Señor y Criador me querría aquí quejar un poco. Porque, Señor, a quien hay tan poco que fiar como a la criatura, ¿por qué, mi Rey y Señor, le habéis fiado tanto bien? ¡Qué es esto, Señor! ¿Por qué en vaso tan quebradizo y peligroso y de sí tan insuficiente habéis puesto tal licor y joya? ¿Por qué nos habéis dejado libertad? Pero, ¡oh alta providencia! lo mismo que nos da vida correspondiendo a la gracia, nos mata faltando a su debida correspondencia: por donde ganamos, que es querer el perder, perdemos; por obrar bien o mal, con amor a Dios o amor al amor propio. ¿Quién no ha de temer esta facilidad inconstante?; que cosa tan preciosa como la gracia esté expuesta a tantos peligros, y el alma que la posea a tan grande detrimento? No sé cómo decir lo mucho que en este particular quisiera, y el Señor me ha dado a entender. ¿Quién no ha de temer, pues al fin puede ser que nos condenemos: y lo que puede ser no está fuera de ser, o dejar de ser. Y que sea posible es, que se salvan pocos, y de los cristianos acaso los menos; y de los pocos que acá sabemos con certeza, ¿qué camino han llevado de trabajos y afrentas y martirio? ¡Oh santos míos, lo que os costó lo que ahora gozáis! ¡quién no ha de temer! Esto me atemoriza; y no menos, que un san Pedro no fué más fuerte ni constante que hasta la ocasión: y si pecó cuán amargamente lloró. Un san Pablo ¡qué obras hizo en dándole el Señor luz? De aquel regalado cole-

gio de doce Apóstoles, que Su Majestad escogió para dignidad tan alta, y enseñó por Sí mismo, viendo ellos el ejemplo tan raro de su divino Maestro, y criándose a sus pechos divinos con tan singular doctrina, de tan pequeña grey los tres no correspondieron a su obligación; el uno vendió a su Maestro, el otro le negó y el otro no le creyó. ¿Cómo yo pobre de mí, fiaré de mí, tan pobre y tan miserable?: ni ninguna criatura de sí misma? Pues, de los tres los dos buscaron la medicina; ¡qué hicieron, qué lágrimas derramaron! ¿Qué hizo una Magdalena con haber oído a su Maestro y Redentor,—*perdonados te son tus pecados*—? ¿Qué una Egipciaca? ¿Qué un san Juan Bautista santificado en el vientre de su Madre? Pues, si esto es así, ¿cómo los que estamos entre tantas culpas, faltas y miserias, nos podemos consolar durmiendo a sueño suelto? Y si enemigos fuertes nos rodean, como es verdad, ¿cómo nos descuidamos, siendo enemigos que siempre velan, y nosotros tan dormidos?

Mostróme el Señor cuán cuidadoso anda el demonio, cómo nos rodea, y con qué atención mirá por dónde hará presa. Amonestábame Su Majestad y me mandaba velase yo, y con diligencia lo venciese. Conforme lo que en este particular siento, me atrevo a decir que son pocas las palabras que hablamos, y obras que hacemos en que el demonio no tenga alguna parte o ganancia, sino es en algunas personas que el Señor con sus guardas y armas poderosas reserva con más particular misericordia: y esto, porque la providencia del Señor no puede estar sin tener con quién emplear sus riquezas. Digo no puede estar, por lo que su bondad infinita ama a las criaturas, que ya se sabe no ha menester a nadie, sino para mostrar sus grandezas y misericordias. Mandábame el Señor velar y temer lo necesario para no caer. Esto tengo de hacer y en esto

tengo de velar; y para hacerlo me hacen interiormente tal fuerza, que aunque yo estuviera tan ciega que quisiese resistir a este impulso, no parece que podría: llámame fuertemente mi Dios y mi Señor; dame voces, y como verdadero Pastor da el silbo; y tal vez con particulares trabajos tira el cayado, no dejándome alegrar ni hacer asiento en lo perecedero.

¡Oh, qué fiel ha sido el Señor en esto, y no menos en darme unas sospechas interiores, si el camino que llevo es verdadero, si voy camino derecho, si estoy en gracia, si la perderé por mis pecados! Y para estos temores ha ayudado el demonio deslumbrándome las misericordias de Dios, y valiéndose de mi natural tímido: y tal vez las criaturas de acá, permitiéndolo el Señor, decían lo mismo, que todo lo que pasaba por mí era engaño. Y todo esto confieso que me ha sido de provecho, porque me ha apartado del peligro que pondré ahora aquí. Y así digo, y lo puedo decir, ¡dichosos temores para mí, que habéis sido grillos de mis desórdenes e imperfecciones!—De este género de trabajos de temores no me detengo aquí a decir más; será en otro lugar.

§ III

Declárase en general el camino falso y engañoso

No es mi intento tratar aquí de los que de voluntad se meten en el peligro, y queriendo o de pasión o de malicia, pierden la gracia de Dios. De éstos sólo digo, que si quieren el mal no saldrán de él hasta que no lo quieran, ni podrán salir sin particular ayuda de Dios y del mismo Señor a quien ofenden; que aun la necesitan mayor los que pecan de malicia que los que caen de ignorancia. A los cuales se les puede

decir no os degolléis a vosotros mismos, no queráis de vuestra voluntad daros contra vosotros mismos la sentencia; que es temeraria locura poner el reo al juez delante de los ojos la sentencia de su muerte firmada de su propia voluntad.

Esto de que con voluntad nuestra nos podemos condenar me aflije; y que con ella haya quien quiera su perdición y carecer de un Dios tan bueno, me asombra. Cierto, que considerando esto me parecía dificultoso que se condenasen tantos de los que tienen las luces de la fe, y que hubiese tantos que de voluntad tengan tanto mal. Cosa es de admiración, dando la conciencia latidos como da, cómo ella los deja, o cómo la pudieron sufrir a ella. Terrible es, a mi parecer, su batería, no hay cosa más insufrible y recia, pues la conciencia no consiente nada. Qué latidos da; leal es, y por serlo tanto, me hace dificultad que alguna persona esté mucho tiempo en pecado conocido; pero este natural nuestro tan terrible lo atropella todo.

Estando yo un día en esta dificultad me atreví a hacer esta pregunta al Señor. Díjele: —¿Cómo, Dios mío, todos los que yo he visto y hablado, y aun todos los del mundo quieren ir al cielo, y son pocos los que se salvan? Todos dicen, yo al cielo quiero ir: quién se fuese al cielo; pido a Dios que me lleve al cielo; todos dicen esto. Pues, Señor, ¿qué es la causa de que se salven tan pocos? Respondióme el Señor.— Oye, la causa de eso es que los hombres de su natural desean el descanso y escusar el trabajo, y como la fe enseña que en el cielo hay descanso tan lleno y tan cumplido, sin ninguna penalidad, todos apetecen el ir allá; pero el camino por donde se ha de ir a esa felicidad es camino de cruz y espinas. Cuando van a entrar por él, como al entrar les es penoso y pesado, o

no entran en él, o no quieren proseguirlo; y como no quieren granjear el cielo por el camino del trabajo que es sólo el que lleva allá, así se salvan tan pocos. — Muy satisfecha quedé con la respuesta y la luz de la verdad de ella. Al fin muchos se pierden por su voluntad conociendo su daño; y de los que así caminan no hablo yo en lo que iré diciendo.

De los que trato es de los poco alumbrados en este camino, de los que con ignorancia pueden padecer engaño en el camino espiritual. Y para que yo con ella no cayese en ellos, quiso Su Majestad desnudarme del engaño y vestirme de la verdad. Mandóme que me apartase de todo género de espíritu que no tuviese toda verdad y simplicidad de corazón, de todo género de espíritu de libertad propia y que no fuese del todo resignada y sujeta a la voluntad de Dios y de los prelados, del espíritu poco humilde y rendido, de todo aquello que se apartase y saliese de la virtud[1] de la perfección, y no sólo de lo que de suyo es malo y viene sin rebozo, sino de las imperfecciones que puede haber en lo que de su naturaleza es bueno. Dióme Su Majestad particular luz de los peligros y en qué los puede haber. El 1º, en hacer penitencias desordenadamente, eligiéndolas el alma por su voluntad. 2º, en quitarse la comida sin prudencia. 3º, en tener oración sin atender a las tentaciones de ella. 4º, en los favores de los principios, por no examinar si son verdaderos, o de qué nacen, o por qué causa Dios los envía. 5º, en los arrobamientos de los principios, por no examinar si son verdaderos. 6º, en pensar el alma está muy adelantada estando muy atrás. 7º, en las visiones imaginarias y revelaciones. 8º, en parecerle ha llegado a unión no siendo así. 9º, en las peticiones a Nuestro Señor por no pedir fielmente. 10º,

[1] En otras copias se lee «rectitud».

en no descubrir al confesor cuando la conciencia dicta puede haber algún engaño. 11º, en el confesor por no ser docto y experimentado. 12º, en no salir del estado a que pueden traer estos peligros y engaños. La explicación de estos doce daños o peligros iré proponiendo, y declarando en particular cada uno de ellos.

Paréceme esta escala al contrario de la del verdadero camino; y es así, que éstos son los escalones de la perdición: y hay otra diferencia, que allí suben gradas con afán y trabajo, y aquí se bajan con gusto, al entender de las almas que van por ella erradas. Caminar por amor propio, luego por ostentación, después por mala vida llena de vanidad, y para quien quiere esto el cumplirse es bajar con descanso, porque se cumple su querer y propia voluntad. ¡Oh desdichado querer!, que en el despeñarse un alma haya libertad. Como falta aquí la luz, ¡qué a ciegas anda la tal alma!, pues va encontrando y maltratándose en esos yerros, y no siente sus daños. Lo que aquí es de lastimar mucho, es que haga el demonio tanto estrago, tomando por rebozo la virtud, pues cuando con ella va más cubierta el alma, es más peligroso; y todo el daño está en parecer se va por el camino derecho, y ser el contrario.

Quisiera decir todo lo que siento y lo que en este particular he entendido, pero no podré: diré algo declarando lo de arriba, y cuán misericordioso ha sido el Señor conmigo en darme luz para conocer esto y apartarme del engaño. Por su Sangre santísima sea así, que yo vaya lejos de errar y que acierte. Empeño es éste de Su Majestad mirar por esta alma que tanto desea que sea toda suya. Diré lo de san Agustín.—Dadme lo que me pedís, y pedid lo que quisiereis.—Pues Su Majestad me pide y me manda que yo me aparte de este errado camino, hágalo como piadoso

Padre y fiel Esposo. El escribir en esta materia es mandato de Su Majestad, y así lo hago.

Hame dado a entender, que siente mucho este género de ofensas, porque es tomar por instrumento para la maldad las mercedes que hace a sus siervos; y es menospreciarlas, pues con esto las que hace Su Majestad a sus queridos padecen mucho detrimento. Mostróme, que una de las mayores ofensas que se le hacen a mi Señor es ésta, porque la humildad es la que aquí falta, y la soberbia la que más se entromete; y esto es lo que más desagrada a nuestro Señor: bien se colige de lo que hizo con los Angeles; y así es consiguiente que de opuesto a esta virtud haga a los hombres demonios.

También se le ofende aquí mucho a mi Señor, porque quiere corazones leales, y aquí no los hay, ni lo son los tales; quiere corazones sencillos, y no lo son; quiérelos verdaderos, y quien anda siempre con armonía de invenciones, muy fuera está de estas virtudes; quiérelos muy hijos de la Iglesia y de su verdad, y los que andan en ella sembrando tal cizaña, enemigos son de este buen proceder.

Mostróme el Señor, que en este género de pecados, cuando son con afectación se le ofende mucho, porque tienen más malicia que los demás pecados ordinarios que suelen cometer, porque impelen con vehemencia a la caída; pero a los de este género sola la malicia y vanidad mueve a hacerlos: ningún pecado tiene razón ni excusa, pero los de este género menos. ¿Qué te mueve, alma, qué te impele, qué te obliga a tan dañosa simulación? Si estimación, mira que la que los hombres hacen es falsa; mira la de Dios que quiere tanto al alma que está en gracia; ésta es la que importa: y aprecia que el Señor te ame, que puede y quiere; no las criaturas, que quieren y no pueden. Mira

que el demonio hace contigo lo que el lobo con la oveja; mira que te allana el camino, y éste falso; que es un mar peligroso de profundas aguas cubierto con las falsamente hermosas flores de vanidad y estimación; y en poniendo el pie en ellas te hundirás hasta el abismo. Duélete, alma, de ti misma, y busca el descanso que dura, porque éste luego se acaba.

¡Cómo me he alargado! El Señor me perdone, que el afecto que siento en mi alma, tal vez la hace salir de sí. Háceme mucha lástima esto, y quisiera remediarlo como sabe Dios que lo hiciera. ¡Pero lo que desagradan al Señor estos artificios! Este dolor y aviso es porque, si bien a los principios ignora el alma el peligro y daño de su amor propio, disimulado y oculto después sucede, que por haberse dejado llevar y engolosinar de la satisfacción propia y aplauso, trabaja más por el lucimiento de la virtud que por echar fuera este enemigo casero; y así viene a querer su amistad, y hace que sea voluntario y querido el daño que antes ignorantemente era sólo admitido; y se halla el alma lejos de Dios, llena de soberbia, y aficionada a la vanidad y apariencia. Remédielo Dios.

§ IV

Peligro que hay en hacer penitencias eligiéndolas el alma de su propia voluntad

Todo lo que no se hace con discreción y prudencia trae consigo su peligro, y no menos en esta materia de penitencias o asperezas. Mostróme el Señor en este artículo, que podía haber peligros y engaños en hacer penitencias demasiadas, que quiten la salud. Y no sería éste el mayor daño, si la intención fuera buena y sincera; pero en este exterior hay más peligro. Parécele tal vez al alma con un fervorcillo que le viene, que es más hacer penitencias que obedecer, y podrá ser nacido el fervor de amor propio: pues como en lo demás toca también ese veneno con sólo que el demonio ponga escondidamente en la imaginación lo que él desea, esto es, que lo que ha hecho, si lo comunica, que se ha de saber, y que la tendrán por buena, hará el alma tocada de este amor mil invenciones de penitencias y cosas extraordinarias; y como el hacerlas no es con luz de Dios, el desacierto es más fácil y aun vienen a no ser de valor las penitencias sino de daño.

Es muy oculto este mal y llaga sobresanada, (hablo aquí de lo imperfecto); y si los principios lo son, qué muy malos fines habrá y medios, si no se ataja a tiempo el daño. Para hacer el demonio su obra, siempre se vale de criaturas de acá, y ellas con buen fin e ignorando su astucia le suelen ayudar. Con buena intención entra el daño en muchas cosas, y como las criaturas suelen luego atender a lo que ven, es fácil engañarse. Puede haber en un alma, como dicen, buena cara y mal envés, buenas obras y mala intención: llega ésta a comunicar sus extraordinarias penitencias, y el confesor que sólo atiende a lo que ve, que es lo exterior, entra luego en admiración y en maravillarse para darlo a entender si no a ella misma, o a otras criaturas; por ahí se va derramando la maravilla, y entre la ostentación y aplauso que es a lo que se apega el natural: y el demonio que no duerme en darle a entender esa estimación al alma, y tal vez declarársela por medio de esas criaturas, y muchas acordársela, y aquí está mucho daño; y aunque el alma no lo conozca, ya con estos principios queda dispuesta a mayores daños y males: y la serpiente ha echado su veneno, y el corazón queda inficionado; va creciendo

y echando raíces que después con dificultad se quitan.

Pues para que las penitencias que son tan importantes en el camino espiritual se hagan sin peligro, ¿qué sera menester? Lo que yo puedo responder es lo que a mí se me ha mostrado; y lo que el Señor me ha mostrado haga es, que me apartase de todo lo que arriba he dicho en todos los ejercicios y penitencias; que no me alegrase livianamente haciéndolas, que esta alegría viene de ostentación y vanidad; ni me pareciese que por hacerlas hago algo, pues delante de Dios todo lo que se hace respecto de lo que se debe es nada, que esto sólo es comenzar y con amargura; que me humillase mucho por esto, y porque no hago más por el Señor y meramente por su amor, y que sólo con estas condiciones lo haga; y para asegurarme en esto, que no haga cosa por mi voluntad sino con la obediencia, que ésta es la mayor seguridad; y que el confesor aquí mande y ordene lo que el alma ha de hacer, conforme buena prudencia y las fuerzas que tenga la súbdita, y esto con severidad y mortificación; y el alma a quien Dios hiciere esta merced, de que todo lo haga por la obediencia, téngala por muy grande, y crea se la hace Su Majestad muy señalada: y esté cierta hace más en dejar por obediencia una gran mortificación y penitencia, que si la hiciera por su voluntad propia, y se mortificara hasta derramar su sangre.

Y no sólo se me da a entender, que ésta es ganancia por lo que el alma puede recibir de mortificación por no hacer obedeciendo su voluntad en lo que desea, sino que aunque Dios diese a un alma tanto bien, que en obedecer tuviese mucho gusto, y aún en lo que fuere contrario a su natural se le quitase esa contrariedad con la obediencia, y el obedecer le fuese alivio y gusto, con todo eso en obedecer ganaría más el alma.

Toda esta virtud tiene la santa obediencia para suplir la falta que el alma tendría por no hacer la penitencia que desea; pues ¿no es cosa dichosa, que pueda yo regalarme con obediencia y gane más que martirizándome por mi voluntad?

En verdad, que los que tenemos mucho amor propio podemos escoger este camino, como los malos trabajadores que buscan trabajar menos y ganar más; en este camino tenemos más seguridad, más ganancia y menos trabajo. ¡Válgame Dios, qué ventaja, qué seguridad, qué consuelo siente el alma en conocer esta verdad! ¡Qué deseo tiene la mía de ir por aquí! Por la voluntad del Señor no se me hace dificultoso sino muy llevadero; porque es un dejarse y vivir sin cuidado, pues hay quien cuide de ella; ¿qué más descanso? Yo lo siento en mi alma en el obedecer, y me hace notable provecho y alienta mucho. Digo que debe de ser por lo que dije arriba, de ganar sin trabajar; pues deseos grandes me dió el Señor de hacer grandes penitencias; y cierto, venía tiempo en que no los podía sufrir, porque como me hallaba tan afligida[1] y en toda mi vida ha sido tanto lo que he recibido que siempre ando con aquel verso en la boca:—*quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?*; y no hallo qué dar al Señor, aunque éste es el mayor consuelo, que Su Majestad lo tenga todo; con todo eso, con esto que nos dejó libertad, quisiera emplearla bien, y así siempre deseaba hacer grandes cosas en el servicio de mi Señor: digo pues, que con tener así estos deseos, llegando con ellos a pedir licencia al padre espiritual para ejecutarlos, no sólo no me la daba, sino que me respondía aún ásperamente un no, y me quedaba en unas ansias y mortales deseos; así se pueden llamar, porque tal vez quitan o han de quitar la vida. Este

[1] O. c. «obligada».

fuego del espíritu tal vez se templa con hacer alguna obra, que ésta es el agua que lo modera; y con estar así, muy pocas veces me daba licencia, y si me la daba era al contrario de lo que yo pedía; y en esto acertaba y es lo que se ha de hacer; harto me hizo, págueselo Dios. Siempre juzgué que acertaba, y que yo era la que erraba; y para mí tengo esta acedía que me mostraba, por mayor acierto y favor, que si hubiera condescendido con mis peticiones y ruegos.

Háseme ofrecido ahora una cosa dictada por el interior de un engaño que hay en algunas almas, y es que, como el confesor, para hacer bien su oficio, ha menester probar estas súplicas y no condescender con ellas, cuando con algunas lo hace así, a las que no van camino seguro, el efecto que les hace es prorrumpir diciendo:—éste mi confesor no es bueno para mí, no me deja hacer, encógeme, no es docto, no entiende, no es para regir almas espirituales, no es experimentado;—y otras cosas a este modo.

A mi parecer, conforme lo que entiendo, y no me rijo por mí sino por lo que se me muestra, quien hace esto, o descubre este secreto, tenga su camino sospechoso, y más en mujeres, que a nosotras sólo obedecer nos toca, y a los padres espirituales el mandar, gobernar y juzgar estas cosas. Y si esto hace repugnancia, es cierto que hay bien que cepillar, y que no está el alma bien fundada. Estos son principios, y se pueden remediar mirándolos luego con ojos desapasionados; y cierto se verá luego, porque una pasión en el alma sube más que todas las virtudes, y cunde más. Con un ejemplo me declararé de lo que en esto siento. Paréceme que es como los buenos olores, que juntados al almizcle de algalia, estoraque y ámbar, todos juntos causan un suavísimo olor, pero si viene un olor malo, es tan subido y poco humilde

por ser malo, que quita la suavidad de los otros. Así acontece aquí; todas las virtudes un suavísimo olor para Dios; viene un deseo de hacer alguna penitencia exterior con apariencia buena de hacer algo por Dios; y si ese deseo no viene de Su Majestad sino que nace de amor propio, de estimación o vanidad, aunque disimulado, hace el efecto que el mal olor; destierra las virtudes, en particular la humildad; sale más, porque sube por no humilde, y todo lo bueno arrincona; pero si el deseo viene inspirado por Dios y nacido de su amor, enseña obediencia y humildad; que sus inspiraciones santas a esto mueven y esto enseñan.

El mayor mal que aquí hay, es que sea tan poco humilde quien tiene este mal olor; que percibiéndolo no lo quiere descubrir, que si lo hiciese, los médicos del alma le aplicarían remedio. Esta enfermedad conoce, y no lo dice. ¿No se ve que la pasión causa esta ceguera? ¡Oh, Señor, y quién pudiera desengañar a todas las almas del mundo que tuvieran este engaño! No digo hacerlo yo, que presumir esto sería poca humildad, sino que lo hiciese quien lo entiende y puede; que yo sólo el efecto quisiera; y de esto hablo; que deseos bien pueden ser muy grandes aún en quien vale tan poco.

Digo, pues, que quisiera ver todas las almas desengañadas en esto de descubrir su interior. ¡Pobre de mí! ¿Para qué es tanto ruido de vida espiritual, y por qué camino de virtud voy si no se vencen los peligros? Toda la virtud espiritual consiste en vencer pasiones, enemigos y peligros, porque si ellos me vencen, camino de mi perdición es. ¿Para qué es el padre espiritual, sino para comunicarle las tentaciones? no es sólo para las revelaciones, y lo que toca a nuestra alabanza; la perfecta humildad es, que las cosas muy

ruínes y propias de criaturas se digan primero. Todo esto digo porque no hemos de callar la llaga de nuestro corazón, sino descubrirla para que nos apliquen la medicina. ¡Qué particular amonestación me hizo el Señor en este punto de que me descubriese al confesor de cualquiera tentación o pensamiento, y que hiciese este acto de humildad, y no lo dilatase! ¡Oh, Señor, y qué seguro es esto! Delo Su Majestad a conocer, que yo no puedo decir lo que en ello siento.

Otro peligro o tentación suele haber en esta materia de penitencias, y es que algunas almas las hacen, llevan cilicio y usan otras asperezas; viene la ocasión de ejercitar la paciencia, y se tiene muy poca; respóndese con ira y se habla lo que no conviene, y examinada la causa de este desorden acaso la fué el cilicio que se pone para mortificación. Pues ¿cómo lo que se toma para remedio hace daño? Es que no se procura juntamente de mortificar las pasiones; con que el medio de mortificarse pasa a serlo de desabrirse, y con la pena que da el cilicio, se mueve la irascible, y da con todo en tierra. Y aquí es menester velar mucho, y mirar muchas veces estas tentaciones; que si de ellas no se cuida, tal vez el alma que había de ser rey, será esclava. Pueden también traer otro daño las desordenadas penitencias, que es quitar la salud y ser principio de echar la culpa a cosas sobrenaturales. Todos pueden ser enredos del demonio sin entenderlo el alma, pero yo digo, y lo digo muchas veces, que la conciencia es fiel, y si se atiende, lo da bastantemente a entender; y que lo seamos nosotros [1] en no obrar lo que a ella la inquieta.

No digo yo que se dejen las penitencias, ni se me ha mostrado eso, sino que se hagan, pero que sean bien hechas; y las que así van con sincera intención

[1] Es decir, que seamos fieles en...

y discretamente son muy agradables a Dios; y los Santos las hicieron: y no es menos la vigilancia del demonio en procurar que las dejemos de hacer por miedo de achaques y enfermedades; y de esto tengo experiencia. Aunque como de nuestra cosecha somos pusilámines en castigarnos, poco suele haber menester trabajar el demonio para que dejemos de hacerlas. Pero es lástima, que por no vencer aquél a quien Dios da fuerzas, deje de hacer muchos servicios a Su Majestad en este particular. Muy bien es que el alma se anime y trabaje, y quien tiene más pasiones, más trabajo ha menester. A mí me ha acontecido el querer hacer algún ejercicio, y mostrarme el demonio un monte de dificultades, y parecerme había de perder la vida, y en comenzando a hacerlo, aliviarme. Mucho trabaja el demonio de muchas maneras, y a quien no puede llevar por aquel camino tan malo de hacerlas mal, pretende estorbar con que las deje de hacer; pero con lo que se remedia es, con que el hacerlas y no hacerlas vaya por consejo y mandato de la obediencia.

Nuestros pensamientos y deseos siempre se han de alegrar y alargar a grandes cosas, porque si hay amor, no puede estar ocioso en trabajar en servicio del amado; hemos de ser muy adelantados y alentados. Acuérdome, que una vez yo me había regalado en una enfermedad, y aunque fué ordenándomelo, pero lo hice luego sin resistencia; hízome mal, que fué comer un poco de ave porque tenía enfermedad de peligro; y aunque otras veces me habían apretado estas enfermedades, no había comido carne, y salía bien de ellas. Por esto, pues, que hice, me dió una reprensión el Señor, y me dijo con severidad:—No quiero mis esposas con regalo.—De aquí colegí, que las almas espirituales y religiosas no han de ser para poco, ni tratadas con regalo, ni se han de contentar por flojedad

con hacer pocas penitencias; pero ninguna han de hacer sin obediencia.

Concluyo esta materia con decir que propongamos con humildad al confesor los deseos, y que si él mandare u ordenare el hacer algo, lo hagamos con obediencia, con corazón sencillo, y por amor de Dios sólo: y si hiciéremos penitencias, y quisiéremos verlas con fruto conservadas, y que las aves de rapiña no se las lleven, sean con grande secreto sin que nadie las vea. Mi secreto para mí, decía Nuestro Padre San Francisco, y bien dicho como de tal Santo: el tesoro escondido se guarda, el fuego con la ceniza se conserva, y descubierto se apaga. Son las penitencias, bien hechas, joyas muy preciosas del alma, y si se traen entre manos pierden el lustre; y así en el pecho de Dios y en lo escondido del alma se han de guardar hasta el día que en la otra se premien: sólo al confesor se han de comunicar, y aun eso sin circunstancias de alabanza. Todo es menester para ir seguros.

§ V

Engaños que puede haber en quitarse la comida sin prudencia

Mostróseme, que en quitarse la comida sin prudencia puede haber engaño. En este particular entendí, que ninguna persona deje el comer sin particular inspiración de Dios, porque de hacer lo contrario puede venir un cuerpo a desfallecer, de modo que no pueda hacer ningún ejercicio ni tenga fuerzas para ello, ni para cosas; y en lugar de trabajar y ejercitarse en obras de caridad, sea molesto, y haga perder el tiempo a otros para otros empleos necesarios: en particular sería esto dañoso en comunidad de pocos religiosos o religiosas. Y este daño que de sí trae el no comer para el cuerpo, podría ser, como se dijo de las demás penitencias, se atribuyese a causas sobrenaturales, y que se pensase que las enfermedades y males que la falta de sustento desordenada naturalmente trae, vienen de otra causa.

En esto al principio se hacen los yerros; porque comienza una persona a hacer una grande abstinencia, y el no continuarla ya se tiene por deshonra y se teme el qué dirán; y con una honrilla encubierta se pasa adelante, vase el estómago enflaqueciendo mucho, y con esta flaqueza suceden tal vez enfermedades incurables; y cuando vista la necesidad se le ordena el que coma, entra el decir que no puede y que le hace mal. Y para conocer si le hace el mal que se experimenta, porque Dios quiere por sus ocultos juicios y particulares fines que tal persona no coma, o porque ha venido el estómago a tanta flaqueza que no sufre la comida, es dificultoso el examen, y más el averiguarlo. Y no se asegure nadie, aunque vea no come y tiene fuerzas y está robusta, porque el demonio así entiende esto como las demás cosas; es muy sagaz y puede disponer los humores del cuerpo de modo que, a lo menos por algún tiempo, sustenten cuando falta la comida, que ya se sabe que ellos sustentan, y después hacen se sienta de una vez la falta de la comida, que tal vez puede costar la vida y ser uno homicida de sí mismo; y ¿qué daño[1] será éste? Yo conocí una persona bien espiritual que a la hora de la muerte lloró bien el haberse quitado la comida.

Hay un engaño en algunas personas y es que les parece que si comen no han de ser santos; y no entienden, que tiene Dios muchas moradas y caminos en su casa, y el comer medidamente no impide la perfección.

[1] O. c. «sería».

También hay poco que fiar de que el estómago no sufra la comida, porque éste tiene eso de su disposición natural, que en dejando de comer dos o tres días se estrecha, y después le es penosísima la digestión, y se vienen a causar los achaques que son causa de no apetecer ni poder retener la comida, como calenturas, congojas y tal descomposición de estómago que no la pueda sufrir; y con esto entre el aplauso de que se pasa sin comer, que es espiritual, que no come; con esto canoniza el mundo. ¡Qué mal sienten, qué poco entienden en qué consiste la verdadera santidad! Mas no me espanto, que como los seguidores del mundo no saben de virtud sino de comer, en no comiendo alguna persona que es lo que ellos más sentirían, la tienen por santa.

Paréceme me alargo en lo que a mí no me importa, pero hágolo por decir todo lo que siento y se me ha mostrado. Y no quisiera se entendiera que digo que no se tenga abstinencia, porque antes la tengo por muy grande virtud; los santos la tuvieron, y habrá muchos ahora que la observan perfectamente. Lo que digo es que se haga con prudencia y buena y santa intención. Y el bien que el Señor me ha mostrado diré aquí. A mí se me ha mostrado la tenga, y con todo eso he tenido tantos temores que es cosa de admiración. Con lo que he salido de ellos es con hacer en esto lo que los prelados me han mandado. De este particular diré en otra ocasión.

Todo extremo es malo, y en la materia de comer muy peligroso. Yo confieso que el demonio me ha querido contristar en este particular con mis temores; y con si es lícito o no dejar de comer me atemorizaba, porque lo amasaba bien el enemigo para hacerme temblar; y no era pequeña tentación, pero no permitió el Señor hiciese presa en ella, porque me daba luz

de lo mejor. De esto diré también en otra parte y ocasión.

¡Oh abstinencia santa, qué buena eres, y de cuán pocos procurada! ¡Y cómo se queja el Señor de las criaturas en esto! No se halla comúnmente en ellas lo bueno de esta virtud. Para muchas cosas es bueno tenerla, para tratar de espíritu, para tener oración, para mortificar las pasiones; y más nos comprende esta causa a los religiosos y esposas de este divino Señor. Pues si es tan buena, ¿cómo hay tanto peligro en ella? ¿Cómo se compadece uno con otro? Diré la inteligencia interior que de ella tuve.

Mostrábame mi Maestro y Señor, que en todo género de ayuno tuviese sincera intención, que no comiese más de lo que bastaba para sustentarme, que ni comiese con demasía ni con ella me enflaqueciese. Esto era a los principios; que después con menos me sustentaba. Mostrábame el Señor, que ninguna alma que comiese más de lo necesario alcanzaría perfectamente la virtud de la santa oración. Porque lo que sobra de lo que el cuerpo ha menester para sustentarse obscurece las potencias, agrava el cuerpo y cabeza, y el peso de ellas las hace estar ofuscadas, y las detiene de obrar, ni son alumbradas de luz divina, y se hacen torpes y pesadas para el servicio de Dios. El alma que así está tiene su gusto en las cosas terrenas, no en las celestiales; y porque gusta de la miseria del gusto de acá, no gusta de los deleites divinos.

A mí se me hacía dificultoso en este particular en no exceder en más o en menos; y respondióseme interiormente que muy bien se podía graduar este orden; pues una persona puede conocer en sí con lo que se halla bien o mal, cuando el Señor no se lo mostrare con otra luz particular. Y es así, que se conoce bien, si se mira sin pasión: y con un poco de mor-

tificación se puede obrar. Mostróme el Señor y mandóme, que no comiese cosa regalada, ni carne nunca. Y así lo he hecho con parecer de prelados y confesores, aunque no han faltado inconvenientes. También me mandó que no buscase el gusto en cosa de comida, porque no le hallaría en cosa exterior. Esto era a los principios, y después lo cumplió bien Su Majestad, que me lo quitó del todo, como diré adelante.

Andaba con particulares trazas para no comer cosas regaladas, y esto me ha costado mucho, porque acá me mandaban comerlas, y como me veían enferma, todo era regalarme, y sabe mi Señor no era sino crucificarme. Porque si lo hacía por las amonestaciones y ruegos, después me reprendía el Señor con mucha severidad; y más quisiera no comer que tener la reprensión. No eran las reprensiones sino cuando las cosas me hacían daño, o eran regaladas; y no podían serlo mucho, pues no eran de carne sino cosas de ayuno.

Mucho me ha alabado el Señor esta virtud de la abstinencia porque trae muchos bienes espirituales. ¡Qué quejoso está Su Majestad de que no se reconozca y procure este bien! Lo está de los mundanos que le ofenden mucho por los desórdenes en esta materia; y lo peor es que no sólo se queja el Señor en esto de los del mundo sino también de los religiosos. Mostróme Su Majestad que los religiosos que en el comer tienen desorden, van contra aquello a que fueron llamados, agravian a su estado y profesión; porque los religiosos y religiosas no fueron llamados para regalados sino para abstinentes; y así lo que ofenden al Señor en este particular, aunque sea en menos materia que los del mundo, en ellos es doblado.

Dióme el Señor tan particular inteligencia en alabanza de esta virtud que no es posible decirlo. Y así

con lo que digo, algo es, que todos los que en esta materia de gula tuvieren desórdenes, se pueden, como de ella no se enmienden, despedir de caminar camino de perfección y vida espiritual. El Señor lo declare a quien lo ha de menester, aunque ello lo está bastantemente; pues ningún Santo se señaló en comer demasiado, ni por aquí fué al cielo; antes bien muchos se señalaron en lo contrario, como los santos Padres del Yermo, que pasaban, y se sustentaban con sólo raíces y hierbas. Dios dé luz para todo. Amén.

§ VI

Peligros que hay en no atender las tentaciones de la oración, o dejarla por ellas

Todo el bien del alma consiste en tener oración; porque por ella es alumbrada, y en ella conoce el bien y el mal con distinción advertida para obrar cerca de uno y otro con acierto, apartándose de lo uno como malo, y deseando lo otro como bueno. Y con ser esto así, que la oración es importantísima, y sin ella no parece que hay bien, hay muy pocos que la tengan.

Esta fué la queja que mi Rey y Señor me dió en una ocasión; que estaba contra los pecadores muy agraviado. Díjome, eran muy pocos los que buscaban la comunicación con Su Majestad. ¡Oh cómo traspasó mi corazón esta queja, y enterneció mi alma! ¿Qué es esto, Señor mío? ¿Acaso esta comunicación es de alguna criatura que cause enfado? ¿Es acaso trato en que se puede perder algo, para que le quieran tan pocos? ¿Que lo que no se quiere buscar ni recibir, siempre tiene estas tachas? No por cierto; antes, de esta comunicación y trato nos ha de venir todo el bien. Trato es con el gran Rey y poderoso Señor de todo,

con El que a los pecadores perdona, a los ignorantes alumbra, a los amigos regala, y a los justos premia; tiene el poder y el querer, ama y enriquece. Pues ¿quién hay que no llegue? ¡Que sea tan poca nuestra luz que no veamos esto y que no busquemos tanto bien! Aquí hallaremos descanso en los trabajos, alivio en las enfermedades, medicina para nuestras llagas, y alas para que el espíritu vuele a su Criador. ¡Oh, qué de males se nos pueden seguir de no ir a esta fuente, y qué de bienes si con ansia la buscamos! De mí digo que jamás acudí a la oración, o a Dios por medio de ella, que perseverando dejase de salir con consuelo: allí halló mi corazón lo que buscaba, y le concedieron las peticiones que pedía.

Como el demonio conoce el bien que conseguimos en tenerla y lo que él pierde, pone todos sus cuidados en estorbarla o impedirla. Muy astuto anda en esto: son muchas las tentaciones que pone; y en particular a los principios procura poner gran remisión y cobardía en las almas que comienzan. Introduce temores, a unos de que no han de conseguir el tenerla, que no es su natural para esto; a otros que no se pueden apremiar las potencias, que les daña la salud. Pone montes de dificultades, tal vez que no sabe el alma por dónde se ha de ir. Oscurece la fe, y ofusca las potencias [1] para que no se vea el provecho, que en otras ha causado, y el fruto que han sacado; tal que no hay tiempo, que no hay maestro, y otras muchas imposibilidades.

Toda esta confusión trae el demonio; y todo ello causa mucha aflicción y desmayo grande en el alma. Enflaquece las fuerzas, y le parece que por tener oración ha de morir. Todo aflige en este tiempo, tanto que tomaría el alma antes ir a otro cualquiera trabajo por

[1] O. c. «ofusca las potencias».

grande que sea, aunque fuese a remar, que a la oración, porque ninguno le parece mayor; viene una flojedad y tibieza tal, que con gran facilidad se deja la oración. Muchos son los que no pasan de aquí; no se vence el demonio, y quédase el alma vencida del demonio.

¡Válgame Dios, y quién pudiera alcanzar del Señor, que en esta ocasión diese a estas almas más luz y más fuerzas! ¡Quién pudiera remediar estos daños, y animar a todas las almas del mundo a que no se dejen este tesoro, y que se alienten con las esperanzas de hallarle! ¿Qué señales van a encontrarle? El que el demonio contradiga tanto ese camino. Aquí hemos de procurar no suceda lo que a los que buscan un tesoro. Vanlo buscando, y van bien. Y otro que sabe dónde está, porque el que busca no le halle, le dice, perdido vas, porque por acá he oído que está. Créele, y echa a otra parte su trabajo. Esto hace el enemigo: no le creamos; porque como él sabe a dónde está este tesoro y lo que vale, como enemigo nos le procura apartar; y así cuanto más nos diga, creámosle menos; que es señal que vamos bien para hallarlo; pues él procura tanto desviarnos. Mas la lástima es, que muchos que se ven con estas aflicciones, dejan la oración pudiendo tenerla; y a los que por obediencia obligan van con el cuerpo, y las potencias están en otras cosas para entonces no convenientes. ¡Qué de llorar es la perdición de este tiempo, y lugar precioso, y qué agravio se hace a Dios! No se pasará sin dar cuenta de ti, que se ha de pedir muy estrecha.

Al demonio es a quien se le da gusto, porque anda muy solícito y se sale con lo que quiere; y con estos sucesos salen muy maestros los demonios en tentar, y son muy pocas almas que lo saben vencer. También pone el demonio otros estorbos y tentaciones para apar-

tarnos de este tan importante ejercicio. A veces da dolores grandes; pues, como digo, puede remover los humores del cuerpo, y aquella hora lo suele hacer para obligar al alma a salirse, y dejar la oración; y si esta tentación se vence, envía luego muchos pensamientos como suyos; y tal vez que él ve, que con los que de suyo son malos no negocia, porque con más facilidad se conocen y resisten, trae otros necesarios, pero no para aquel lugar, como que se ha de hacer tal o tal hacienda; que éstos ya se pegan más, y el cómo se ha de hacer le entretiene. Otra vez les envía de que se mude materia para echar en la mudanza algo con que divertir; unas veces de que pida por algunas necesidades, otras que considere cosas amenas y deleitables, como el campo, el cielo, que con esto hallará al Señor.

Pero diráse aquí, que todo esto es bueno, y que con ello bien se puede tener oración. Bueno es, pero cuando el alma está en quietud y contemplación todo impide; y aunque yo hablo de los principios, digo todo lo que se me muestra puede impedir o ser tentación para la oración. Dóralo el demonio y lo amasa de suerte que aquello parece es hacer algo, y lo demás gastar tiempo. Sería nunca acabar si pusiera todas las tentaciones que se me muestran y ocurren en la oración: y ¡qué ocultas son y difíciles de conocer!

Lo que es menester y con ello yo me hallé bien, es una determinación grande, y vencer todo esto. Otros han alcanzado este bien, y así no es razón, que ninguna alma deje de procurarlo. Y pues ha de hallar tanto bien, y el Señor gusta de esto, respondámosle; que de hacer lo contrario, le disgustaremos mucho; porque quien no tiene oración, cerca está de pecar. Siquiera para alcanzar tan dichoso estado como el de especiales amigos de Dios, ¿quién no se determinará

por anhelar a esta dicha? En esta determinación consiste todo el bien, y en trabajar fielmente y mucho.

Una cosa que a mí me hizo notable provecho, quiero poner aquí. Y a mí me parece como imposible que quien la tuviere, deje de tener oración; porque el Señor es fidelísimo y misericordiosísimo; su morada es con los humildes, y les responde cuando llaman. Es ésta que el alma se vista del vestido utilísimo de la inocencia y resignación, ordenado de la determinación humilde. No sé decir lo que aquí siento. De tal manera ha de estar el alma, que mueva a la grandeza altísima del Señor, a que la ayude y sea su defensa y amparo, obrando por ella el Señor mismo. El alma que esto en sí tuviere, yo le aseguro que el Señor le sea [1] tan fiel y favorable, que le dé lo que desea. ¿Qué seguro lo podemos tener por este camino si el alma tantito se dispusiese con su gracia, y aun digo más si quisiere? Pues, ¿quién hay que no reciba muchos bienes? Mas lo que necesita el alma cuando comienza, es perseverancia en pedir, porque llamando nos responden. Pidamos, que el mismo Señor nos lo dice, y nos darán en esta perseverancia.

Tengo por dificultosísimo que el alma dure con los trabajos tan grandes que he dicho, si no tiene con quien comunicar todo ese género de trabajos y tentaciones. Hánse de descubrir al confesor estas llagas, y fielmente; porque el médico se ha de informar de todo para hacer su oficio: mal podrá el confesor dar consejo, si no se le dice en qué. Y ha menester ser docto y experimentado. No me ocultó el Señor por su bondad, que en esto hay falta; porque la hay grandísima. Y la Majestad de Dios está muy quejosa de los ministros de su Iglesia, porque hay pocos que entran a aprender a esta escuela; y así hay pocos maestros.

[1] O. c. «le será».

¡Gran lástima! Y si lo que siento, pudiera yo ejecutarlo, lo hiciera. Yo quisiera, que estos daños los pagara mi cuerpo, por desenojar al Señor y quitar su ira: y si se hiciera con dar mil veces la vida, con horrendos martirios, tornándomela el Señor a dar tantas veces para volvérsela a Su Majestad, lo hiciera, como el mismo Señor lo sabe, por su gusto y el bien de las almas; que es lo que tanto quiere. Digo, pues, que a los que pueden tener oración y darse al camino de la virtud, y por flojedad lo dejan de hacer, temo un grande castigo de Dios; y será grande misericordia suya, que sea en esta vida.

Pero aunque hay falta, como decía, de sujetos doctos y experimentados para este ministerio, el Señor proveerá a los ministros de su Iglesia y los alumbrará, si fielmente nos descubrimos para que nos den remedio: y es menester descubrir antes las tentaciones que otras cosas que se nos ofrecen. Con quien el demonio gana mucho es con naturales encogidos o poco humildes, por no decir su modo de oración: y cosas así embarazan; y con estas niñerías los trae el demonio entretenidos. A los poco humildes enreda con que digan cosas, que pueden ser de alabanza; se dejen las tentaciones, cuenten algunos fervorcillos, y callen lo que importa decir. Persuadióme el Señor, que a los que con humildad fielmente se descubren, por este acto de humildad no los dejará errar: y esto tengo por cierto.

Otras veces hay en la oración sequedades. Muchas veces las da el Señor, o porque trabaje más el alma y hacerla fuerte, o por más martirio para dar mayor corona, o por castigo de algún pecado. Otras se las tiene el alma por no resistir algunas imperfecciones; y otras pueden suceder del ser el natural flemático y flojo.

Si son enviadas de Dios, la conformidad con su voluntad es menester: y en lo que se conoce es, en que el alma acude muy cuidadosa a la guarda de sus obligaciones, sin hacer imperfecciones o pecados. Si no damos o hemos dado causa, es señal son de Dios enviadas en prueba del alma: y si es así, no hay sino paciencia, y no desmayar por esto, sino llamar a la puerta de la misericordia en perseverancia; y fíe el alma en este Señor por quien se hace, que mudará los tiempos; y en lugar de tinieblas dará luz; y con paga de lo que se trabajare: y cuando no aguardáramos otra paga sino dar gusto a Dios y Señor tan bueno, bastaría.

Y no es lo que menos importa, que el alma no sea interesada en estos pasos ni lo quiera ser; que como la atención al interés sólo es de personas poco humildes y de baja suerte, no agrada a este Señor tener criados desleales sino generosos: y los que no miran paga, obligan más; y es más amor, obrar así, y si éste tenemos, razón es trabajemos con ánimo generoso: pues la perfección consiste en la resignación; tengámosla en el pedir.

Una doctrina es ésta, que luego que entré en la escuela del gran Rey, me la enseñaron: y así nunca me movió a tener oración llevar los trabajos, y caminar por el que me parecía mejor camino, ni el premio ni el castigo ni cosa de esta vida, sino sólo Dios y su bondad, y darle a Su Majestad gusto. Ni mis temores han sido por otra cosa, sino por si perder a este Señor y estar en su gracia. Y así ésta es siempre mi petición.—Señor, haz y deshaz en esta vida, como yo esté en tu gracia y amistad.—En la casa del Señor bien no se busque sólo el premio, ni que se tema el trabajo: y así los que tienen sequedades que el Autor de la vida les envía, con amor las han de recibir y llevar.

También es misericordia de Dios el darlas para hacer fuerte al alma: y las tentaciones de Su Majestad muchas veces son para esto, y para que deje de ser niña, salga a la campaña y pelee, que no se ha de estar siempre como en los brazos de la madre. Y así se le puede pedir a Dios:—Señor, castígame, para quedar enseñada.—¿Qué sabe el que no es tentado? ¿Ni qué puede enseñar? Y pues el Señor de cuantas tribulaciones nos muestra, nos saca, porque es fiel Su Majestad, seámoslo nosotros en padecer con amor sequedades. Si el Señor las da para pagar pecados, ¿qué cosa más dichosa que pagarlos en esta vida, con purgatorio tan suave, y no guardar la paga para el riguroso de la otra? Lo peor sería, que por no quitar algunas imperfecciones, tuviésemos sequedades; que es la lástima, que unos gustillos y tibieza impidan tanto bien: y así el quitarlos es muy importante.

Suele haber en los principios unos deseos y propósitos de no caer en tal o tal imperfección, en tal pecado venial leve, como si me reí, si hablé, o cosas semejantes; y con todo eso, como somos frágiles, es imposible dejar de caer; que de éstas son las siete veces que dice el Espíritu Santo cae el justo al día. La tentación está en que cayendo luego, se resfría el alma, y con desaliento dice, pues he caído en esto, no soy para la oración; que no cumplo lo que en ella propongo: y de aquí suelen nacer sequedades.

No digo yo que estas faltillas se tengan, o que no se repare en ellas, antes sí que se miren mucho, y se procuren enmendar; que para quien ha de alcanzar la perfección en materia de culpas, lo poco es mucho. Lo que digo es, que si por nuestra flaqueza se cayere, sea éste el estribo donde fije y ponga el alma la consideración para subir más, porque el Señor es tan benigno que nos sufre, tolera y perdona, como acomodándose a las miserias de nuestro flaco natural: y así correspondiendo y obligándonos de esto, no nos hemos de entibiar sino caminar más en su servicio. El Señor se sirva de dar luz, y en particular a los maestros que han de ser la espuela de las negligencias.

§ VII

Engaños que puede haber en los fervores de los principios, por no conocer de qué nacen, o por qué causa Dios los envía

Muchas veces envía Dios al alma favores para alentarla, por ser ella menos constante para resistir los golpes de las tentaciones de la vida espiritual. Si para esto son, se han de tomar por la necesidad, no más, sin que ellos den rienda para aflojar en el cuidado de servir a Dios, ni para alegrarse vanamente ni para pensar se ha hecho algo y nos lo premian, ni para estimación alguna. Sólo se han de recibir para animarnos, y tomar un bocadillo como de paso, beber con la mano y no echarnos de pechos; pues para la reverencia y buen proceder sería peligroso. No ha de ser más que refresco y alimento para esta flaqueza; y en tomándolo hay mucho que rumiar y mirar; que como es sustento de estómagos flacos y niños por ser tan en los principios hechos a llevar poco, podría dañar mucho, atosigar y ser principio de mayores males.

No digo que los verdaderos favores y mercedes hagan este efecto si son bien recibidos, sino los que no lo son o no los reciben bien. ¡Qué miseria la nuestra! Paréceme a mí, que los que se dejan llevar de estos favorcillos de los principios son como el pobre avariento, que como lo es tanto, aun no ha llegado a su poder sino alguna blanquilla, y piensa que tiene un

tesoro; hace mucha ostentación de ella, y aquélla saca, y esconde su pobreza. ¡Válgame Dios, y qué daño puede haber en esto! Háseme mostrado con inteligencia, y así lo diré. Puede haber favores que no sean del divino espíritu, y también júbilos y favores del cumplimiento de las pasiones. Y échase de ver; pues cuando a una persona se le cumple su deseo en alguna cosa santa o buena, ¿qué gozo tiene? Todo se le hace fácil, y se llena toda de júbilo; y tal vez comienza con el espíritu divino, y acaba con el espíritu malo.

Como a mí se me da a entender, es así. Está un alma en oración de principios, discurriendo las potencias, meditando la bondad de Dios y quién le amara, lo que padeció hecho hombre y cuánto ama a las criaturas, y que ella recibió tal o tal beneficio no mereciendo. Esto mueve a dos cosas; la primera, gozo causado de este efecto y de esta consideración; la segunda, amor por los motivos que mira, de amarlo. De aquí crece el fervor, y si se queda sólo en los sentidos exteriores [1] y no pasa a lo íntimo del alma, (que por esto es malo y peligroso darles rienda a los sentidos), comunicándose al cuerpo este gozo, resulta [2] tal vez: y suele ayudar el demonio en una sensualidad, y se corrompen los efectos del buen espíritu. Por eso, todo lo exterior, y lo que se queda en él, o corpóreo y sensitivo, tiene peligro; y más en los principios, que no se entiende si la voluntad va bien enderezada, o si el principio es bueno o no; y está poco experimentada el alma y no tan mortificada, como estas cosas piden para redundar en bien. Y cuando esto sucediere, déjese ese espíritu, y demos de mano a tales fervores: y démosle al enemigo con lo que disgusta, en los ojos, que es con humildad y mortificación de pasiones.

[1] O. c. «sentidos interiores». — [2] O. c. «resulta el ver».

De otra causa pueden proceder los júbilos espirituales, o los que no lo son, y es de cuando el alma está en la meditación dicha, al tiempo que ha de hacer la operación o efecto en las potencias, echa el demonio casi sordamente y sin que el alma lo entienda sino el gozo que recibe, lo necesario para causar gozo de algún otro pensamiento, junto con los que tiene en la oración buenos, como de que se cumplirá tal o tal cosa, de que se cumplió lo que ella misma deseaba; pónelo en la imaginativa, y como ella tenía la otra consideración espiritual, el gozo y júbilo que le causó el cumplimiento de lo que deseaba, o de alguna pasión, lo atribuye a que es cosa espiritual. Y es cierto puede haber en la imaginación muchas cosas que causen al cuerpo diferentes efectos de pasiones, de gozo o tristeza, melancolía y lágrimas. Y también puede sacar el demonio de las lágrimas provecho, siendo ellas causadas por la misma causa de pasión, y atribuyéndolas a merced sobrenatural. Y cómo esto puede ser declararé luego.

Digo, pues, de la materia de los júbilos, que es peligrosísima cosa y difícil de entender: porque como ello es [1] gozar, y entra el amor propio, es muy dificultoso el apartarse del daño, y particularmente si al alma se le antoja y asienta que es espiritual. De tales efectos querría yo que nuestro Señor desengañase a todo género de almas, para que lo estén en este particular, que son efectos del demonio, y que no hay que fiar de gozos ni de júbilos, como de un despeñadero mal conocido, y en que ha menester más rigor el alma y el confesor. Dé el Señor luz por su bondad.

Las lágrimas también tienen su peligro: y en esto me declararé a mi entender con un ejemplo. En una persona que se le haya muerto cosa muy propia como

[1] O. c. «es ganar».

padre, madre o hermano, o que le venga algún trabajo grande, de esto suele nacer un cariño y lágrimas muy copiosas, y muy grande pasión; de modo que en muchos tiempos no se pueda esa pasión olvidar, que por serlo aflige el alma. Llega el tiempo de la oración y pónese en ella; acude a Dios, como es de ordinario a un alma de su agrado cuando hay trabajos: piensa en Dios, dice y conoce que todo se acaba sino Su Majestad, y preséntale aquel trabajo que padece; y como lo trae a la memoria, derrama muchas lágrimas, sollozos y suspiros, nacidos de sus penas. Acabada la oración, le parece sale muy adelantada, y que Dios le ha hecho muchas mercedes:—Hame dado, dice, muchas lágrimas, he descansado, y me he consolado mucho.—Este descanso procede de lo que es natural, que en llorando o suspirando se descansa; que éstos son los bocados que la bestia del cuerpo se toma; y aun si no se corrige, podía dañar harto.

De este modo, lo natural e imperfecto se puede juzgar por sobrenatural y merced de Dios: y si perseverasen los trabajos perseveraría la pasión y sentimiento, y de ahí las lágrimas imperfectas. Donde sale luego, que aquel llorar de pasiones, de lágrimas y aquel descanso de ellas sensitivo e imperfecto es fervor sobrenatural.

No digo yo, que Dios no hace muchas mercedes, y que no consuela en los trabajos, sino que sí, y que ayuda mucho: y es más cierto que el que respira más, que está con nosotros en la tribulación y nos consuela y alienta para llevarla; pero tiene muchos modos de hacerlo, y por eso se ha de examinar si consuela por esos medios, por estar más próxima a errar el alma en esta ocasión. En lo que se conocerá esto es con las cosas contrarias; que cuando las ocasiones corren a fuerza de trabajos no hay júbilo ni alegría, y

cuando a fuerza de gozo no hay lágrimas, aunque tal vez la mucha pasión de gozo las causa.

Háseme mostrado cuán necesario es reparar en los favores corpóreos; y que si no son muy conocidos y examinados, y sus efectos muy divinos, no se haga caso de ellos. Y a quien Dios llevare sin cosa exterior, conozca una y mil veces es grande merced, y conviene ser agradecido a ella. Petición es que siempre le pedí a Dios nuestro Señor. Decíale yo a Su Majestad:—Señor Dios poderoso, para todo quitad de mí lo exterior si es vuestra voluntad, y dadme trabajos y dolores.—Para naturales tan rebeldes como los nuestros esto es seguro.

Y digo, no hay que hacer caso de visiones corpóreas o imaginarias, ni de fervores ni de cosa exterior que causen gusto al cuerpo, que se trata con esta bestia del cuerpo, y de él no hay que fiar ni en qué atar, que es un reloj desconcertado. Válese el demonio notablemente de este desconcierto, porque él no quiere sino comenzar con estos principios para hacer su obra, y cuando del todo no la puede conseguir por no darle el Señor lugar, la hace con sacar algún interés ya de algún pensamiento vano, ya de aflojar y entibiar en el rigor y fervor que hay en los principios en componer sentidos, y de que piensa el alma que Dios la hace mercedes, que es espiritual, sin tener toda la humildad que es necesaria para este efecto. No dejará el enemigo estos lances sin sacar algo, atento estará a todo; para eso es menester velar y no hacer caso, o a lo menos no pagarse de estos principios, que en ellos vale más un acto de fe que todo esto; y si desde luego no se repara este daño vendrá a tener dificultoso remedio, y ser disposición para grandes yerros.

Paréceme a mí, conforme la luz que me han dado, que los padres o maestros espirituales pueden obrar

aquí mucho, no fiándose y pagándose de cosas de este género, que tan poco importan; pues más valen virtudes y trabajos, que profunden los fundamentos de este edificio y ahonden las raíces que estos júbilos y fervores.

Y así, si el Señor por su bondad a alguna alma (que no es sino cual y cual) escogiere y sacare de entre los enemigos y lobos, y levantare por su misericordia a ser especialmente favorecida, y lo hiciere comunicándole a los principios mercedes verdaderas de este género, lo que Su Majestad me ha mostrado que es menester, y a mí me ha mandado hacer, es recibirlas con humildad perfecta y con todo agradecimiento obrando bien, y sobre todo esconder este secreto y no hacer de él ostentación, guardar mucho esta preciosa semilla que, siendo buena, a esto obliga; y en no hacerlo así está el peligro, pues estando descubierta, está expuesta a que las aves se la lleven, y se malogre, y no produzca; y así es menester no sólo que la ocultemos, sino que la cubramos con el propio conocimiento y humildad. El Señor sea servido por su misericordia de dar luz, que bien es menester.

§ VIII

Engaños que puede haber en los arrobos del principio, por no examinar si son verdaderos

De los fervores de los principios se suelen seguir los arrobamientos, o el pensar el alma que los tiene: y algunas personas piensan que si no los hay, no hay virtud ni santidad; y en oyendo de alguna que los tiene, la canonizan por santa: y en este tiempo hay muchas de quien se dice. Bien creo yo, que todos son buenos, y el juzgar otra cosa sería temeridad. Aquí

pondré lo que me sucedió una vez; que es por lo que hablo de esta materia.

En una ocasión me encomendaron que presentase al Señor muy de veras un alma; hícelo con mi pobreza, obligándome a ello la opinión que tenía de estas cosas exteriores; que por verlas en ella, me mandaron a mí que la presentase al Señor. Después de haberlo hecho con las veras que pude, me dió Su Majestad una particular doctrina, y me respondió lo siguiente en razón de estas almas. El entender que yo tuve, no fué sólo del alma por quien yo hacía aquella petición: de todas las que con exterioridad tienen algunas señales de admiración, y de ninguna en particular tuve conocimiento. Lo que el Señor me dijo es:—Bien es que me pidas por ese género de almas, y que por ellas se haga oración; porque aunque yo tengo muchos santos, la malicia llega a ser tan sobrada en estos tiempos, que por obrar más con ella, publican algunas almas exterioridades, y sólo en el exterior se quedan, teniendo el interior perdido, como si los hombres que lo ven, las hubiesen de juzgar; pues no ha de ser sino Yo, que hasta los últimos pensamientos y con la intención que se tienen, conozco.—Todo esto me dió a entender el Señor con tal severidad y rigor, que puedo decir que la severidad con la doctrina me obligó mucho para aborrecer lo que Dios tanto aborrece. Díjome Su Majestad:—Por todas esas almas es bien que pidas, porque Yo tengo de los que parecen santos, fieles y desleales; y por unos y otros se ha de pedir: por los fieles, para que Yo los conserve en el estado de mi amistad: y por los santos que sólo lo son en la boca de los hombres, también, para que los saque de tal estado.—Todo esto me fervorizaba a pedir por los que desean de veras servir a Dios, y por los que con exterioridades se muestran a hacerlo, no

siendo así. Déles Nuestro Señor luz y acierto, para examinar lo que voy diciendo: verdad es bien menester, y es sin duda que hay que hacer. A quien el Señor llevare por lo seguro sin pasar por lo peligroso, grande merced le haría. Las almas que por este camino viven y sus malos efectos, es imposible entenderlos, ni yo de decir lo que en esto se me muestra. Por lo dicho me parece se conocerá algo, y así no me alargo a más.

§ IX

Engaño que hay en pensar el alma está muy adelantada, estando muy atrás

Al paso que un alma imaginare que está muy adelantada en el camino de la virtud y perfección, estará lejos de estarlo. La mejor regla para examinar un alma que está lejos y que no va bien es el que ella esté muy persuadida a que lleva buen camino. No sólo es el asegurarse tanto de ello, porque nuestro natural es tal que ha menester espuela del temor, y si ésta no lastima, aflojaremos en el camino derecho; lo que a mí se me ha mostrado es que el veneno que mata a las almas espirituales y religiosas, es la tibieza con confianza.

Parece que suena mal decir que la confianza puede dañar. Nunca se vió que la confianza en Dios dañase ni hiciese mal efecto. Así lo confieso yo, y lo he experimentado. La confianza que hace mal es la que conserva la tibieza en trabajar, que así lo permite Dios. Esta reconocida, tal vez aflige; y para salir de esta aflicción sin destruir la causa, entra una confianza en nuestras cortas obras, proponiendo hacer algunas que no tocan en lo sustancial de lo que entonces

será menester; y con esta confianza en nuestras obras, engañándose el alma a sí misma, pasa un día y otro sin trabajar en quitar pecados, mortificar pasiones y evitar imperfecciones, que es lo que importa: con que se queda el alma con el daño en casa como desconocido, y crece cada día. Unas cosas con otras va enredando el demonio, encubriendo unas y descubriendo otras: y vienen a poner al alma muy lejos de la mortificación; llénala de pasiones, imperfecciones, ceguedades y otros males: y la mayor ceguera es no verse ni conocerse este daño.

En este estado que voy tratando, hay mil rebozos que lo encubren; porque como se imagina, como queda dicho, hay fervores, arrobos y otras cosas al parecer superiores, no hay acabar de creer el alma su daño: y no sólo ella sino quien la rige suele estar en la misma persuasión y engaño. De aquí se hace muy dificultoso el remedio, porque más se trata, cómo ha de subir a lo alto de la contemplación y cómo se adelantará en lo superior, que en cómo se humillará y mortificará: y así se obra sin fundamento y sin cimiento, y se quiere levantar grande fábrica. También el demonio para que el alma se persuada a su adelantamiento, y se pague de lo poco que hace, se vale de pensamientos, que sólo representen con más bondad que ella tiene, de alabanzas de criaturas y otras cosas que fomenten el engaño. ¡Qué verdad es tan poco conocida!

En el camino derecho todo es recelos de perder la gracia, todo temores; y este temor es el arancel que regula para no caer en imperfecciones: todo es un cuidado cuidadoso, un nada de confianza sino sólo en Dios; un infatigable obrar bien, y cuanto más se obra menos parece. Al contrario es en el camino no verdadero, que una obra muy pequeña la levantamos e

intimamos, y desear que todos la sepan y alaben. En el camino verdadero cualquiera obra buena, por grande que sea, luego se olvida; y la pena es, que se sepa o que se alabe; porque no querría el alma que la entendiese nadie; ni se tiene por digna de alabanza, júzgase que está muy atrás y que le falta mucho para llegar a la perfección.

A este modo todos son contrarios los efectos de un camino a otro. Para declarar yo como lo entiendo, y la merced que el Señor me ha hecho, en darme luz de esto, harto me he alargado; y el hacerlo más, sería tiempo ocioso: pues esto no ha de servir más de para comunicar las cosas de mi alma; y esto sólo es mi intento.

§ X

Engaños que puede haber en las visiones imaginarias y revelaciones

Dos maneras hay de visiones imaginarias. Unas, que Dios da al alma, y éstas son las perfectas; porque, si Dios las da, cierto es que son buenas: de éstas trataré en el camino perfecto. Otras hay que no son seguras ni perfectas, y éstas, las que la misma alma forma en su imaginativa. Y si se persuadiese a que son visiones sobrenaturales, se podrían seguir grandes daños y yerros, y no tener remedio, si Dios por otra parte no lo ordena. Por lo que digo no tiene remedio es, porque como la imaginación no tiene límite, no lo tiene el forjar en ella muchas cosas; y el demonio se vale mucho de esta potencia para este propósito, porque le hace muy al caso; y en quien no la tiene muy mortificada y alumbrada con luz divina, por estarlo el

alma con esta ceguera está dispuesto todo para el daño.

Quedando ya entendido que puede tener el alma arrobos falsos, se entenderá que, si se sabe que los tiene, y se han de comunicar, no dejará también de haber visiones falsas; porque es regla ordinaria, que no hay arrobo ocioso y que se ha de entender algo especial en él; y así es ordinario del arrobo lo especial que en él ha habido: y como en buena regla espiritual no da Dios arrobo al alma sino para algún buen fin, o para de la misma alma o de otras, y esto lo saben todos, si se ha de pasar con el embeleso adelante, habiendo arrobos falsos no pueden faltar visiones falsas; como éstas se forman es con la imaginación vehemente, que la imaginación viva hace al caso; y ayudando las potencias se forma visión como se quiere; y algunas almas piensan, que eso que imaginan, es cosa espiritual y sobrenatural, y puede ser obra de la imaginación y los discursos aplicados para algún afecto de la voluntad. Por donde se verá esto claro, es que cuando alguna alma forma en su interior una imagen de un paso de la pasión de Cristo o de Su Majestad resucitado, y le trae presente todo el día, (muchas almas hay que siguen este modo de oración) tal vez con la facilidad que tiene de imaginación y la vehemencia de algún afecto le parece lo ve verdaderamente. Como esto, pues, es fácil en quien lleva verdadero camino, y aun ordinariamente pasa en los principiantes, así el que lo lleva malo se puede facilitar a formar imágenes, y después hacer las que quisiere; con que no le faltarán visiones con que engañarse: el demonio ayuda para que le parezcan verdaderas; y es fácil engañarse en las cosas espirituales los ignorantes.

En algunos efectos, y en otras cosas que en este estado y en este modo de visiones acontecen, se puede desengañar la tal alma. Pondré aquí algunas. Y el

que más puede desengañar es, que estas visiones y hablas no todas las veces irán concertadas, sino que entre algunos conciertos, según lo que se puede acá colegir, acudirán otros desconciertos y disparates; porque es oficio de la imaginación tener de todo: y si anduviese con fidelidad, y el alma se descubriese toda, fácil era el encontrar estos daños; pero el demonio echa luego al pensamiento, que no es menester decir lo desconcertado, que lo bueno sólo basta; y así hace su hacienda. Y es menester advertir que andará muchos tiempos y años este enemigo poniendo en la imaginación mil verdades para poner después una mentira y error; y en este tiempo irá granjeando al alma para cuando haya de ser el poner o decir alguna cosa maliciosa, sea con su voluntad.

En los tres efectos se conocerá también este yerro. Como cuando son muchas y poco eficaces, que no mueven a devoción ni al ejercicio de las demás virtudes. También en que se olvidan, y no hay memoria de ellas; y cuando alguna vez ocurren, no mueven sino que entibian; y el acordarse de ellas es por la memoria de haberse tratado, hablado y comunicado: y sola esta memoria queda, y aun ésta se pierde luego. También se pierde luego la imagen, y tal vez no hay lugar y ocasión para ver estas visiones con que lo hay para las verdaderas; porque el Señor no las da sino recogida el alma a solas o recogiéndola no advirtiendo a cosas de poco provecho, como impertinencias que se ofrecen por acá. En lo falso todo se junta, y también tiene lugar la impertinencia como la visión, porque todo pasa en la imaginación inquieta y no mortificada: aunque cuando entra el demonio procura echar y acomodar lo uno y lo otro, de modo que al alma le parezca va bien, y él haga su obra.

También si la visión y habla son de la imaginación

y entendimiento, se verá en que se adelanta; y si la había de tener en la comunión, pongo por ejemplo, antes de comulgar ya la imaginación trata de desmandarse, y no da cosa con concierto. Todo esto lo entenderá bien quien haya pasado por oración de imágenes como las de la Pasión, porque pasa allí mucho de esto. Muchas veces estando presente la imagen, vienen mil imaginaciones extrañas, y aun contra la fe, porque la imaginación no tiene límite si no es la razón; pero cuando no hay ésta por el engaño de que es cosa interior o espiritual, no habrá poder de detener las visiones: y por eso dije eran muchas y poco eficaces, por no ser verdaderas.

En todo lo que la imaginación forma o imagina que Dios la favorece, hay peligro si se juzga o cree, que es del mismo Dios que especialmente favorece. Puede imaginar un alma, que ve tal o tal santo, valiéndose de las pinturas de por acá; que ha ido al cielo, y visto los ángeles, y la gloria; y esto es por lo que imagina que Dios la favorece, y que es querida de Su Majestad, y otras cosas así. En lo que está el daño es en no declararse con sinceridad el alma, diciendo sus imaginaciones devotas, como tales, pues pudiendo conocer que en la verdad son así, cierto es que es engaño decir que se lo mostraron, y que fueron visiones. No hay duda que el pensar un alma en la Pasión y en la gloria, no sólo no es malo sino muy bueno y que lo hemos de hacer; lo que aquí es malo es decir que ve, y que le muestran lo que ella se imagina.

§ XI

Engaño que hay en parecerle al alma ha llegado a unión, no siendo así

Cuando el alma llegue a presumir y a decir que

ha alcanzado la unión con Dios, no siendo en la verdad así, paréceme que ya el demonio la tendrá de tal manera dispuesta, que entre algo de voluntad y conocimiento del mal estado; y cuando no sea del todo con expresión, será algo; y acaso lo que baste para perder la gracia: porque quien ya se presume tan adelante, y lo ha comunicado, y piensa que quien la trata está en el mismo conocimiento y en sentir, fácilmente entrará en llevarla adelante, aunque el demonio le descubra no es así: y él no dejará de hacer lo bastante para que en esa disposición entre la voluntad; y aun la solicitará a querer se descubra su adelantamiento, presumiendo y tomando por instrumento a alguna criatura; para que puesta en este empeño se entre la voluntad más de veras al engaño: y entrando la voluntad, cualquier mal se puede temer, no sólo el decir que tiene unión sin tenerla, sino mucho más. Si bien cuando el demonio no ha tenido disposición y lugar para que la voluntad se entregue del todo a pensar y querer este daño, hará que el alma pase con su ignorancia adelante; y con ella y la ayuda de este enemigo piense que está ya en unión. Por esta ignorancia no será del todo inculpable, porque algo de luz y sospechas parece forzoso que tenga. Mas ya he dicho que los golpes de la conciencia se suelen atribuir a tentaciones, por no conocerse con la ignorancia distintamente lo que es uno y lo que es otro. El modo como se puede un alma imaginar unida sin estarlo, es como se sigue.

Para [1] dos cosas unidas por afecto y estando dos voluntades, es fuerza que estén conformes en querer estarlo, porque si no no sería unión sino división. Digo esto, porque para estar el alma verdaderamente unida a Dios, ha de querer el Señor por lo que ha de

[1] O. c. «para estar».

hacer, y ha de querer ella porque ha de obrar lo que tal dignidad pide. Que el Señor quiere es más que cierto, porque nos quiere santos y perfectos, y sus divinas entrañas están abiertas y patentes para dar. Lo que suele faltar es nuestra disposición; y si no cooperamos a la gracia para alcanzarla, no queremos este bien; y así ha de haber de nuestra parte querer obrando. Como queremos, pues, el fin y no el medio necesario, queremos unión, pero no obrar, no se puede alcanzar; y el alma que esto hace, no la alcanza porque eficazmente no la quiere. El parecerle se ha alcanzado es, porque ella a su modo la quiere, y así se imagina que la tiene. Es como el que quiere ser sano sin medicamentos, que así estas almas quieren unión sin medios; pero ha de haber medios para que nada medie, y se ha de quitar cuanto media. El medio ha de ser quitar todas las imperfecciones y afectos, porque esos medios no impidan la unión.

En este estado que trato, no se han quitado los medios que son estorbos; porque el querer unión sólo por tenerla y no por obrar bien en agrado del Señor es imperfección que media e impide el alcanzarla. Tan malos pueden ser los medios y estorbos, que no sólo impidan a la unión sino a la gracia. Y no por quererse y desearse en el modo que he dicho, viene antes; el efecto que hace el quererse así, es parecer que se tiene ya.

El imaginarse unida se entenderá con un ejemplo de dos voluntades que son corpóreas. [1] Ama mucho una persona a otra, y la misma causa de quererla le hace imaginar que la otra persona la ama, y no se puede persuadir a lo contrario, siendo así que la otra por defectos que ella conoce no la quiere, a este modo en

[1] Quiere decir la Venerable «de dos voluntades de dos personas corpóreas».

nuestro caso: quiere un alma ser santa y tener la excelencia de la unión sin trabajar en quitar las imperfecciones que la impiden; y ese querer le hace imaginar que Dios se la ha dado; y aunque no es así, como esto es incorpóreo no lo conoce quien no entiende de espíritu. Dios no la da, porque no hay disposiciones sino estorbos. A esta forma con ignorancia todo se enredará y tejerá; y el demonio ayudará a ello; y así lo que no es se puede imaginar que es.

§ XII

Engaño que puede haber en no pedir fielmente a nuestro Señor

No me parece que cae en buen proceder pedir agua sin prevención de vasijas en que echarla, ni ánimo de prevenirlas. ¿Para qué ha de pedir ni hacer el alma peticiones que Dios tiene determinado no dar sin disposición, si juntamente no procura cooperando a su gracia disponerse y hacer de su parte lo que se requiere para recibirlas? Que si pedimos fielmente nos las dará, es cierto; porque nos dice,—pedid y daros han—: y pues esta divina palabra no puede faltar, si pedimos y no nos dan, en nosotros que pedimos, está la falta. El verdadero pedir ha de ir acompañado con ánimo de obrar lo que el Señor nos manda, a lo menos lo necesario para poder recibir. Cuidemos de Dios, que Dios cuidará de nosotros.

Cuando yo me ponía a pedir al Señor algunas virtudes, y esto ha sido muy particular y continuamente, luego me representaba Su Majestad si yo había tenido alguna negligencia en procurarlas, y con reprensión interior me obligaba a hacer muchos ofrecimientos de procurarlas, y trabajar con su gracia para alcanzarlas:

luego me daba a entender, que tenía voluntad libre, y ayudada de su gracia que no me entregase con libertad al peligro, que si yo huía de él, Su Majestad me ayudaría. No digo yo que no vayamos a pedir a Dios, que claro está no tenemos otro amparo; que es Padre y nos ha de socorrer si acudimos a Su Majestad, como la fe nos enseña; lo que digo es, que nos dispongamos para recibirlo.

No sólo en lo dicho hay peligro, sino en las peticiones fieles por no serlo del todo: que pues de pedir una persona, que Dios le dé bienes temporales y hacienda, y pedirlos con capa de que con ellos servirá a Dios, y como nosotros no alcanzamos los secretos juicios de Dios, por ventura eso mismo que pedimos, sería nuestra perdición. En lo espiritual que es lo que trato, también pueden ser más o menos fieles las peticiones. Puede desear un alma bienes, regalos, favores o muestras exteriores; y pedirlas con pretexto de aprovechar más; y en la verdad no llevar otro mejor fin que el amor propio. Y si acaso el Señor lo concediese, entraría luego el desconsuelo y la tibieza; que la mejor señal de haber tenido principio [1] es hacer [2] efectos. Lo cierto es que si las peticiones las hacemos por nuestro propio dictamen, vamos con gran peligro de errar, porque estamos llenos de amor propio, y la pasión nos hará parecer lo que es nuestra perdición que es nuestra ganancia, y lo que es nuestra ganancia que es nuestra perdición.

En este particular la doctrina que a mí se me ha enseñado es, que quien desea más el bien del hijo es el padre; pues irá acaso el hijo por ser pequeño o ignorante a matarse con el cuchillo que encontró, y el piadoso padre se acelera a quitársele; y llora agria-

[1] O. c. «principio de amor propio». — [2] O. c. «hacer estos efectos.

mente el niño porque se le quitaron. Esto propio acontece en el camino espiritual. Pedimos muchas veces lo que nos ha de matar, y el verdadero Padre, Cristo nuestro bien no nos lo concede, aunque con ignorancia y niñez en la virtud nos exasperamos. Claro está que el Señor que nos ama tan soberanamente, nos ha de dar lo que convenga; y así lo acertado es pedir con tal resignación, dejándolo a su querer, y que como de cosa propia Su Majestad obre, haga y deshaga, corte por donde quisiere. Esto es lo seguro.

De cuantas veces el Señor me ha mostrado, que gusta le pida, y que pida lo que quisiere, luego decía: —Eso, Señor, no lo he de elegir yo, sino Vuestra Majestad; pues si yo pidiese por mi elección, no sabría pedir: yo no soy mía; y así para pedir yo y acertar, pida cuya soy: pedid vos, Señor, a vuestro Padre, y Vuestra Majestad me conceda como a cosa suya.—Con esto me concedía y daba más el Señor, que yo supiera pedir ni imaginar.

A mí esto se me ha enseñado, y en la corte donde en deseo y voluntad está mi habitación, y a donde asiste mi Rey y Señor, esto se me enseña, y ésta es la leche con que me han criado. Mas no por esta dejación de voluntad hemos de pensar que Dios por milagro ha de dar luz y enseñar lo que hemos de pedir y hacer tocante al bien obrar; que esto ya su Santa Iglesia lo tiene declarado, y por ella sus Santos y maestros nos lo enseñan. Ya se sabe, que el buen obrar, y con fervor y amor, es lo que agrada al Señor: no ha de ser la dejación de voluntad o resignación de modo, que lo sea con extremo en no pedir ni obrar, porque no me lo manden: pues siendo la resignación en la voluntad de Dios ha de ser cumpliendo con el querer y agrado de Su Majestad en su Iglesia, y como por ella y sus maestros nos enseña.

§ XIII

Peligro que hay en no descubrirse al confesor cuando la conciencia dicta que puede haber algún engaño

El alma que no se determinare al punto que comienza la vida espiritual a descubrir al confesor hasta los últimos pensamientos de ella, lleva muy dificultoso el acierto; y así, cierto el engaño. Para perderse el alma, es cierto que el engaño ha de apretarla; y más que cierto, que la conciencia ha de dictar o avisar a lo menos del peligro; porque esto es, como lo he dicho por lo que Dios condena justísimamente. La conciencia dicta una y mil veces para obrar bien y no obrar mal y el ir contra ello es lo que nos pierde. El no descubrirnos al confesor cuando la conciencia avisa o duda, hay grande daño. Porque si descubrimos nuestras llagas, cierto es nos darán el remedio, y tratarán de curar este cáncer; y si al punto que la conciencia dicta no se hace, irá creciendo el mal; y en llegando algo de voluntad, y éste se cubre, irá el mal mayor y el alma cayendo de pecado en pecado. Como por el contrario, si el alma se humillase, y con fidelidad se descubriese, y llegase al sacramento de la Penitencia y confesión, iría creciendo de virtud en virtud; que es Dios fidelísimo, y si lo es en temer el alma, es cierto le dará luz, y por la mortificación y deseo de acertar, le dará ciento por uno, y acertará.

Aun en esta vida lo paga Su Majestad; porque harta paga es una satisfacción de conciencia. ¡Qué grande bien es éste! No sé cómo se es la alegría y júbilo espiritual que el alma siente. Paréceme es virtud grande y efecto del Sacramento que Cristo nuestro bien

sólo pudo merecer por el medio de su santísima Pasión. Grande tesoro es el que en él nos dejó este Señor. Esta satisfacción de la conciencia no es de acá, de la otra vida parece. A mí me parece, que se parece a los efectos del mismo Señor. Júbilo es, que cosa criada no lo puede entibiar, porque si el alma tiene, como lo persuade la satisfacción de la conciencia, la gracia, ¿cómo ha de turbar cosa criada?: ni la muerte, porque con gracia no se teme; ni los trabajos, porque ninguno puede ser como su contrario que es la gracia de Dios; no la vida, porque esta satisfacción interior hace lo pesado llevadero, y la violencia que hay en vivir padeciendo: lo que esta vida trae consigo todo se puede llevar con la gracia y satisfacción de ella.

A mi ver, y según lo que he experimentado, todo el aprovechamiento está en que el sacramento de la Penitencia lleve las partes necesarias, con que se alcanza esta satisfacción interior: y por eso digo, que se ha de descubrir al confesor con fidelidad todo lo que la conciencia acusa; porque si la primera parte de este sacramento es la confesión entera, no teniéndose ésta, todo se pierde. En mi alma he experimentado, que todo este gozo y bien proviene en descubrir fielmente al confesor todo su corazón: y no sé por qué en este particular se ha de ofrecer en qué dudar. ¡Pobre de mí, si a Dios ofendemos, y Su Majestad lo está mirando, que es el Señor de todo y a quien se le debe la reverencia y alabanza! ¿Para qué se ha de dudar en descubrirlo a una criatura, supuesto que, por no decirlo no se ocultará más; porque se ha de declarar el día de la cuenta? Y no lo juzguemos por muy lejos, pues ha de venir, y si ha de venir, no está lejos. ¡Qué lejos consideramos este día! pues para dar unas largas esperanzas, las dejamos para el día de la cuenta: y aun aquí está el daño en juzgar la cuenta lejos; lo que no sabemos si será en la misma hora, que vivimos. Pues lo que se ha de descubrir, no es razón lo dilatemos, cuando con adelantarlo conseguimos tan grande bien. En este artículo harto fácil remedio nos dejó nuestro Redentor. No tenemos mucho que hacer, pues sólo se nos pide nos declaremos a uno; y si lo hacemos, es con tan admirable observancia de secreto como se ve por muchos ejemplos, y cada día lo experimentamos.

De mí digo, que conozco por tanta dicha el beneficio de este Sacramento, que si para alcanzarla me mandaran dar la vida, lo hiciera, y más si fuera menester: y no sólo ella, sino que publicara mis culpas, que por ventura se sintiera más que dar la vida, lo hiciera, y más si fuera menester. Hame mostrado mi Señor y dado a entender, que para el secreto de graves pecados, y no publicarse, es el remedio de la confesión. Y también he tenido luz, que muchas almas de las que se condenan, es por no acudir a esta fuente, manantial del sacramento de la penitencia; y si se llegan a él, no ser como se debe. ¡Qué lastimosa ignorancia es ésta! ¡y cómo era necesario, que los maestros de la Iglesia desengañasen con clara luz! El Señor se sirva de dársela a ellos, para que la den; que bien es menester. No digo lo que siento aquí, y lo que el Señor me muestra: El lo haga por instrumento más capaz.

A las almas, que han llegado a estado de perdición, que voy tratando, querría yo[1] que se desengañasen, y se animasen para este bien. De parte de Dios me atreviera a asegurar, que no sólo alcanzarán la gracia, que únicamente importa; sino también la honra, y no descubrirse su culpa; que por ventura es lo que más se temerá, y lo que propondrá el demonio para apartarlas de este bien: consejo suyo es que si no nos

[1] O. c. «y».

descubrimos al confesor, le tendremos por encubridor a él.

Más locura sería fiarse aún en esto del enemigo y padre de mentira. La verdad segura es que si llegamos, como debemos, al Sacramento, nuestro fiel Padre que lo instituyó para nuestro remedio, cuidará de encubrirnos: pues es cierto que el padre desea más la honra del hijo, que el mismo hijo. ¿Qué hará tal Padre? La fidelidad de este gran Padre y Dios en este Sacramento no se puede entender con luz y vista de acá sino con la del cielo. Hame mostrado el Señor, y me ha dado luz de que Su Majestad, en premio de aquello poco que el alma padece o hace por amor de Dios en descubrir y decir en la confesión sus faltas, cumple aquí muy enteramente lo que dice en su Evangelio, de dar ciento por uno. Por esto poco que hace el alma, le da Dios cosa tan preciosa como la gracia, y dió de sus merecimientos lo que la podía merecer; y da cosas tan estimables, como los efectos de esa gracia misma, que esto sólo Dios los puede numerar y ponderar; y da todos los bienes que de este Sacramento se siguen; y nos dispone para el de la Eucaristía; y mucho más de lo que podemos conocer. De mí digo, que una de las cosas que más me hacen dar alabanzas al Señor es este divino Sacramento, por los efectos que con él he conocido, siendo ya[1] de la Iglesia. Traza propia de nuestro Redentor y Criador; sus méritos solos podían dar tanto bien; sea alabado Su Majestad. Porque lo fuera como se debe en este Sacramento, y porque todos llegasen a gustar de sus efectos y frutos, quisiera yo padecer mucho. Hágalo el Señor como puede.

[1] O. c. «hija».

§ XIV

Peligro que puede haber en que el confesor no sea docto o experimentado

Grande bondad fué del Señor no poner tasa en el confesor para la virtud del Sacramento; como de que estuviese en gracia, o que fuese perfecto, u otras cosas así, para que el Sacramento se hiciese o tuviese efecto. Pero se ha de advertir que aunque no puso esto el Señor limitado a esas condiciones, con todo eso es necesario, que el confesor mire mucho por sí, y el alma mire con cuidado el que elije para padre y guía de su espíritu. Así se me mostró, porque va mucho del acierto en este particular; pues el obrar de las almas ha de ser la palabra del confesor; su fervor ha de ser el que el confesor con su espíritu le encendiere; y para esto el confesor ha menester mucho de Dios. Cuanto más nos aconsejan a las almas, que nos dejemos a la disposición del confesor, y que obremos lo que nos ordenare, tanto más le obliga al confesor a velar mucho en esto, pues si erramos con su dirección, tienen los confesores la culpa.

Harto desacierto es, ponerme yo aquí a decir esto; porque ¿qué tiene que ver comunicar yo mi espíritu con decir las partes que ha menester el confesor? Es así, es así; pero como el dar cuenta de mi alma ha de ser diciendo y comunicando lo que pasa por ella, y de lo que le han dado luz, a esta causa he querido errar en decirlo y en obedecer a lo que se me ha mandado de que todo lo diga; pero para no desobedecer pues, en dejar de hacerlo, prosigo.

Hásele mostrado a mi alma y dado luz, que el confesor es la llave del acierto: porque el alma no ha de

tener más seguridad de la que el confesor le diere; y el confesor ha de ser quien la ha de dar el alma y vida del bien obrar. Si el confesor es fácil en creerse lo que le dicen, el alma está dispuesta a vanidad, y alargarse con las alas del confesor. En él está o ganar poco o mucho el alma, el aprovechar en mortificación, el temer y las demás virtudes. En él está el comenzar, el caminar y el perseverar. Y todo va en que se me ha mostrado en él grande es la obligación suya y mucho de lo que se le ha de pedir cuenta.

No puedo decir aquí todo lo que siento, ni lo que se me ha mostrado: sólo digo, que no he menester con mi pobreza grande sino saber que es sacerdote uno, y ministro del Evangelio y Sacramentos, para herirme el corazón considerando su obligación: y quisiera merecer aunque fuera a costa de mi vida, que el Señor le diera a cada uno una centella de la luz interior, para que conociera lo mucho a que está por su dignidad obligado.

Una inteligencia se le comunicó en una ocasión a mi alma: que los religiosos sacerdotes y ministros sagrados no habían de llegar al cieno e inmundicia de este mal mundo, ni mirarlo, sino que siempre habían de mirar a lo alto, de donde es la ocupación de sus ministerios, como espíritus de allá y cortesanos de la corte del gran Rey a quien por oficio sirven, y en cuyos ministerios tienen su ocupación: que hacer lo contrario es ir contra lo que Dios pide, y pedirá de ellos rigurosa cuenta.

Lo que al alma aquí le toca es, que si puede lo busque tal, que dé de sí [1] suaves olores que pide tan alto estado: y de los que encontrare elija el mejor confesor que ayudare al alma, para que consiga mayor perfección, pureza y amor de Dios: y siendo él espi-

[1] O. c. «estos suaves».

ritual, docto y experimentado, lo tendrá todo. El Señor es fiel; y siendo el alma con Su Majestad, se le dará conforme tenga la necesidad.

§ XV

Cuán grande mal es no salir del estado a que pueden traer los engaños referidos

No está el daño todo en caer, sino en no levantarnos mientras durare la vida y la libertad de la voluntad socorrida de la gracia. Paréceme a mí, que si considerásemos lo mucho que los condenados sentirán el no poder salir ya del estado en que están, ni poder alcanzar la buena dicha que tenían en esta vida, de poder arrepentirse, y alcanzar por el arrepentimiento tan fácilmente el perdón, si tuviéramos luz, digo, de lo que en esta consideración les aumentará su pena, me parece a mí nos bastaba para de veras volvernos a Dios si le habíamos ofendido. Y si supiésemos y entendiésemos las almas los muchos bienes que se nos siguen y pueden seguir, de no tener largas en el arrepentimiento y en llegar a la confesión, nos había de punzar la conciencia por pequeña que fuese la culpa, que luego no fuésemos al remedio.

Muchos son los daños que vienen de la dilación de la medicina de estas llagas; porque fuera del peligro que tiene el faltarnos la vida en ella, hay otro muy grande; que el resistir a los pequeños avisos y latidos de la conciencia, hace callos para no ir a otros mayores: y de irse con la dilación ensordeciendo el alma, ¿qué se puede aguardar sino dar con todo en una condenación? Corre esto en cualquiera materia de pecados; pero muy en particular en la que voy hablando, donde entra el mal pero poco y disimulado, y no

atajado pasa a grandes aumentos: porque unos pecados ciegan para no ver otros, y si se va cayendo de pecado en pecado, síguese venir a parar en la mayor desdicha y desventura que se puede imaginar. Todos los daños que nos pueden hacer todas las criaturas, todos los destrozos que en nosotros pueden ejecutar las fieras con su furor cruelísimo, todo es nada para lo que un pecado hace: pues ir añadiendo pecado a pecado ¿qué será? Si tenemos, pues, la medicina tan a mano, ¿no es lástima dilatarla? ¿no es crueldad no atajar el daño que tan perniciosamente se aumenta? El Señor dé luz de esto.

Y conforme a lo que yo tengo, digo, una de las mayores mercedes que el Señor nos hizo, fué dejarnos tan fácil remedio para levantarnos, ya que como flacos caemos. ¡Oh qué dichoso es el que se llega a él! Sólo a la experiencia se puede dejar el conocerlo, y aun con ella no se alcanzará. Sólo el Señor sabe el precio de sus Sacramentos; que como es tan grande Cristo, sólo Cristo sabe su debido precio. Muy grande bien y señalada merced es para el alma, que Dios le abra este dichoso camino. Y tanto como es dichoso, sería lástima resistir a los llamamientos del salir del mal estado a que sus descaminos le han traído. Y como no hay otro medio si no es este dichoso de la confesión, será más fácil atender a los avisos, disposiciones y trazas que el Señor le da para esta ejecución. Y cuando los da, es más que cierto que a todo se allana el Señor con un alma.

No hay duda que las dificultades que se le proponen al alma en este estado son grandes, al paso que el descubrirse [1] y llegarse a los Sacramentos es necesario; pero también aseguro, que en este artículo, como he dicho, Su Majestad paga ciento por uno, aún en esta vida: porque todas las alegrías y gozos de este mundo son nada en comparación de las que trae la satisfacción de un alma confesada, que para hacerlo bien hizo su posible. Este es gozo que tiene visos de la gloria del cielo, porque comienza el alma en quietud a gozar del sumo bien; es gloria particular participada del mismo Cristo, que con su Sangre le dió este valor al Sacramento, de causar este gozo. Preciosa cosa es este Sacramento, pues nos restituye a la gracia, cosa tan preciosa.

[1] O. c. «el descubrirse, y necesario es el llegarse a los sacramentos,».

Muchas dificultades ofrecerá el demonio; pero no hay que creerle; que son mentiras de las suyas. Y a todas las dificultades que proponga, se le puede con la verdad resistir. Porque si le propone el ser descubierta al alma la confesión sacramental, es el medio mejor para que quede nuestra maldad oculta y encubierta. Y en esto se han visto muchos ejemplos. Yo pudiera referir algunos bien milagrosos de experiencias de personas que he tratado muy de adentro. Y con verdad puedo llamar a este Sacramento, aun en esto, milagro de muchos milagros: cosas, que naturalmente parecían dificultosísimas de encubrir, he visto encubrirse, por haber llegado a esta oficina de Dios, donde tanto hay encerrado. Si propone el demonio, es deshonrarse el decirle a uno; el día del juicio final ¿por ventura ha de ocultarse o dejar de verlo el Juez? El usar de esta razón parece debe ser con los muy poco atentos a Dios. Y cierto me corro de decir, que el demonio había de hacer riza con si era deshonrarse uno el confesarse bien. Hablo ya de cualquier género de pecados.

Dejando, pues, lo que es menos, vamos a más altos motivos. Grande es el aquietar la conciencia. ¡Qué bien es éste tan gozoso, y qué sosegada queda cuan-

do nada la inquieta! Y aun en esto no es lo que más importa. Vamos, a que la pena ha de ser eterna, si nos coge la muerte en el mal estado, o la gloria eterna, si estando restituídos a la gracia. Pues cierto, mi Señor, que nada de eso había de ser primer motivo conmigo. Dejemos lo menos, y vamos a lo que importa más mil veces, que es dar gusto a un Dios tan bueno, y que tanto debemos. Ea, Señor, que no una confesión hiciera yo sino mil: y no con tantas comodidades como me lo mandáis, sino aunque el confesarme hubiera de ser en todo el mundo. ¡Pobre de mí! ¡Cuánto sin comparación más que aquí se pudiera, interesaríamos en dar gusto a un Dios tan fiel el estar en su gracia, continuar su amor, no perder su compañía y gozar de su hermosura! ¡Oh, Señor mío, quitad esta ignorancia o rebeldía del alma, si alguna la tiene en cualquier género de pecado; y dad a todos gracia para que al punto[1] que la conciencia lo dictare, o el entendimiento lo advirtiere, acudan al remedio, socorriéndolos con vuestros auxilios! Y aunque parezca temeridad considerar, que hay alguna que lo haga, lo que aquí queda advertido[2] con todo eso no[3] puedo contener de pedir por la sangre de Cristo derramada para dar eficacia a los Sacramentos, y por medio de ellos vida a los pecadores. Que reconozcamos este bien, y que nos lleguemos a conseguirlo en alabanza del Señor, remedio y provecho nuestro.

§ XVI

Principio del buen camino, pureza del alma por medio de los Sacramentos, y resolución para seguirlo

La dificultad de subir y la facilidad de bajar es el

[1] O. c. «del punto». — [2] Es decir, que no quiera confesarse. — [3] O. c. «no me».

peso, como se ve en la piedra, que por su gravedad el subir le es violento, y el bajar fácil. Esta dificultad, y sin comparación mayor, sentirá el alma de subir a la virtud y por esta escala, de que he de tratar, si no deja la carga y se alivia del peso de los pecados cometidos, por medio de la confesión, como queda dicho. Para esto es importante hacer una confesión general bien hecha, con las partes necesarias que nos enseña la Iglesia: cuidadoso examen, contrición verdadera y propósito firme de la enmienda, confesión entera y satisfacción. Cuando esto se ha hecho como se debe, bien lo conoce el alma lo bastante para su satisfacción, porque queda gran quietud y paz en ella; y esto obliga luego a procurar la virtud. Ella ha de llenar el vacío que los pecados dejan, y la ocupación que éstos traían consigo se ha de trocar dedicando aquel tiempo al trato de Dios.

Lo que se ha dicho es necesario, cuando obliga a la conciencia; pero muchos hay, particularmente religiosos, que la hacen sin esa necesidad precisa; porque la gracia sería temeridad no pensar que la tienen, cuando han procurado hacer lo posible para conseguirla. Pero el religioso y el que Dios llama a vida espiritual, no es bien que se contente con una vida ordinaria confesándose cuando peca; pues el Señor nos convida a que pidamos, y dice más, que nos quiere santos como El y su Padre; y nos promete muchos socorros y ayudas; y siendo ésta la voluntad del Señor, no es bien nos quedemos con decir, nos basta guardar los diez mandamientos, con que nos salvaremos. Los hijos especiales y fieles siervos no se han de contentar con salvarse solamente, sino que han de procurar en la casa de su Padre y Señor trabajar con el trabajo y en el trabajo; y aun en el trabajo padeciendo por Dios y por tener algún grado más de glo-

ria, no por el interés de tenerle, sino por ser más gloria y alabanza de Dios y Señor el conseguirlo y tenerlo. No hemos de tener ya temor servil sino amor filial, y el amor ha de ser oficioso e invencionero en trazar cómo ha de dar gusto al amado. [1]

Paréceme a mí, que hay muchas almas que sólo llegan a querer ser perfectas, y no pasan de ahí: muchas, que miran esta escala de que voy tratando, y su altura y estrechura las deslumbran; y luego dicen, o no tengo salud para el camino espiritual, o no soy a propósito, o no tengo comodidades para seguirlo. Si éstas buscamos, más que cierto es, que no subiremos; porque es todo descomodidades y negación de sí mismo: y aun por esto no la subimos: y son muchos los llamados, y pocos los escogidos. No quisiera que los que no estamos del todo mortificados, mirásemos desnudamente el camino de la virtud y sus dificultades; porque como son aún los ojos carnales, no pueden ver el bien que los alumbra, y así quedan deslumbrados; porque ojos carnales no ven las cosas espirituales: y así pasan tan pocos, porque no conocen el bien, y miran sólo dificultad.

Pues lo que conviene mucho es que la razón haga su oficio, y que la parte superior del alma corrija a la inferior; pues es ley y razón, que amoneste a sus potencias, sentidos y cuerpo, a que se corrijan y vayan por el camino derecho, animándolas con que se hace el bien propio de ellas, para gozarse después todas juntas en la eternidad. Aquí es menester una determinación varonil. Aquí ha de entrar la razón y amor y las potencias en ponderar lo siguiente: que conviene por todos caminos caminar por el verdadero que le ordena el Señor y gusta de ello; que todo lo demás fuera de Dios es perdición; que a la misma persona

[1] O. c. «amante».

le importa el ir segura y más lejos de perderse; y tanto cuanto la fe enseña será castigado lo malo. Todo esto se ha de considerar, y con determinación resuelta ha de comenzar el alma con propósito de que por multitud de embarazos, tentaciones y enfermedades que se ofrezcan, no ha de retroceder del camino. Quien no entra en esta determinación y propósito no entra en el camino espiritual.

§ XVII

Primera grada de la Escala, cual es entrar en oración mental, y lo que es necesario para tenerla

Aunque lo que queda dicho es importantísimo, y el fundamento y asiento de la primera grada de donde se comienza a subir esta Escala, no es lo menos levantar los pies de las potencias para subir a esta primera grada, que es la oración mental. De cuánta importancia sea la oración mental, queda en parte dicho en el aviso de las tentaciones. Pero tiene tanto que alabarse esta virtud, que ni yo soy capaz para ello, ni es bien entre a anegarme a este mar de ponderar su valor y decir sus alabanzas. Remítome a infinitos libros que de esta materia hay escritos de muchos siervos del Señor, y en particular a los de la santa Madre Teresa de Jesús, que lo hace divinamente, como dictada y alumbrada del Espíritu Santo. Con todo eso, para que se entienda bien este subir y caminar a la virtud y perfección por esta Escala, pondré algo en su principio. Mi intento más es declararme a mis confesores que detenerme en otra cosa: y aunque mi voluntad es de no manifestar así mis cosas de este género por ser favores y mercedes hechas de mano del Se-

ñor a su indigna Sierva, la violenta y rinde la obediencia. Por ella diré lo que mi ruín talento alcanza con la luz que le han dado. Ya dije en la visión de la Escala, que me animaban a subir por ella, me llamaban y exhortaban, mostrándome y enseñándome cómo había de subir. Esta, pues, es la que yo pongo aquí, para comunicarlo y para que se examine y vea, si va en ello algo contra lo que la Iglesia enseña y ordena. La voluntad mía es cierto de acertar, y si no lo hiciere, no es defecto de ella sino o de no entender yo más o[1] no saberme declarar. De la parte de mi Señor está seguro, pero de la mía flaca y pobre temo.

De la del Señor ha sido muy particular su doctrina y avisos. Y en este particular de la oración se me ha mostrado más de lo que yo me atrevo a decir; especialmente se me dieron a entender los muchos bienes que en la oración hay, y cuán necesaria es. Tanto es necesaria, que sin oración, me parece a mí se guarecerá ninguno de sus enemigos. Este es el muro fuerte que defiende a los amigos del Señor; las libreas y defensas para sus soldados fieles: es la escuela docta donde estudian los verdaderos sabios: es el refugio y consuelo de los afligidos; y es a donde la pobre alma se comunica a su deseado Dios y Señor en esta vida: es donde se conoce con distinción el bien y el mal, y lo que nos ayuda a apartarnos del mal y llegarnos al bien: es trato con el mismo Dios y sus Santos abstraído[2] de todo lo impuro; en esta conversación divina se hace el hombre ángel y serafín: es un maná que a todo sabe, todo se halla en este tesoro escondido: y me atrevo a decir que quien no la tenga, trae en gran peligro su salvación, y tiene mucha dificultad en salvarse, porque no se podrá guardar la ley de Dios sin ejercitar las partes de la oración; y así es cierto

[1] O. c. «y». — [2] O. c. «alstraídos».

y más que cierto, que es cosa precisa el tenerla, y que es muy necesaria.

Cómo ha de ser la oración, lo que a cada potencia pertenece, y sus efectos se declarará así: levantar el espíritu a Dios, conocer a Su Majestad y conocerse la criatura a sí misma; conocer y regirse por lo que la fe enseña por sus divinos misterios, y lo que ordena la Iglesia. Todo esto se hace por medio de las potencias, memoria, entendimiento, porque la voluntad entre a mesa puesta, amando y abrazando lo que esas otras dos potencias han discurrido y propuesto. El entendimiento mira los misterios, la memoria los tiene presentes; y como se va discurriendo por ellos, van haciendo efectos conforme a las cosas diversas que contienen; y la voluntad va obrando conforme a ellos, amando y recibiendo el bien, aficionándose a unos misterios más que a otros. La divinidad[1] se acomoda con los naturales de las criaturas, y la elección del misterio queda a la experiencia de cómo mejor se hallara la misma alma.

Ir discurriendo ha de ser por todo lo que la fe enseña: unos lo hacen por las postrimerías, y otros por los pasos de la Pasión y vida santísima de Cristo: otros por los beneficios recibidos, por el poder y ser de Dios y sus grandezas, y otros por las cosas criadas como hechuras de Dios, su hermosura y diversidad, haciendo de todo sainete para que esta nuestra depravada voluntad se aficione al Criador: y a los principios son más necesarias estas ayudas. Hasta que el Señor enseñe sobrenaturalmente, es menester trabajar; y cierto que yo he conocido es trabajo éste bien empleado y bien pagado: y no hay que desmayar, aunque el pago no se conozca, y aunque jamás se conociera en esta vida; que Dios es fidelísimo a quien por su

[1] O. c. «La diversidad».

amor trabaja, y da ciento por uno. A los principios es menester más el camino y el trabajo con la esperanza de que se ha de alcanzar el bien y el tesoro que se busca.

Antes de pasar adelante me parece advertir una cosa, y es que a los ojos del Señor hace las obras agradables lo que las sube de quilates en precio, lo que hace a la obra o la deshace, que es la buena intención. Para la oración y su principio es menester ésta, y que sea pura, sólo para quitar pecados e imperfecciones que desagradan a Su Majestad, por evitar sus ofensas, por más conocerle y amarle, y por llegar a Su Majestad y darle entera el alma, como la pide. Esta intención se ha de acompañar de humildad, conociéndose el alma por indigna de tratar con Dios, reconociéndose por sí no lo puede alcanzar y que de Su Majestad ha de venir todo. Y para disponerse de todo el alma para subir por esta Escala y alcanzar esta virtud de oración, es menester también la resignación, en que el Señor haga y deshaga conforme fuere su santísima voluntad. Y parece que si el conocimiento es verdadero, no podrá el alma estar sin esta resignación; porque si Dios es el que todo lo puede y lo quiere, desea nuestro bien, y no puede querer cosa mala, ni en Su Majestad puede caber, conocido esto, no puede haber duda, que supuesta la buena intención, acompañada de la humildad en la forma que he dicho, el camino acertado es la resignación. Con estas tres cosas, pues, entre con ánimo el alma, y crea que Dios es fiel, y le dará lo que busca. Y pues se lo dió a la más inútil y ruín del mundo, cierto es que lo hará con todos. Digo, que me dió esto el Señor, y si no lo tengo, mía es la falta; y lo será de todos los que comenzaren y no perseveraren; y si no lo alcanzaren, por Dios no faltará.

El modo de discurrir por las potencias es conforme la materia. Supongamos que sea un paso de la Pasión, y sea el morir Cristo en la cruz. El entendimiento lo conoce, y la memoria lo tiene presente. Entra el entendimiento según lo que conoce y entiende ponderando, y dice: ¿Quién muere? Cristo. ¿Por quién muere? Por el hombre. ¿Cómo muere? Cruel y afrentosamente. ¿Quién es el que muere? Es Dios y hombre, Dios todopoderoso, el Señor de todo, el que pudiera a menos costa salvarle porque tiene todo el poder, el Señor universal, el que sobre todos reina, y Señor tan bueno. A este modo se ha de ir discurriendo por todas las bondades y excelencias del Señor. Y tanto cuanto más se trabajare en considerar la grandeza del Señor, que hace tal beneficio, tanto más el beneficio se estimará, y conocerá más su valor. Prosigue luego: Pues este grande Señor que muere, ¿por quién hace beneficio tan superior y tan grande? Por el hombre miserable y vil, por el que fué ingrato a su Señor, por el que ha recibido infinitos dones, y su retribución es ingratitud, por el esclavo padece y muere el Señor. Y esto que el Señor padece, ¿cómo lo padece? Cruel y afrentosamente, muerte de cruz, muerte trabajosa, muerte infame: y con serlo así, es Dios hombre el que muere. Pues de[1] derecho se le debe, y más que razón es que la voluntad ame. Ama voluntad, ama; que materia tienes. Sí, porque es Dios el que te hace este beneficio infinito, sí, porque este beneficio es el que recibe el hombre vil e ingrato. Sí, porque lo padece trabajosísimamente sobre toda la ponderación: por todos caminos debes amar, y con razón para amar cuanto te fuere posible.

A este modo se ha de ir discurriendo por los demás misterios de Cristo, por los beneficios recibidos de Su Majestad, por la creación, redención y otros mu-

[1] O. c. «Pues derecho».

chos que todos recibimos de la mano del Altísimo. También es provechosísimo pensar y meditar en la muerte: porque nos ayudará mucho al intento de subir esta Escala y camino perfecto; pues como para hacerlo es necesario dejarlo todo, negarse a todo, y aún a nosotros mismos, la muerte es de fe, y no sabemos cuándo, que todo cuanto hay en este mundo en aquella hora es como si no fuese: pues si hemos de dejarlo todo en la muerte, ¿por qué no lo haremos con tanto útil de nuestra alma en la vida? Dejémoslo antes que nos deje; que mejor es dejarlo con provecho, que ello nos deje con peligro. De esta consideración de la muerte he visto grande aprovechamiento en algunas personas. Otras se hallan bien en la del juicio o del infierno, o del purgatorio. Otras con la diversidad admirable de las cosas criadas. Mucho cuidado es menester en acomodar a los naturales las consideraciones que les mueven más; porque este nuestro natural es tan vil y miserable que lo necesita. Muchas almas han menester los sainetes de la variedad y hermosura del universo. Algunas hay tan descuidadas, que han menester juicio e infierno, y aún que la fe se avive. Otras hay pusilánimes, que necesitan de considerar en la misericordia de Dios y en la gloria. Otras en la Pasión del Señor para mortificar sus sentidos y componerlos. Por este camino me llevó el Señor, y me hallé bien. Esto mejor lo sabrán los maestros o padres espirituales, que a ellos pertenece determinar, y al alma declararse. Muy necesario es el padre espiritual o maestro; y cierto que va y está en él todo, si el alma es fiel en descubrirse.

De las almas que de veras se dieren a la oración, no hay duda que será el mismo Señor su maestro. No lo digo, porque por esto haya de faltar el de acá; porque aunque más use el Señor de esta misericordia, es

necesario el maestro, y tanto más cuanto Su Majestad más lo comunicare. Dígolo porque obremos lo que Dios dictare en la oración, con parecer del padre espiritual; porque esto tiene la buena oración, (y si no no lo es), que jamás esta oración está ociosa: y como la oración es toda amor, o en amor, viene bien con lo que comúnmente se dice, que el amor no sabe estar ocioso: y en esto se conocerá si en la verdad la hay, porque la oración perfecta siempre está obrando, punzando y enseñando a mucho trabajar. En los efectos de la oración diré más dilatadamente de eso.

Quería yo dar a entender una verdad que en esta divina escuela se me ha enseñado, si bien es atrevimiento ponerme yo a hacerlo la más miserable y pobre criatura del mundo: y es cierto que es atrevimiento, pues para esto tiene Dios en su Iglesia sus teólogos y letrados. Pero no es mi intento de ninguna manera enseñarlo sino comunicarlo con mis maestros y padres espirituales, y manifestarles que esta doctrina se me enseña en esta escuela, y en particular esta verdad que ahora digo. Es que ninguna criatura por pecadora que haya sido, aunque haya cometido cuanto en el mundo todo se ha pecado, por pobre que sea, por pusilánime, por pavorosa, por idiota, por faltas, por defectos, por miserias y tentaciones que tenga, por sequedades, aunque las tenga tantas y tan grandes que no pueda levantar los ojos al Señor, ninguna digo, aunque tenga lo dicho, se enoje[1] o acobarde, ni todo eso le sea causa para no tener oración, porque en ella se hallará el remedio de todo, y Dios tenemos y Señor tan liberal y bueno que a todos llama y convida, y por pecadores dice que vino, y aun viene con su gracia.

Ninguna cosa, pues, impida este trato con Dios. Tentaciones grandes habrá, porque al punto que una

[1] O. c. «se encoja».

persona entra o quiere entrar a tener oración, se junta el infierno a hacerla contradicción: y no me espanto, porque a todo el infierno le viene mal de que haya oración. Aunque haya grandes ocupaciones, no se deje, que en ellas mismas puede haber oración; porque toda la oración es un trato familiar con Dios y un comercio de amor con Su Majestad: y como la fe nos enseña, que está en todo el lugar, no puede embarazar el no tenerle señalado, ni las ocupaciones, pues en ellas está Dios y en todo lugar se halla. Toda la oración consiste en este trato familiar con nuestro Señor; y así aun en las ocupaciones mismas puede tener levantada el alma y espíritu y potencias a su Hacedor, considerándole como tal, como Señor, como Padre, como Amigo, como Esposo, y como a nuestra vida, pues nos la está dando, y si no no seríamos. Y aun por esto no había de haber instante que no se ocupase en Dios; pues de tal suerte continuamente nos asiste comunicándonos el ser, que si faltase dejaríamos de ser; y siempre nos asiste con tan grande beneficio, siempre habíamos de asistir a Su Majestad con el agradecimiento en buena correspondencia. Para la oración es muy provechoso esto, porque el que nunca se derrama, presto se recoge.

En el particular de tener oración y no dejar de hacerlo, siento a mi alma con tales ansias de que ninguna criatura carezca de tanto bien, que si fuera posible por cada alma que la hubiese de tener, o porque la tuviera, diera la vida, y por cada una mil, si el Señor me las diese para poder volver a darla; y lo hiciera con notable consuelo. El Señor haga que ningún fiel carezca de tanto bien, dándole su luz. Sí la dará Su Majestad, si correspondiendo a su gracia y llamamientos comenzamos: comenzar es menester, porque para abrasarnos es menester llegar al fuego; para que nos

concedan, es menester pedir; y así no hay sino comenzar, que yo aseguro se experimentará aquella palabra de la Escritura:—Gustad y ved cuán suave es el Señor:—y de aquí vendrá el conocer que el yugo de Dios es suave. ¡Oh si gustásemos de esta suavidad! ¡Oh si llegásemos a conocer cuán dichoso y suave que será tratar con el Criador! Si tratar con los Santos y Siervos de Dios y con sus Espíritus es cosa tan gustosa y suave, ¿qué será con el Criador? En la santa oración halla el alma su tesoro, porque como el alma es criada a semejanza de Dios, capaz de conocerle y amarle, y Dios es fin para que fué criada, ese Señor sólo es su tesoro, y nada de esta vida sino Dios la satisface; y como para hallar a Su Majestad es la oración el camino, lo es para que el alma halle su tesoro, su centro, su descanso y su siesta. ¡Oh, qué dichosa cosa será hallar este bien! Dios nos lo conceda por su misericordia.

§ XVIII

Algunos avisos para las dificultades que al principio se ofrecen

Cuando el Señor por su bondad me dió más luz adelante que me había dado al principio, me reía yo de las ignorancias que tenía, y de las cosillas que al principio reparaba. Y cierto me ha sido motivo para alabar a nuestro Rey y Señor el considerar cómo un alma niña por estar en sus principios, se la mira el Señor, y cómo se paga Su Majestad de nuestras niñerías y pajuelas. Y aunque estoy cierta, que agradarán al Señor, porque si van hechas con deseo sincero de agradarle y con ignorancia inculpable, como de los principios se colige, así de su bondad, con todo eso es

bien desengañarnos de ellas y tener luz; porque puede ser, que acaso tengan algo de culpables; y cuando no lleguen a culpa, sería esta falta el que impidiesen algo el camino verdadero y seguro; y también porque pueden embarazar al alma en la subida de esta Escala para que no sea con velocidad por estarse detenida en cosas corporales y terrenas más que en divinas. Y aunque en el trato puro de Dios esto no se halla, como este trato de la oración y vida espiritual es entre Dios y la criatura, de parte de la criatura está el peligro; porque como nuestro trato ordinario es en cosas terrenas y carnales, cuando está el alma a los principios, y aun no tiene sino poca luz, fácilmente puede caer en estas faltas; como un rústico si entrase en el palacio del Rey sin estar instruído en cómo había de entrar con Su Majestad, incurriría en muchas.

No digo esto porque haya de haber en el trato con Dios cortesía del mundo, ni porque las palabras que a Dios se han de hablar hayan de ser de aliño o política, ni compuestas con[1] afectación, pues antes, según yo he conocido de Su Majestad Divina no quiere sino con razones sencillas y humildes y de buena voluntad. Y esto es lo que al Señor hace agradables las obras y nuestras niñerías, las cuales recibe por grandes dádivas, y al contrario lo que acá nos pareciere algo, lo despreciará Su Majestad, como se vió en el cornadillo de la vieja. ¿Qué habíamos de hacer los míseros y pobres si tal Dios no tuviéramos? Lo que digo es, que han de ser muy otros en la atención a lo divino y abstracción de lo terreno los sentidos y potencias que trataren con Dios de lo que eran antes, porque como el trato ordinario ha sido más de cosas terrenas que de las divinas, es fácil que en el trato con Dios, si no se cuida de esta diferencia, se

[1] O. c. «con afección».

cometan desatenciones groseras. Y es menester que desde el principio se entienda esta verdad, porque es necesaria, y más para los grados más altos de oración; pero es bien que desde el principio se comience esta obra, y aun plegue al Señor se alcance: y si al principio se hiciere, por ventura se atajara camino y se abreviara la subida para esta Escala.

Lo que voy diciendo es, que no es razón se lleven las obras exteriores más parte y atención que las interiores, sino que a cada cosa se le dé su derecho. ¿Por qué razón esta nuestra naturaleza ha de ser en la verdad tan rústica, que si se ofrece haber de hacer alguna obra de manos, las potencias y todo el corazón y alma todo se ocupa en aquel ministerio, y en llegando a la oración y trato con Dios, sólo el cuerpo estará allí, y todo el corazón y alma se ocupa en las cosas terrenas y momentáneas? ¿Qué razón, equidad ni respeto es éste? Esta es la verdad que digo es necesario se conozca desde los principios; que reine lo espiritual y no lo corpóreo; que no sea el alma la esclava y el cuerpo el señor, sino lo contrario; pues es cierto, que si conforme a razón ha de ser mientras estuviéremos en ocupación corporal, toda nuestra mente ha de estar con Dios; y pues lo corporal es lo menos y es parte inferior, lleve la menor parte, y mientras se hallare con el Rey y Señor de Majestad inmensa, mírese con quién se habla.

Esto me parece ayudará mucho, porque avivando la fe y considerando quién es con quien hablamos, parece es fuerza ir contra todo lo defectuoso en este particular. De mí digo, que cuando considero delante de quién estoy, tiemblo. Dios omnipotente es al fin, Dios de justicia, y Dios y Señor delante de quien todo lo criado es nada; y si este Señor a todo lo dejara apartándose un instante de obrar y estar en ello, todo de-

jara de ser. Mucho es necesaria esta reverencia, y cuánto lo sea es imposible conocerlo en esta vida; y aun por esto es la reverencia tan poca; pues hartos ejemplos hay de lo que el Señor castiga este defecto, así en la Escritura como en otros libros: yo he oído hartos. Por todas consideraciones es razón, que con todas veras del alma pidamos al Señor esta devoción, a nuestros Angeles que nos purifiquen los labios con el fuego de amor, y de nuestra parte hagamos lo posible conforme a las fuerzas que nos dieren, porque no hay cosa que más realce la oración que esta oración [1] a quien se trata. El Señor dé luz.

Para andar camino derecho, desde el principio se han de ir purificando potencias, quitando pasiones, mortificando la irascible y concupiscible, y que vayan muriendo a sus desordenados movimientos. Y mientras de la oración no se saquen semejantes efectos, se puede llamar ociosa, porque, como he dicho, la oración útil es toda amor o en amor, y el amor no es amor mientras no obrare lo que puede, pues del amor nace el deseo de obrar en agrado del amado, o en orden a conseguir lo que se quiere; y si el deseo de obrar no pone en ejecución la obra pudiendo, no es tanto deseo cuanto veleidad, que sólo a falta de no poder obrar suple el deseo. Supuesto esto no ha de ser la oración de forma, que en ella nos den el pan y refrigerio de las luces y alientos para obrar, y luego nos echemos [2] a dormir; que no nos lo dan para estar ociosos, sino para caminar; y si no caminamos en lo que he dicho, y la oración no tuviere estos efectos, podráse llamar ociosa. Antes de pasar de aquí diré, a mi ruín parecer, en qué se conocerá el estarse el alma en la oración ociosa.

En la oración fructuosa es fuerza obrar, o por nues-

[1] O. c. «esta atención». — [2] «echamos».

tras diligencias o trabajo hecho con las potencias ayudadas de la gracia ordinaria y de las verdades que la fe enseña y nos propone la Iglesia, o dándole el Señor sobrenatural y extraordinariamente como a una Magdalena, o como a un San Pablo, o a un buen Ladrón. Y aun este camino me parece a mí le pedirían muchas almas, porque el tener mucho y el amar mucho lo queremos todos, pero no el trabajar. Mas por ventura este camino no es conveniente a todos, porque el Señor tiene muchas sendas y caminos para su gloria, y a unos convendrá en tener trabajando en la viña del Señor, y a otros que el Señor los entre sobrenaturalmente y por modo extraordinario. La diferencia es o llamar el alma al Señor o que el Señor llame al alma. Cuando el Señor llama al alma, entra Su Majestad primero haciéndolo todo, y hácese dueño del alma, y luego el alma responde a la voz del Señor que oyó dentro de sí. Que este modo sea más obligatorio, es sin duda; porque se le da gran talento al alma, y si le enterrase y no obrase mucho, como pide tal beneficio, sería cargo grande. También de este otro modo lo hace Dios y da talento, porque da luz y otros avisos [1] al alma para que lo trabaje, y si lo hace por ventura, el premio no será menos. Al alma que no pone Dios sobrenaturalmente en la contemplación, le es fuerza trabajar; y no es razón descuidemos aguardando que Su Majestad lo haga con nosotros.

En este particular puede haber un grande yerro, descuidar en el trabajo y pedir al Señor esta merced; pues acá no nos conviene ir por ese camino, sino trabajar; y no lo haciendo nos atrasaremos. Razón es, pues, que cuanto está en nosotros trabajemos, y así la meditación ha de ser antecedente a la contemplación. En la meditación, que ayudados del Señor traba-

[1] O. c. «otros auxilios».

jemos mucho, y como hijos fieles de Su Majestad con ella hemos de ir purificando y adornando este tálamo y morada del Señor, que es nuestra alma, en que hemos de atender a dar gusto a Su Majestad y corresponder a la palabra que dice, que somos templo santo de Dios; y a lo que el mismo Señor dice, que sus entretenimientos y delicias es estar con los hijos de los hombres. Si el Rey se lo dijese a un rústico y pobre hombre, ataviara su casa o rinconcillo con sus alhajas y pobreza lo mejor que su posibilidad le diera lugar. Pues razón es que lo hagamos las criaturas con nuestro Criador, que aun desinteresados lo podíamos hacer, pues somos los que ganamos. Y pues el Señor nos ha mostrado, que quiere su habitación en nosotros, nos obliga a adornar y ataviar nuestra alma para que sea habitación a su gusto.

Este ha de ser pues el fruto de la oración y nuestro trabajo, el componer esta morada del Señor; y el alma que, no dándoselo el Señor sobrenaturalmente hecho todo, no se aplica a procurar hacerlo, tiene ociosa la oración. Este trabajo pertenece al primer camino o vía que llaman purgativa, a quien toca purgar pecados y purificar los sentidos. El verdadero purgar y purificar pecados se hace con el verdadero dolor, enmienda y satisfacción, motivado por ser ofensa de Dios y causado de la consideración de la fealdad de ellos y del daño que hacen; y pues los mortales nos hacen enemigos de Dios, y los veniales al fin son ofensas de un Señor de Majestad y Bondad infinita, no hay más que decir. El purificar los sentidos ha de ser conociendo el daño; porque son las puertas por donde entra la perdición al alma; y de aquí les viene la ocupación a las potencias, pues los sentidos son puertas antecedentes a ellas: si los sentidos se ocupan en cosas divinas y buenas conforme a la condición y ejercicio de cada sentido, las potencias tendrán acerca de lo mismo su ocupación; pero si los sentidos se distraen en cosas vanas o malas, a ellas se aplica la ocupación de las potencias.

Hase de considerar el alma casa de dos puertas o correspondencias. Estas son, la una la parte superior del alma, y la otra la inferior. Por una de estas dos puertas es fuerza que entre a esta casa lo necesario. Si el Señor enviare la comida y sustento del alma por la puerta, o parte inferior, por el orden de los sentidos y potencias del alma, como el sustento del alma son los misterios y verdades católicas, en entrando por esta parte es menester trabajar en desmenuzarlos, esto es, en que el alma los entienda y pondere. Cuán necesario sea, (declararé) con este ejemplo. Si una criatura naciera en una isla donde faltase quien la doctrinase y no hubiese nadie que lo hiciese y que la sacase de ignorancia sino que así se criase y llegase a edad crecida, ésta tal, si Dios milagrosamente no la diese otra luz, naturalmente sería como un animal bruto para las cosas de la fe, que son sobre la capacidad natural. Pues así es en su modo cuanto a la práctica de las cosas del espíritu. El alma que no trabaja en la oración para entender los misterios y verdades necesarias y obrar conforme a ellas, bien podrá creer lo que la fe enseña y aún podrá entender muchísimo por lo que se le noticia, pero si no llega a la oración y estas verdades no se desmenuzan, conocen y ponderan, mirando en qué consiste la mortificación, y cómo [1] se ha de obrar cuanto a la práctica, será como un hombre animal que no percibe las cosas que son de espíritu. ¿Quién habrá que tenga casa ordenada, que no sepa cuáles oficios pertenecen a cada criado? Necesario es, pues, conocer los sentidos, que como puertas

[1] O. c. «y cuánto».

del alma son los primeros criados por donde ha de entrar lo necesario para levantar el espíritu a Dios. No es bien mirado lo que la vista mira, pasa al entendimiento; si malo, ocúpase en malo; si bueno, en bueno; y así nos conviene no mirar sino lo bueno o lo que sin peligro o divertimiento nos lleve al bien. Así se ha de ir discurriendo de los demás sentidos, considerando el daño que nos hacen, y apartarnos de él.

§ XIX

Trabajos de los principios de la vía purgativa

No se puede negar que es menester grandísima ayuda de nuestro Señor para vencer los trabajos que trae la purgación y purificación de la vía purgativa, porque aquí la oración ha de ser estudio para ir contra el natural aún no domado, pues él de su cosecha no pide cosa buena, y es dura y dificultosa cosa a nuestra flaqueza ir siempre contra lo que él pide. El ser dificultoso no es después de haber gustado la suavidad del Señor sino antes de gustarla; y aun por gustar cosa tan suave habíamos de comenzar y trabajar mucho. Por dificultades que se ofrezcan de tentaciones, que serán muchas y diversas, no hay que desmayar sino fiar de la fidelidad de Dios y esperar en su misericordia, que El será maestro y lo pondrá todo de su casa. El alma se llegue y resigne en la divina voluntad, y con determinación resuelta, como queda arriba dicho, comience y persevere, que cierto y más que cierto es que el Señor favorece y enseña.

De mí digo, que tuve terribles tentaciones, como declararé algo aquí, pero el Señor hizo mucho conmigo; y si lo hizo con quien tan poco merecía y tan mal ha

correspondido y tan ingrata a su Señor, ¿qué hará con los demás? Al punto que comencé a tener oración, comencé a tener trabajos y tentaciones. ¡Y qué cierto es, que cuando un alma se determina a servir a Dios, todo el infierno se levanta contra ella, contradice y contrista a la pobre alma! Cuando comencé a recogerme, comenzó el demonio a contradecirme, él por su camino, y valiéndose de criaturas de acá para hacerlo por otros muchos. ¡Oh insipiente maldito, qué de trazas tienes! Comenzó por criaturas de acá, y valiéndose de las que a mí me podían contristar más, unas veces por caridad mirando por mi salud, otras con respetos no tan buenos, de día totalmente hacía me ocupasen para no tener oración, y digo lo hacía porque no eran necesidades las ocupaciones en que me tenían sino impertinencias; y si de día no la tenía y de noche la procuraba tener, hacía me velasen y rodeasen hasta que viesen estaba quieta y les pareciese dormía, y si me levantaba, en sabiéndolo, luego me mandaban no comulgase en tanto tiempo. El no recibir el Santísimo Sacramento me era muy trabajoso, porque la comunión me aliviaba otros trabajos grandes que tenía, y me daba fuerzas para llevarlos. Al punto que comencé a darme a la oración y camino de virtud, comenzó el demonio a atormentarme en el cuerpo y espíritu terriblemente.

En el espíritu afligiéndome continuamente con palabras y visiones imaginarias, solía rodearme de tribulaciones, de manera que parecía no había remedio para mí. Siempre apretó más en los temores, persuadiéndome que no diese por camino tan estrecho, que era peligroso, que sin entenderlo caminaba camino de perdición, que yo me había de condenar, y que lo podía colegir de lo que Dios me dejaba, pues a él le daba lugar para atormentarme. Decíame, hasta las criatu-

ras te persiguen; y correspondía a esto lo que yo acá experimentaba, porque me decían que el tener oración lo hacía por remedar a otras, y porque me tuviesen por buena, que yo propia me perdía; hasta tratarme mal. En este tiempo como yo estaba enferma continuamente con grandes y graves enfermedades y mucha flaqueza, y las criaturas de acá me afligían con el concepto de que me hacía inútil e impedida, sólo el Señor sabía de esta causa la ocasión que me dió de mérito. En esta aflicción me decía el demonio:—¿Qué has de hacer tan impedida? Dios te deja, las criaturas también, y tú te quieres ahora atormentar? Deja la oración y alíviate algo.—Todo lo acomodaba de manera que afligía harto.

En el espíritu me atormentaba con estos y otros trabajos dignos de silencio: y para un alma que toda su vida había deseado pureza, y por tenerla de tan poca edad me ofrecí a Dios, cierto sería pena; sólo Dios sabe lo que mi alma padeció. Y acrecentaba este trabajo, porque no me querían dar lugar para comunicarlo con mi confesor, y así a solas lo padecía, porque me tenían señalado el tiempo que había de tardar en confesarme, y no me daban más lugar, que sería como medio cuarto de hora, y esto dos veces o una no más a la semana. Yo no podía persuadirme, como era principiante, a lo que pudiese ser, ni si ofendía a Dios o no; no tenía a quien preguntarlo. Acrecentóse más; que era un grande trabajo y pena que el Señor me dió corporal; y en la pena espiritual éste ha sido grande trabajo, que me ha dado más que entender y merecer, porque a trueque de no tenerlo, llevaría yo todos los martirios del mundo que ha habido y habrá, y no es encarecimiento: lo que en este trabajo he padecido no se puede numerar, porque[1] trabajo sin

[1] O. c. «porque es».

alivio, y trabajo que consigo trae infinitos. Diómele a los principios después de profesa, y me ha durado siempre. El demonio se valía de él para atormentarme mucho.

Con todo esto que he dicho, estaba perpetuamente afligida y destituída de todo consuelo. Ni las cosas humanas me lo daban ni podían, ni jamás en ellas tuve. Las divinas me alentaban, pero para mí eran limitadas; digo cuanto a lo que yo entonces sentía, que claro está no lo eran. Pues en tal mar de tribulaciones me guardó el Señor. Muchas mercedes me hacía Su Majestad, porque cuando me quería afligir, cierto que también se escondía, sabiendo como Dios que eso era lo que mi alma más sentía: mas cierto que castigaba dulcemente, y puedo decir que si me castigaba me regalaba, porque a una vuelta de sus ojos quedaba mi alma en tranquilidad y sosiego, las olas terribles, quietas y serenas. Por lo que dije que las ayudas divinas eran limitadas es porque las espirituales de acá lo eran, como oración, sacramentos y confesar por la causa que queda dicha.

Tenía otros trabajos, que era que el demonio me atormentaba en la oración y oficio divino con terribles dolores corporales. Sentíalos mucho porque las calenturas y enfermedades naturales me tenían muy debilitada, y como la noche o parte de ella es ordenada para el descanso y yo no le tenía ni de día ni de noche, me parecía cuando el demonio me atormentaba, había de acabar la vida. Cuando me ponía en la oración, luego sentía un dolor en todas las coyunturas del cuerpo grandísimo, y un peso en él, que me agravaba de manera que[1] hacía dar en tierra. Yo por disimular estaba en pie en la comunidad, esforzándome a ello, y en esta disimulación padecía lo que no puedo decir. Con-

[1] O. c. «que me».

veníame disimular, porque del quejarme o moverme movía el demonio la irascible de dos o tres personas a enojo, y me decían que eran invenciones. Y como el demonio me atormentaba de modo que no dejaba resquicio por donde no entrase, si podía me decía era verdad lo que aquellas siervas de Dios me decían, y que era voz de Dios enviada por mis superiores, que podía hacer escrúpulo porque las movía a ira. Las que eran más afectas me decían, que las espantaba con el rostro que tenía, porque parecía mortal: y a esta causa y por más disimular traía un velo en el rostro.

Todos estos trabajos padecía a solas. Lo que me los aliviaba, y daba fuerzas al cuerpo, que como flaca, y tanto como lo estaba, lo había bien menester, era el Santísimo Sacramento del Altar; y a esta causa me era mayor pena el que me quitaban la Comunión; y no lo hacían pocas veces, que era a cualquiera cosa que les desagradase; y como yo son tan mala eran muchas, y siempre era el castigo quitarme la comunión. No era el confesor quien lo hacía, porque como él sabía bien mis necesidades espirituales, antes me deseaba ese remedio. Las misericordias que el Señor me[1] hacía no las puedo numerar. ¡Qué fiel es! Y ¡qué cierto aquello que Su Majestad dice; — que está en la tribulación con el atribulado que lo llama! — De algunas cosas que en estos trabajos me acontecieron, y de otros que tuve, diré en otra ocasión.

En la presente he dicho los referidos, porque se vea el orden de esta subida, y que no hay que imaginarse que la oración ha de alcanzarse sin trabajos, y que por ellos no se ha de desmayar ni volver atrás de este camino. Yo por la bondad del Señor no dejé la oración por muchos que tuve, lo que hacía era resistir a toda oposición, y a las personas que he dicho darles gusto

[1] O. c. «Señor hacía».

mientras me tenían presente para que no hiciese cosa de ejercicio espiritual ni tuviese oración; en ellas mismas consideraba a Dios, y por este medio estándome con ellas tenía oración; con que componía el tener oración y darles gusto. Eran personas que me obligaban a obedecerlas, y así lo hacía, y si no clara era la tentación, pero entrando obediencia, aunque sea en oración no me he de regir por mí sino obedecer. No hay que temer aunque estas y otras tentaciones traiga el demonio, que si el alma es humilde y persevera, él saldrá con las manos en la cabeza. De otras diversidades de tentaciones he dicho arriba.

§ XX

Efectos de la oración, por donde se conoce si es perfecta

No me detengo en decir algunas otras cosas que son necesarias para la oración, porque son tan sabidas, como es preceder lección de algún libro espiritual que administre materia, el recogimiento y soledad que es necesario, el examen de la conciencia, y el enderezar la intención, y otras cosas así. En particular es menester advertir, que no hay[1], como dicen, mucha fuerza de brazos y quebrantamiento de cabeza, que no se alcanza por eso este bien; ni está este negocio en visajes, voces ni alborozos, ni en torcer la cabeza, ni en fruncimientos de boca, ni en figuras de ojos, que todo esto importa muy poco; antes bien, como es cosa exterior, podía ocupar, y al que lo viese no podemos saber qué efectos le haría, y por ventura será moverle a ira[2], escarnio o desgana de oración.

[1] O. c. «no haya». — [2] «a risa».

Al principio, como se comienza hay algunos fervorcitos, que si no van bien ordenados pueden causar los dichos efectos. De los efectos imperfectos que se siguen de algunos modos de oración imperfecta, dije arriba tratando de los peligros. Los efectos de la oración perfecta que a mí se me han enseñado, diré aquí. En los frutos se conoce el buen árbol, y si no los llevare le tendrán por árbol de ningún provecho, y aun lo cortarán y echarán al fuego. En lo que se conoce si hay verdadera oración, y si el tiempo que se gasta en ella no es ocioso, y si el árbol de nuestro espíritu lleva buen fruto es lo que se experimenta en la oración y ocasiones, si me aprovecho de ellas para el bien del alma, si las pasiones están mortificadas, si las virtudes se aumentan, si el ofender a Dios descrece o se minora, si el servirle es con veras

Y a lo que la perfecta oración obliga es lo siguiente: (estos son los efectos que desde el principio o primer día que comencé oración se causaron en mi alma): no consiente ni aun las pequeñas imperfecciones; obliga a trabajar por hallar a Dios aunque sea a costa de grandes trabajos, fatigas y penalidades; obliga a profundísima humildad, porque se conoce el autor de todo, y para esta virtud se comunica grande luz, porque es el fundamento; obliga con mucha fuerza a la caridad y a las demás virtudes; hay luz de lo que ha menester cada virtud para ser perfecta, y la que es verdadera oración no deja al alma con virtudes fingidas sino que obliga a las verdaderas; siempre hay en el alma cuando es la oración perfecta un ay continuo, ay cómo obraré para agradar a Dios y no disgustarle; no deja estar ociosa al alma sino que siempre obre, y si no lo hace, no hay satisfacción, y la pena se aumenta; finalmente obliga a todo bien obrar, a paz y quietud del alma, a mortificar pasiones, a dejar todo lo criado y

tener muy poca estima de ello, a vencer tentaciones y apetitos; y hace otros muchos efectos provechosos que no se pueden decir; y cuanto más en la oración nos ocupamos, más se aumentan estos efectos y otros utilísimos.

Para declarar éstos, su importancia y condición, y los fines más próximos a que la oración se ha de enderezar, y también para que mejor se entiendan las demás gradas de esta Escala, me aprovecharé de una visión imaginaria que tuve, y la luz que en ella me dieron: todo lo declararé, dando a entender por ella lo que es el alma en gracia, y lo que es la que la ha perdido y está sin ella, y lo que es menester para procurar esta gracia, y cómo sin oración no se puede alcanzar la pureza del alma.

§ XXI

Declárase la nobleza del alma y sus dos estados de gracia o culpa

¡Oh Padre celestial y Señor, qué necesaria es para declarar lo que se sigue, vuestra lumbre y luz divina! Mejor sería que vuestros celestiales espíritus declarasen lo que solos ellos llanamente conocen, que no una ignorante mujer que lo recibe, y apenas sabe el *A* de vuestras misericordias: y si no esperara que Vuestra Majestad ha de cumplir (dejándomelo decir así) por mí la obediencia y hacerlo todo, no sé cómo me atreviera. Fiada de este favor que me haréis, Señor, diré lo que pudiere o como pudiere lo que me habéis mostrado. Dios mío, dadme luz para hacerlo. Amén.

A los principios de cómo el Señor comenzó a hacerme favores de visiones, mi alma estaba lamentándose de lástima de que habiendo almas que pudiendo

alcanzar tanto y siendo capaces de tanto bien, no lo procurasen conseguir sino muy al contrario. Esto era lo que afligía mi corazón; el que este divino Señor no fuese amado y servido, pues tanto lo merecía; y tal vez afligía mi corazón esta causa, que desfallecía de pena. Decíale al Señor: — ¡si yo pudiera algo, aunque no fuera sino castigándome a mí, porque alguno más os amase! — Aquí eran mis ansias de día y de noche por alcanzarlo; la vida diera entonces con gusto, y con darla descansara. Esta ha sido pena que siempre ha lastimado mi corazón, y petición que siempre he hecho al Señor. Y perseverando en ella un día que el fervor crecía, Su Majestad me lo aumentó, y animó diciéndome después de la Comunión, que aquella petición le era muy acepta, que la continuase. Esto fué en recogimiento por visión imaginaria. Díjome y mostróme lo mucho que amaba a las almas, y lo que le costaron, y que les ayudase. Y me ofrecí de todo corazón a padecer y a que el Señor hiciese de mí su voluntad. Mandóme que padeciese para que una saliese de pecado, que era la mayor desdicha del mundo.

Aquí me mostró mi Señor el mal estado y el bueno, y el de la gracia y el de la desgracia de Dios. ¡Válgame Su Majestad y qué mal se puede decir lo que aquí se conoce! ¡Qué lástima y desdicha es que tan poco se conozca, y que no se repare más en el ofender a Dios! No sé cómo decir esto. Dios dé luz. ¿De qué se priva por ella[1] la criatura? De buena gana se puede tener oración, y cualquier trabajo se puede con gusto padecer por alcanzar la buena dicha de la gracia y por vivir con menos peligro de perderla. Pues con la luz que en ella[2] se comunica, nos detenemos de ofender a Dios y nos podemos mejor guardar de desdicha tan grande.

[1] O. c. «por la ofensa de Dios». — [2] O. c. «en la oración».

Para declarar en el modo que acá podemos, cómo es el alma que está en gracia, y cómo la que está en desgracia del Señor, se ha de declarar conforme se me ha mostrado cómo es el alma, y por aquí se entenderán los modos de oración que faltan de declarar hasta los más superiores. El alma es superior a todas las criaturas de este mundo visible, todas son inferiores y para su servicio, por lo que se deben muchas gracias y grande alabanza al Señor; todos son irracionales e incapaces de lo que es capaz el alma, y por esto[1] tiene superioridad. De esta alma ignoramos la belleza, y naturalmente no conocemos cuánta sea si no es por la luz divina, porque ella es incorpórea e invisible. Divídese en tres partes, aunque es toda una, en los sentidos, potencias inferiores y espíritu o mente. Este dividirse no es porque el alma sea tres cosas distintas, pues no es más que una indivisible, sino porque tiene tres correspondencias, siendo toda una. Estas son: una dar al cuerpo vida y sentidos, como se colige de cuando sale del que queda todo muerto: otra parte es las potencias; como miran a lo inferior, todo esto es la parte inferior del alma: y la mente o espíritu es la superior, porque no tiene parte en lo imperfecto. Esta parte es la que siempre mira a su origen, y mira a Dios, y para esto es superior. Que todas las almas tengan esto, es cierto; y aquí está la lástima, que pueda tanto lo imperfecto y corpóreo, y que puedan y reinen tanto las pasiones que sujetan al espíritu. De esta parte superior del alma diré adelante, cuando trate de las últimas gradas de esta Escala, que serán los últimos y los mul altos grados de oración. Ahora trato de esta parte inferior y corpórea a la cual pertenece el purificar y quitar pecados e imperfecciones. Y para que se conozca lo que importa quitarlas,

[1] O. c. «por esto a todas».

pondré también lo que hace daño al alma, que es mucho. Por lo que se dice que pertenece a la parte inferior el quitar, es porque ella es la imperfecta de su condición y quien obra la imperfección; y así ella es la parte que se ha de purificar, aunque sea con imperio de lo superior que mira a Dios.

No sé a qué se pueda asimilar el alma más que a lo que en este mundo es más claro y transparente, que es el cristal. Y dar a entender su hermosura y belleza y su daño es fuerza sea por cosas[1] temporales y de acá, porque como este nuestro grosero lenguaje y modo de entender depende de lo sensible, es fuerza acomodarme con él. La hermosura de un alma como es en sí es imposible darla a entender por todo lo que en esta vida se llama hermoso y lo que deleita la vista; y el sol que es lo más bello, todo ello es obscuridad y tinieblas respecto de su hermosura. No se puede dar a entender cómo es; es admirable, es indecible. Con lo que se puede inferir lo que es con que su precio es la Sangre de Cristo. Mucho vale lo que se redimió a tanto precio. Lo que a mí me hace más estimarla es que Dios la amó tanto que dió a su Unigénito Hijo para remediarla y repararla, y la ama tiernamente, que dice son sus gustos y regalos estar con los hijos de los hombres; y cosa que Dios ama tanto, y por quien el Criador y Señor de todo hace tanto, cierto es que es valor grande. Al fin es hechura de sus manos, capaz de entender y amar a Dios, hecha a su imagen y semejanza. Como se puede dar a entender algo es así.

Consideremos un castillo o aposento de cristal hermosísimo que es el alma sin pecado, y dentro de este aposento o castillo al sol, como es cierto que lo está el de justicia en el alma que está en gracia por el modo de asistencia especial tan admirable que Dios

[1] O. c. «cosas corporales».

en ella tiene. ¿Qué hermosura será la del cristal participada del sol que tiene dentro de sí? Parecerá el cristal sol, y su belleza será como admiración grande. Pues ¿añadiendo la hermosura y adorno de las virtudes, que todo es participado de Dios y los efectos que Dios hace son grandes en el alma amiga suya, todo ilustrado por la asistencia de aquel divino Sol? Nada de esto se puede bastantemente encarecer, porque la hermosura del alma es sin comparación más que la del cristal; los efectos que Dios hace son grandes y admirables, y cada acto meritorio que obra, lo hace el Señor de nuevo: la hermosura y belleza de las virtudes es grandísima, ellas son las galas y atavíos del alma que la adornan y hermosean; y lo que cada una de por sí tiene, si se hubiese de comparar con la belleza y luz de acá, todo esto sería oscuridad para la belleza que sólo una virtud tiene y da al alma, y lo que el alma por el ejercicio de cada virtud alcanza creciendo de virtud en virtud no se puede decir ni numerar. La hermosura, pues, del alma, el resplandor y luces de la gracia, el lustre de la virtud, los resaltes que Dios cada día y hora y momento va añadiendo, todo esto viene a hacer un campo de belleza rara para Dios, a donde tiene Su Majestad sus deleites.

¡Oh, válgame Dios, y qué dicha es ésta! Feliz mil veces el alma que tal favor alcanza. Por este beneficio se podían dar mil vidas, padecer cuanto en el mundo se ha padecido. Y ¡qué lástima, que lo que a tan poca costa se podía alcanzar, se pierde con tanto descuido! No hay lengua humana que pueda ponderar esto. Dios dé luz por su bondad para conocerlo, que sin ella es imposible. Bien se colige que hay pocas almas que, aprovechándose de la que Dios les da, consideren esto. ¡Hay tantas ofensas de Dios! Y ¡qué lástima que, perdiéndose tanto bien por ellas, y lo que es lo más, cayéndose de la privanza y amistad de Dios, haya tan

poco reparo! Si alguna persona cae de la del rey de la tierra, que eso nada es, y ¡qué lástima hace a los que con piedad lo notan! Pues ¿cuánto más sin comparación es hacerse enemigo del Todopoderoso y aborrecido de un Dios tan bueno? Que al paso que con la gracia y amistad de Dios es tanto lo que se gana, es mucho lo que con su desgracia se pierde. No parece sino que en este causa no tenemos ojos para mirarla, según lo que se obra en ella. ¿Acaso no tenemos fe, o no creemos lo que nos importa la amistad de Dios, y lo que nos daña su ofensa? La fe no faltará; mas faltará la aplicación a considerar lo que la fe enseña. A mí bien se me ha mostrado lo que al alma daña la desgracia y ofensa de Dios; y más se me ha mostrado que podré decir. Dirélo como pudiere. Y para que nos apartemos de pecados, no solamente de mortales sino en cuanto pudiéremos, de mortales y veniales e imperfecciones, diré el efecto que hacen.

Consideremos aquel castillo de cristal hermosísimo con la belleza que queda declarada. En él, pues, hace una imperfección el efecto que hace en una pieza de cristal el manosearla: de hacerlo queda el cristal un poco obscurecido; y así al alma la imperfección un poco la obscurece. Esta obscuridad no es causa que hace a Dios salir del alma, como no lo sería en el castillo, si el sol estuviera dentro, el manosearlo para que el sol se ausentase, por ser la oposición tan poca; pero ya no dejaría al sol herir tan desembarazadamente al cristal ni hacer efectos en él, como si nada hubiera de embarazo, con que estuviera del todo claro. Y así en el alma, la imperfección causa un poquito de obscuridad y como embarazo, con que no se comunica Dios con tan llenos influjos como si no hubiera nada. Esta falta no está por falta del sol sino de la del cristal. Nuestras imperfecciones impiden y detienen algo de la abundancia de los auxilios de Dios,

de sus luces, inspiraciones y efectos: entibian la devoción, y no sólo esto sino que ponen al alma más dispuesta y cerca del pecado venial advertido y a peligro de caer en él.

Lo que el pecado venial hace en el alma, se declarará así en el mismo símil. Consideremos este castillo de cristal, y que después de haberlo andado con las manos y quedado de esto algo turbio, le echásemos el aliento; de echarlo, queda el cristal con más turbación y como obscuro y entrapado, aunque no del todo, pero bien más que tocarle. Este efecto hace el pecado venial en el alma; y como si el sol diese en el cristal así entrapado, le embarazaría más esta turbación el herirle, penetrarle y hacer en él sus efectos, así el pecado venial solo, aunque Dios está en el alma, y por él la gracia no se pierde, impide más al Señor el que haga en ella efectos y misericordias; impide para que la luz divina no se comunique ni penetre ni entre, y aunque no deja de haber caridad y claridad, pues asiste el sol, pero algo se impide; y no es muy poco, que aunque parece poco por no poderse declarar lo que es sino tomando de cosas materiales ejemplos cortos, conozco es mucho más que se puede dar a entender.

El efecto que hace el pecado mortal en el alma se declarará algo usando del mismo símil. Consideremos este castillo de cristal, que se salga el sol de él por haber admitido cosas feísimas e incomposibles con su asistencia; considerémosle en horrible obscuridad, lleno de las cosas más feas e inmundas y asquerosas que hay en el mundo, sapos, culebras, sabandijas y asquerosidades, que por mucha fealdad que se imagine, es nada en comparación del alma en pecado mortal. Lo primero echa a Dios de sí, y queda en la obscuridad horrible que causa la ausencia de este divino Sol; queda en desgracia de Dios, enemiga de Dios, objeto de la justa ira del Omnipotente, y ordenada a

eternas penas; queda al fin apartada de Dios, y por esto tan fea y hedionda como el mismo demonio. Por el efecto que hizo un pecado mortal en una criatura tan bella como fué criado Lucifer, se puede colegir; pues de lucido y bello, le hizo tan feo y espantoso, que su fealdad no se puede encarecer. ¿Qué harán en el alma muchos pecados mortales? Ultimamente queda sin Dios, y sólo está en ella dándole el ser, como está en las criaturas insensibles; muerta la vida de la gracia, y sus obras son muertas para el mérito. ¿No es lástima incomparable que un alma se separe así ella misma?

Conocí, pues, y se me dió a entender, cuánto debemos trabajar por no llegar a tan desdichado estado. Esto es lo que el alma se ha de purificar. Lo primero por medio de la contrición y confesión, como dije arriba: después con el efecto de la verdadera enmienda procurando evitar todo género de culpas, y con la satisfacción por las cometidas. A la vía purgativa pertenece quitar pecados, satisfacer por ellos, y purificar sentidos. A la iluminativa el purificar potencias, adquirir virtudes y adornar el alma para su Dios y Señor. Siempre se ha de ir quitando pasiones, cercenando apetitos, y lo es menester mucho para entrar en los modos de oración que adelante diré.

§ XXII

Segunda grada de esta Escala. Principio de la vía iluminativa

Cuando un alma se da a la oración y el Señor la elige para este efecto con especialidad, la lleva Su Majestad por unas sendas secretas, por unos caminos ignorados a la misma alma, pero muy importantes para ella: en esto hay más y menos, y hay diferentes modos

de oración: las diferencias irán cada una en cada grada de esta Escala. La segunda grada, pues, es el segundo grado de oración, en que comienza la vía iluminativa; porque después que el alma ha trabajado en la meditación con el discurso de las potencias, movido y como obligado el Señor de nuestras niñerías, comienza por su bondad a alumbrar e ilustrar el interior; las potencias comienzan a tener luz, y el alma a recibir con ella particulares favores y a engolosinarse de modo, que por ningún acontecimiento dejara la oración. Paréceme que ya se llega a gustar algo de la dulzura y suavidad del Señor, porque las potencias se ilustran y reciben luz particular, y como la luz se comunica, se declaran estos beneficios y se van conociendo. Conocerá la grandeza del beneficio y del Señor que lo hace, y así la voluntad ama con menos fuerza, costa y trabajo.

A este modo de oración pertenece el purificar las potencias, como a la purgativa purificar los sentidos y quitar pecados. Esto de purificar potencias es importantísimo y muy necesario para comenzar este grado; porque si ellas no se purifican no entrará la luz divina. El Señor quiere corazón entero y no partido, y también quiere estar a solas en el alma. Entero quiere el corazón de manera que no se derrame en cosas de esta vida impertinentes o no necesarias, porque como es limitado no puede entrar cumplidamente en dos cosas, y así si cumple con las vanidades y se entretiene en sus ocupaciones, es fuerza no esté con Dios como debe, y si con Dios está así, es fuerza que haya de dejar al mundo. ¡Oh soledad divina, y qué divina que eres para el alma! ¡y qué cierto es que habla Dios al corazón a solas!

En esta oración no ha de ser hablar siempre el alma sino también escuchar, que es cierto la hablarán; sólo por esta habla se había de procurar la soledad interior. ¡Qué habla tan dulce, qué quietud deja! No hablo yo

aquí de revelaciones ni hablas corpóreas, que de esas adelante se dirá, sino de una habla que no es corpórea, y es más común. Y trato aquí de ella, porque al punto que las potencias se desocupan y se dejan, y a los pecados grandes, viene esta luz o habla o iluminación. Ni tampoco digo que sea habla intelectual, aunque digo que no es corpórea; que tampoco trato aquí de las hablas o revelaciones intelectuales. Las hablas que yo digo aquí, a mi parecer son muy gran parte de la conciencia fiel, y no se puede distinguir aún bien si es habla o fuerza que allá interiormente se hace de bien obrar. En las ocasiones que se conoce, es en la oración, cuando el alma se ve por la meditación que ha tenido, tan obligada; entonces parece le dictan, que en retribución se le pide el bien obrar, que no ofenda más a Dios tan bueno y fiel, y esto enamora el alma. A mi parecer, como está tan niña a los principios es éste el cebito que la daban para enamorarla e irla disponiendo para cosas mayores. En otras ocasiones se sienten esas hablas: y si en el obrar, cuando se va a hacer algo no perfecto, que luego parece que de repente previenen al alma; *pues, ¿cómo haces eso que no es lícito?*: no lo hagas; y también, cuando ha caído en alguna falta, así viene la reprensión en la misma forma.

Todo género de almas que tratan de perfección, me parece a mí también estas hablas tienen. A mí desde que tuve uso de razón, me la concedió el Señor por su bondad. Ella es de Dios, porque es habla que tiene lindos respectos. A mi parecer muchas de estas hablas hace el santo Angel de la guarda, avisando el bien obrar al alma que tiene a su cargo, pues como es ese su oficio, parece será suya esta habla: debémosle tanto que es lástima no correspondamos; en otra ocasión diré de este particular. A estas inspiraciones importa mucho el corresponder, que el alcanzar otras ha de ser según el obrar con las que nos da el Señor; y aun

ésta es la causa de que no haya muchos perfectos, que si no obramos con los talentos, cesa el Señor de añadirlos: añádelos a los que trabajan con ellos, y a quien no obra no sólo no añade, pero aún el que le había dado, le suele quitar. Temamos no nos lo quiten todo, que a un mal obrar este pago merece como el premio de quien obrare. Será añadir el Señor beneficios a beneficios, y talentos a talentos, y sobre ellos paga.

El propio de este estado es quitar pecados veniales e imperfecciones, e ir mortificando pasiones y purificándolas[1]. Paréceles a algunos, que no importan cosas pocas, que es reparar en niñerías, y que no dejará de crecer el alma. Lo que yo veo no la deja crecer y que la impide harto es este poco reparo. No se puede creer lo que al alma se le quita de perfección; y es que un pecado venial trae otro, y éste a otro grave, y trae muchas sequedades y otros daños, y así conviene velar y procurar quitar lo que impide tanto bien. Pero suele haber en este particular una tentación, que queda arriba dicha, de desconsolarse cuando de una vez no se pueden quitar los que se proponen huir. No ha de ser de una vez sino poco a poco ir mirando, y cuanta suavidad se pudiere, se ha de tener en las potencias, porque esto no inquiete; rigor en el cuerpo para vencerlo, y en el alma serenidad y suavidad; y si se cae, sacar provecho para la virtud de la humildad conociendo bien nuestra miseria, y hacer muchos actos de amor de Dios, pues es tan bueno que de almas tan imperfectas dice, que con ellas tiene sus gustos y delicias. Procurémoselas dar, quitando de esta posada de Su Majestad lo imperfecto que queda dicho, para que en ella haga su asiento y habitación.

De mucho provecho es para conservar esta pureza el traer presente un[2] poco de la pasión de Cristo todo

[1] O. c. «ir purificando potencias y mortificando pasiones». — [2] O. c. «un paso».

el día, porque no hay cosa que más componga, que mirar a nuestro Señor Jesucristo crucificado o padeciendo. ¡Válgame Dios, y qué verdad es ésta! El Señor por su bondad me concedió a mí a los principios una presencia de Su Majestad crucificado por más de un año, y el provecho que a mi alma hizo, no lo podré significar. ¡Qué efectos tan particulares experimenté en aquel año! Mortificóme el Señor mis pasiones, y puedo decir con verdad, que por su bondad no hablé palabra ociosa en todo el año del noviciado, ni me reí con gusto, sino por no hacerme singular me sonreía, y esto con pena. Grande bien es éste. Crucificábame yo con el Señor en mis pasiones, y de verle en una cruz me crucificaba. Fué esta presencia continua por un año, ni de día ni de noche me faltaba.

Grande bien trae consigo esto de la Humanidad del Señor. Yo he oído a algunas personas, que no pueden meditar, y que es mejor no detenerse en la Humanidad sino pasar a la Divinidad, pero cierto que a mí no me aconteció así. En la Humanidad me estaba [1] hasta que el Señor ordenó otra cosa, y esto es lo que me parece conviene, y convino a mi alma. ¿Que adelantarse un alma ha de ser dejar del todo la Humanidad? No me lo aconsejaron ni enseñaron. ¿Hay beneficio mayor que el de la Redención? Cierto que es obra maravillosísima y motivo harto eficaz de alabanza y agradecimiento al Señor. No digo yo, que nos quedemos sólo en Cristo-hombre, sino que consideremos hombre y Dios; que considerando la grandeza de Dios es más el ser hombre siendo Dios, y obligan mucho los beneficios de Dios-hombre. Mucho enamora la hermosura de la Humanidad unida a la Divinidad, y no sé qué tiene que, como tomó Dios nuestra naturaleza y se vistió de nuestro sayal con más consuelo de los afligidos, consideremos que tenemos a Dios juntamen-

[1] O. c. «me estuve».

te hermano nuestro, y mirar que en nuestra naturaleza nos dió ejemplo. Aquello de la esencia divina y Dios parece cosa temerosa y hace estremecer por la grandeza de la infinita Majestad; y aunque Cristo es Dios, es también hombre, y tenemos un hombre-Dios que interceda y sea propiciación por nuestras culpas. Más dichosos somos por este camino, que lo que conocemos. No le puede decir un ángel a Dios, que es su hermano, ni que tiene su naturaleza, y nosotros sí. Bendito sea tal Dios, y séalo la Humanidad de mi Señor. Cierto que es éste gran consuelo de los mortales.

Ahora se me ha ofrecido una cosa que he oído, y es, que como dicen algunas almas que no pueden meditar en la pasión de Cristo ni considerar en su Humanidad, también dicen que no pueden rezar: y a una persona que no había más de un año que trataba de oración, le oí decir que una ave-maría que le dieran de penitencia, no la podía rezar. Bien creo yo que esto puede ser; pero a mí mucho me consuela, y mucho bien viene a mi alma de rezar vocalmente algunas devociones, como el rosario de la Virgen y otras cosas así. Y cierto, que ayuda mucho a la vida perfecta el orden de algunos ejercicios, y el de la Pasión que yo hago, y el rezar algo. No digo en esto, que sea lo que más importa, pero todo se puede hacer, rezar vocalmente y meditar; y tal vez en estos ejercicios y obras se remonta el alma a perfecta contemplación. No hay que dejarlo sino buscar a Dios de todos modos. Si nos saliéramos de Dios, vaya; pero, pobre de mí, todo es Dios, y a un Dios alabamos de la una y de la otra forma: y es Su Majestad tan misericordioso que se paga de las obras cortas y exteriores hechas con ese fin, y ellas ayudan a la composición del alma. Con todas estas cosas que quedan dichas se va subiendo a esta Escala ayudándose unas a otras, y aunque algunas parecen de poca monta e importancia no lo son

en la verdad, sino de mucha, y en todas es menester el cuidado y vigilancia.

§ XXIII

Tercera grada. Oración de recogimiento

Mi Señor me dé luz para poner lo que se sigue; que bien es menester para declarar con palabras de acá cosas divinas tan lejos de las humanas. Cierto, que por lo que más he sentido escribir estos papeles es por mi insuficiencia para decir las cosas de que trato. Quien tuviera letras y ciencia, bien lo podía hacer, pero una mujer ignorante ¿cómo puede por los términos de su cortedad decir cosas de tanta alteza? Diré algo como pudiere, de lo que me aconteció subiendo esta Escala. Y lo que pondré ahora no fué lo que menos me hizo subir apriesa sino lo que más. Dirélo, pues, ahora; no es el menor escalón.

Es un modo de oración que hizo a mi alma notable provecho. Concediómelo el Señor luego que entré monja y me dí toda a la oración. Comencé a tenerla de recogimiento considerando a Dios dentro de mí. Esto es dificultoso de decir y de entender y de tener oración así para los ignorantes, pero a mi ver, para comenzar a aprovechar, el mejor. Y no sin causa el demonio lo procurará mucho impedir; y el impedimento que pone, es valiéndose de lo corporal. Acuérdome, que un alma trataba de comenzar a tener oración considerando a Dios dentro de sí, y hacíasele dificultoso diciendo, ¿cómo puedo yo considerar a Dios dentro de un cuerpo tan malo y que tan malas cosas tiene? ¡Buena ignorancia! Para la oración, séase de cualquiera manera, no se ha de hacer caso del cuerpo, sino para mortificarlo porque no impida. No se han de regular las cosas divinas por las humanas. Este cuerpo sólo es una como cárcel y guarda del alma, un cuerpo que

formó Dios para que el alma incorpórea se incorpore, esto es, tenga cuerpo, a quien uniéndose vivifique. Donde Dios habita es en el alma, allí es su retrete, ese es su templo. En esta oración de recogimiento no se ha de considerar al Señor dentro del cuerpo sino dentro del alma. La hermosura de ésta, si está en gracia, es tan grande que no se puede imaginar. Algo de lo que se me ha mostrado en este particular, dije arriba.

Este modo de oración, considerando el alma a Dios dentro de sí, es provechosísimo, porque nos obliga a gran pureza del alma, compostura y reverencia. Para quitar invenciones de visajes, que al principio se pueden o suelen hacer, es muy bueno este modo, porque se recoge el alma con grande quietud y sosiego y sin rodeos ni cansarse en otra cosa, que bien dijo el glorioso san Agustín, que en todo había buscado al Señor, y le vino a hallar dentro de sí. Movida de estas palabras y guiada por ellas, que las vi en un libro y me hicieron harto al caso, comencé a tener este modo de oración. Parecióme luego que el Señor había entrado en mi alma, y que se había hecho dueño de ella, y que allí como superior a todo mandaba, y por su bondad cuando era servido llamaba a toda la gente de esta su casa, y la recogía con Su Majestad y Señor. Digo que la llamaba, porque yo por mí no podía adquirir tal recogimiento. Lo que mi alma aquí pasó con Su Majestad no se puede numerar. Declarando algo de ello, diré y daré a entender en lo que alcanzare, cómo es esta oración de recogimiento.

A mi memoria, por la bondad del Señor, no sé qué voz la dieron o cómo la entraron allá dentro o la pusieron en este Señor de tal forma que jamás se olvidaba de tal huésped, como tan cerca y dentro de sí le tenía. El entendimiento lo conocía así, y entendía más de lo que sabré decir. Allá pasé el tiempo hasta que el Señor me subió a cosas mayores; los fervores

de la voluntad, los júbilos que mi alma tenía, eran grandes; recogíanla al retrete, y veía a su Señor con la consideración: allí me arrojaba a sus pies, y me consideraba Magdalena, implorando con lágrimas misericordia; Samaritana, pidiendo agua de gracia, y me parecía me la pedía el Señor de su obsequio con infinitas inspiraciones para que me aprovechase; considerábame Cananea, y holgábame de pedir migajuelas y considerarme el can de la mesa del Señor: después de esto me atrevía a acudir al Señor como a padre con palabras regaladas de hija; otras, como a mi señor y dueño; y algunas, como a esposo: con estas consideraciones crecía mi alma en fervor y deseos.

En este modo de oración no hay tanto peligro de distraerse las potencias, y se puede mejor desechar al enemigo. No dormía el maligno, que en este tiempo y en todos harto me ha contristado. Pero yo no hacía sino recogerme luego al sagrado, íbame adonde tenía a mi Señor, adonde le consideraba, y decíale no hay entrada. Con este modo de oración caminaba. Los efectos que hacía en mi alma era aniquilarle mucho; dábame grandes deseos de servir al Señor, obligándome a grande paz y quietud; olvidéme de las cosas terrenas. Paréceme, que allá dentro del alma había un horno de fuego donde se purificaba todo: y todas las veces que me recogía interiormente, parece eran caldas de purificar. La entrada en este modo de recogimiento, algunas veces lo hace el Señor dando algún aviso con su presencia y asistencia en el alma; otras, le hace el alma engolosinada de lo bien que en este recogimiento lo pasa. Aquí no dejan de obrar o trabajar las potencias, aunque hay intervalos, y alguna vez oye el alma al Señor que habla al corazón; pero este callar no ha de ser más que mientras la voluntad está amando, que si está ociosa, lo será el tiempo que allí se gastare; y en este particular es menester cuidar mucho, porque podría castigarse el descuido en este tiempo con alguna sequedad.

Otro aviso provechoso es, que cuando el Señor llame a recoger el interior con alguna inspiración, respondamos; y no nos acontezca lo que a la grosera esposa, en que no reparemos que es la voz del Señor que nos llama, y no le[1] abramos, reparando en algún impedimento que importa tan poco, como salir descalza. Muy poco suelen importar algunas impertinencias que nos divierten y embarazan, pero grande sería la falta si Dios llamase, y un entretenimiento, una palabra ociosa, una niñería nos entretuviese. ¡Qué grosería! Necesario es el cuidado en esto, porque tal vez estándose el alma descuidada llama el Señor, y en este modo de oración acontece muchas veces, aunque por nuestro propio interés habíamos de responder. ¿Hay mayor consuelo que aquel recogimiento, y mayor gloria? Porque si allí está Dios, allí se halla, allí está la gloria. Cierto que es lástima, que las criaturas racionales carezcan de tanto bien. ¡Oh, si todos lo procuráramos! Siempre es esta mi ansia, y digo que es necia ignorancia no darse todos a la oración. ¡Oh Dios mío, y qué engaño es éste! ¡Válgame Dios, de los bienes que carecen los que no tienen este ejercicio! Aun los infieles, vaya, que no conocen a Dios: pero los cristianos y católicos conociéndole, y tanto como la fe enseña, parece un absurdo. Mi Señor dé luz especial.

§ XXIV

Trabajos que acompañan esta grada y disponen para otra

Cuando el Señor me dió este modo de oración que he dicho, parece me previno para muchos trabajos, y con ellos para otro modo de oración que diré. La pa-

[1] O. c. «le hallamos».

ciencia y las demás virtudes se hacen fuertes con los favores del Altísimo. Experimentélo yo en que me hacían llevar con paciencia los trabajos, crecíanme las enfermedades del cuerpo, con que hubo ocasión de padecer aún en el alma y merecer algo; porque aquellas personas de quien hablé arriba, con buen celo sería de que no se relajase la religión, sentían mucho mis enfermedades continuas y que no valiese para trabajar nada, sino para estorbar, y para no servir y trabajar en las comunidades. Todo esto me lo daban a entender; y el demonio valiéndose de esta ocasión e instrumentos me afligía cruelmente; mi natural ayudaba harto a esta aflicción; y porque era de dar gusto a todos y tener paz con todos, y el ver lo contrario me era muerte y vivir crucificada.

Ofrecióseme por la misma ocasión otro género de trabajo no menos pesado para mí, y fué que los padecían por estos mismos instrumentos que he dicho, todas las que a mí me hacían caridad de aliviarme los míos; y así, por donde había de tener alivio, tenía pena. Veíaselos padecer a mi madre por esta causa tan pía; que no fué la que menos me atormentaba el verlos padecer cuanto al peligro a que se ponía la quietud de su alma, por ser los instrumentos criaturas: esto era lo que afligía mi alma. Y también me afligía el dar pena, porque mi deseo era servir y amar a estos mismos instrumentos aplicados por el Señor para labrar mi natural. Y cierto lo había bien menester, y échase de ver en que por todos los caminos lo hacía el Señor sin dejarme alivio. ¡Y qué fiel se me mostró conmigo Su Majestad! En este artículo no sé si puedo decir le debo más porque me castigó, que porque me regaló. Estos trabajos ensancharon mi corazón y le dilataron: enseñáronme a conocer el poder del Señor y a reverenciarle; humilláronme, resignáronme, mortificaron mis pasiones. No puedo decir los buenos

efectos que en mi alma conocí causados de ellos; preciosa cosa son: y qué gusto contra gusto puede tener el que los padece. Aquí le viene bien a la parte superior alabar al Señor, porque nos concede beneficio tan sobre nuestro mérito, aunque sea contradiciéndolo la parte inferior.

Con la disposición de estos trabajos y otros que no digo, subía mi alma apriesa por esta Escala, y en medio de estos trabajos me concedió el Señor la oración de quietud. Teníala mi alma grande, y con ser contristada y estar en las aflicciones que he dicho, pasaba en una serenidad hablando siempre con mi Señor: lo que entre Su Majestad y ella pasaba, sólo el mismo Señor lo sabe, que yo no lo puedo decir. Habíalo bien menester porque andaba siempre en guerras y en contiendas con las criaturas y conmigo propia. Estos dos enemigos han sido los fuertes contrarios, y con quien continuamente peleaba; con las criaturas, porque se oponían a todo mi querer y obrar en el camino espiritual y anhelo a adquirir la perfección: conmigo, porque he tenido mal natural; como conforme a él deseaba dar gusto a todos los que hacían lo contrario mortificándome.

De mí confieso esta culpa y muchas delante de mi Señor, que lo ha sido y me costó mucho de vencer, aunque con la ayuda del Señor la vencí a buen tiempo. Y es menester se haga así porque es una falta muy [1] conocida, y que impide mucho el camino de la virtud, porque en los trabajos que el Señor da para purificar el alma no mirando vienen de la mano de Dios sino atendiendo sólo a que los causan las criaturas, luego dice el alma, si llevaban razón, si era fuera de camino y de buen proceder, si quiera por cortesía y otras cosas así. Todo esto va fuera del camino de la virtud y es poca humildad y falta de morti-

[1] O. c. «muy poco».

ficación. Para la verdadera hija y fiel esposa del Señor no ha de haber en este particular razón ni ley ni cortesía, sino que su querer acerca de lo que las criaturas obraren contra ella ha de ser la ordenación de Dios, pues lo dispone así Su Majestad. Este daño o tentación cuanto antes se venciere es mejor, y de él y de otros defectos es el remedio la oración y trato con Dios.

§ XXV

Cuarta grada. Oración de quietud

No es lo que menos ayuda a subir esta Escala la oración de quietud: grada bien importante es. Oración de quietud no es otra cosa ni lo parece, que un rayo o vislumbre de la bienaventuranza, un rastrico de lo de allá, porque comienza a entrar y gozar el alma de una quietud suavísima, y las potencias no andan ya tan afanadas. Lo que causa esta quietud suave es el mismo Señor; y conoce (el alma) la causa Su Majestad, porque ¿qué otra cosa si no es su misma presencia nos pudiera causar esta dulzura en el alma? Hácese en este modo al punto que las potencias caminan a obrar y discurrir, quedándose las dos, memoria, entendimiento, quietas en la presencia e inteligencia de Dios, y[1] la voluntad amando en esa quietud. Es por poco tiempo; y así el descuido en que ellas obran, pasado ese, podría ser dañoso. La regla en esto me parece a mí ha de ser mirar cuando la voluntad no trabaje o no obre amando, que mientras ella ama, no pierde tiempo, pues todo se endereza a ese fin.

Paréceme esto, como un gran señor que se va a una quinta suya de placer, (con este ejemplo declararé este modo de oración) y entrando en esta quinta suya se

[1] O. c. «y en».

sienta en una silla, y de allí manda vayan los criados en su presencia componiéndola a su gusto y querer, y todos se solazan de verle. Y así en su modo sucede acá. Viene el Señor a su querida quinta de placer que es el alma en gracia, y entra Su Majestad como tomando asiento en donde tiene sus gustos, y de allí presente la compone a su querer con fervores y regalos y esta quietud gozosa. Cierto que tales efectos se muestran bien ser de tal Señor: no parece puede dudar el alma, que está aquí Su Majestad. Aquí es menester que el alma desplegue el corazón y no se altere, que como son principios, no se saben las grandezas del Señor; altérase el corazón con el fuego que siente que le toca; si está bien dispuesto es fuerza que se prenda, como la leña que lo está y toca al fuego material que la encienda. Es este un fuego suavísimo, y de su suavidad procede un grande gusto espiritual al alma y quietud grande de potencias; anima y esfuerza mucho.

Los bienes que este modo de oración tiene y trae al alma no se pueden numerar. Concedióme el Señor por su bondad la oración de recogimiento y ésta de quietud desde que después de religiosa comencé a tener oración entregándome toda a ella. Fueron grandes las misericordias que el Señor me comunicó: los favores y júbilos tal vez no los podía disimular, y luego me retiraba a una celda muy retirada y solitaria, y allí descansaba, y amando al que así hería mi corazón. En este desierto de la celda gastaba largos ratos, y en aquella soledad y pobreza, que lo era mucho, se me comunicaba Su Majestad y me consolaba en los trabajos.

Cosa de año y medio pasé así en este modo de oración, y en la soledad que he dicho cuanto podía o se me permitía: gastélos en mortificar pasiones y sentidos, y en componerlos: por la bondad de Dios lo hacía con cuidado. El efecto que a mí siempre me hizo

la oración, fué éste. Con verdad puedo decir, que jamás me puse en ella y delante de mi Señor, que si tenía imperfecciones no me las reprendiese. ¡Qué reprensiones tan particulares son las del Señor! ¡Qué misteriosas, y cuánto es lo que enseñan! Sólo por recibirlas, y el gozo de cumplir lo que enseñan, parece que se podía servir a Su Majestad. Sentíame muy obligada a tantos beneficios, y así siempre decía aquel verso, *¿qué le daré al Señor en retorno de todas las cosas que me dió?* De cuantos favores y mercedes que me hace, veíame sin nada por serlo yo, pero acordábame de que nos manda el Señor que trabajemos con la hacienda suya, con los talentos que nos da, y no los enterremos: y esto me obligaba a trabajar y aprovecharme lo posible, sacando frutos de la oración; y con ellos procuraba hasta las últimas imperfecciones quitar.

§ XXVI

Trabajos de esta grada, modo de llevarlos y su [1] virtud

Procuré no echar a mal el talento de los trabajos que tenía en este estado, con la ayuda del Señor. No son ellos menor talento que los demás, antes en este género parece tenía alguna mayoría, pues aquel es talento mayor con el que el Señor pone en mayor ocasión de trabajos. Grandes fueron las tentaciones que el demonio procuró para contristarme en este camino; pero la luz lucía para conocerle, y a todo me armaba conformándome con la voluntad del Señor; y por su bondad con entender ella se cumplía, tenía paciencia. Ofrecí no dar disculpa ni decir palabra que pudiese aliviar mis trabajos. Tenía en este tiempo una grave enfermedad que me los acrecentó, y otras mu-

[1] O. c. «y su utilidad».

chas que padecía; y el Señor a veces las encubría a las criaturas, y las necesidades que en ellas se me ofrecían, para aumentar el mérito en ellas. Otras veces las declaraba, y permitía que las necesidades no se remediasen; con que había más ocasión de más mérito: si bien me persuado que por ignorarse las enfermedades o necesidades no se cumplían [1]; y podía ser, y sería, que lo hiciesen por mi mayor bien. Y a todo callaba, y así cogía mi alma los frutos preciosos de los trabajos; pero el demonio no quería que callase, ni podía disimular la rabia que de lo que hiciese recibía: que le sabe muy mal esto: así a las mismas personas movía a ira, tomando motivo de que callaba yo. Y si hablaba, aunque fuese con amor, decían que no querían ver más que hasta dónde llegaba mi mortificación. No sabía qué hacer en esta contrariedad: acudía al Señor y pedía consejo a Su Majestad; y el que me daba la doctrina con que (me) industriaba, era muy saludable.

Decíame el Señor, que le ayudase a llevar la cruz; y a las que me la daban las estimase, que era razón estimar a quien da tanto bien, como la cruz de Dios; que las amase de todo corazón, y las pagase con ese amor el beneficio; y que así todo se quietaría; que fuese extremada en la paciencia, y dejase al demonio y sus malos consejos; que mirase siempre a Su Divina Majestad, que teniéndole delante de los ojos, todo se me facilitaría. Muchas doctrinas me daba el Señor con que me [2] adelantaba, en particular, que en hacer aquellas siervas suyas lo que conmigo hacían, no podía yo conocer la intención que llevaban; y que por ventura era buena, y lo creo yo que lo era. Pues el demonio no dejaba de afligirme: afeábame mucho aquellos procederes: decíame, que con buena conciencia no podía llevar con aquel sosiego tantos trabajos, porque el lle-

[1] O. c. «se suplían». — [2] O. c. «me alentaba».

varlos así y callarlos causaba a aquellas personas impaciencia; y que había de responder con brío para quietarlas: añadía que, con qué satisfacía yo la inquietud de aquellas siervas de Dios; que era revolvedora del convento, y que poco a poco me iba al infierno. ¡Oh desventurada de ti, decía, en qué mala hora naciste! Todo esto amasaba y componía de modo que me afligía harto, y como las enfermedades eran tantas, los dolores continuos, las contradicciones frecuentes, y mis temores ayudaban, me turbaba el combate para no conocer del todo que era esto del demonio. Así estaba afligidísima, y parece la vida se me acababa, y que para mí no había consuelo. Las misericordias que del Señor había recibido, totalmente me las hacía olvidadas el demonio; y así cerraba la puerta al consuelo; todo afligía. Algunas veces, en medio de estas tinieblas alumbraba el Señor con luz, de modo que todo quedaba claro. ¡Qué consuelos tan particulares recibía! Fiel es el Señor: no podré significar lo mucho que conmigo lo fué. Sea alabado Su Majestad.

Necesario es el crisol de los trabajos para que el alma se vaya más y más purificando, y pueda así ir subiendo las gradas más altas de esta Escala. De mí puedo decir me martilló mucho el Señor y me envió muchos trabajos para purificar este metal tan indómito. Cuanto más adelante más crecían mis trabajos grandes y graves enfermedades, y en particular aquel gran trabajo que atrás queda dicho. Con todos ellos, pues, iba el Señor por su bondad purificando mi alma y apartándola de las cosas de esta vida y de algunas imperfecciones. Lo que más me hizo llegar a Dios y conocerle fué el mal proceder de las criaturas; por medio de su correspondencia llegaba yo a mi centro que es Dios; conocido que (1) Su Majestad es fiel. Por este

[1] O. c. «por medio de su corta correspondencia llegaba a mi centro que es Dios, conociendo que sólo Su Majestad es fiel». —

camino me ha mortificado mucho Su Majestad porque me dió el natural muy sentido, amigo de dar gusto y de tener a todos con él. En esto confieso, como he dicho, mi imperfección, y que me ha costado caro de domar, y de no mirar respetos humanos. Pero el Señor por su bondad ordenó las cosas de modo que quitó (1) tales imperfecciones. Quitólas Su Majestad en este tiempo antes de llegar a las gradas que ahora declararé.

Entre los trabajos que el Señor me dió, no fué el menor unos ímpetus de espíritu que Su Majestad me comunicó por medio de la luz divina. Y no los llamo trabajos por ser ímpetus, ni por ser de espíritu, sino por ser tan grandes que no los podía disimular; y el dar muestras (2) acrecentaba la acedía y disgustos en aquellas personas que he dicho. No me desagradaba a mí que hiciesen este juicio; que ha sido harto fiel el Señor conmigo en este particular, con que no ha dado Su Majestad lugar al enemigo ni a lo sensual para dar en los despeñaderos, daños y desaciertos que pudiera: antes bien con estas prevenciones y mortificaciones me tenía advertida de manera que me hacía andar velando y mirando lo mejor y que fuese más oculto.

Por lo que era trabajo lo que voy diciendo es, porque crecían los júbilos y venían ya a ser recogimiento de sentidos o vuelos de espíritu, y era fuerza tener algo de exterior: y como yo no podía ocultarlo ya, y era tan mal recibido que causaba inquietud a aquellas criaturas, me era de no pequeña mortificación. Decíanme que era remedar a otras, y que era todo engaño e invenciones, y con amenazar que era menester castigarme quitándome las comuniones y el recogimiento de la celda: buscaban mi remedio, y quitábanme lo

O. c. «fué el mal proceder de las criaturas por medio de su correspondencia llegaba...» [1] — O. c. «quitó de mí». — [2] O. c. «muestras de ellos».

que era mi vida y consuelo. Querían sin conocerlo impedir las obras del Señor, pero cuando Su Majestad quiere, nadie puede resistir a sus fuerzas ni a su espíritu. Harto trabajé yo por no tener cosas exteriores, pero no pude. Válgame Dios con qué disimulos y menorías yo andaba disimulando escondiéndome y deshaciéndolo todo; y con una vez que me venía un impulso de espíritu, deshacía el Señor todas mis trazas: hacía Su Majestad, como dueño, lo que quería, y cómo y cuándo quería. Confieso que me mortificaba yo, y que bien lo sabe el Señor disponer y obrar como poderoso. Este grado de oración o grada de esta Escala, que es ya más eminente y sobrenatural iré declarando. Siempre que había de mudar de grado de oración o había de recibir algunas particulares mercedes, me prevenía y disponía el Señor antes con trabajos; y ésta ha sido la puerta por donde he entrado.

§ XXVII

Quinta grada. Oración de recogimiento de sentidos. Vuelo de espíritu

Cuando la Majestad divina por su grande misericordia y bondad mira con particular caricia al alma y le da un poco de su admirable luz, ¡cuáles son las ansias que padece para ir tras el amado! ¡Válgame Dios, qué fuerza interior siente, qué deseos, qué suspiros! Nada le satisface, todo es acíbar sino el amado, nadie puede tener su corriente tras él, porque a todos resiste, todo lo pisa y deja debajo de sus plantas, sobre todo pone los pies para llegar a los del Señor, que así ama. Este es el estado que voy declarando. Las ansias que se padecen hasta que el alma descansa son mortales en esta vista, nada las satisface como un vuelo de espíritu, rapto o arrobo, aquél es el descanso.

No es lo más perfecto el arrobo, porque la causa de tenerlos es que la luz que le dan al alma es tanta, que le hace crecer el fervor e ímpetus de espíritu de tal grado que, como incapaces hace salir los sentidos de sí. Por lo que digo pues, que no lo es lo más perfecto es lo uno, porque se goza y no se padece; lo otro, porque puede haber algunos engaños en cuanto a las visiones imaginarias y fantasías en los sentidos[1] exteriores: y también digo que no es lo más perfecto, porque los sentidos son incapaces de tanta gloria y por su poca fortaleza con la admiración del alma se engañan. Los arrobos se tienen con las potencias, y esta admiración no es imperfecta o menos perfecta; pero sería más perfección en el alma si ella fuese capaz de mirar y de admirar la luz sin engañarse de los sentidos; mas como criatura de naturaleza flaca la disponen así, y es nuestra imperfección que de ser criatura humana que recibe la luz.

Con las potencias, digo, y por ellas se hace este beneficio, porque se les muestra lo que causa este arrobo. Con la luz que se le comunica al entendimiento, teniendo la memoria presente, ama la voluntad y con tanta fuerza, que puede más ella que todos los sentidos, porque parece les hace fuerza, y les dice: venid sentidos y potencias conmigo: paréceme que llama y compele el interior a la vida y virtud de los sentidos, para que dejando lo de afuera vaya a donde él tome su vuelo. Ya dejé advertido arriba, que aunque yo señalé tres partes en el alma, no es el alma sino una indivisible, y que ésta mira al espíritu o mente, y también da vida a la parte exterior. En teniendo, pues, el alma aquella luz, con la fuerza del amor se aparta de la parte inferior y recógese toda a la interior, falta el alma como de dar vida cuanto a la operación a

[1] O. c. «sentidos interiores».

los sentidos, y así está más donde ama que adonde anima.

Cosa superior es por cierto una mudanza tan grande, y siempre es novedad, y así se lo parece al alma. En toda ella se siente esta mudanza, y por ella y aun por el cuerpo pasa un estrago; mas es con suavidad y provecho, porque mortifica las pasiones mucho. Cuando se tiene este recogimiento, déjase desembarazado el cuerpo; y por lo que este rato se puede envidiar, es por descansar de estar siempre en pelea con los enemigos, sentidos y cuerpo. En este rapto o arrobo no hay pasiones exteriores ni contiendas con criaturas de acá. Si siempre se pudiera estar en este estado, cierto sería bueno y acomodado, pero no siempre se ha de gozar. El envidiar esto no lo harán los hijos fieles, que quieren más que gozar el padecer: en los arrobos no se padece sino que se goza; no hay que vencer, porque no se sienten enemigos ni pasiones; el cuerpo se aligera, y esto es más o menos cuanto más o menos fuere la fuerza del espíritu: la causa de aligerarse es el fervor grande e ímpetu.

El efecto que el arrobo hace es conforme lo que se le muestra: si es luz, es alumbrado; si doctrina, conforme sea la obra, o se determina a obrarla, anímase a padecer, desea cosas grandes, el amar se aumenta, la estima de las cosas divinas crece, la desestima de las cosas terrenas se hace mucho mayor, porque conforme lo que allí se reconoce, todo es nada: al fin los buenos arrobos todo lo bueno enseñan, y mucho animan a ejecutarlo. El efecto que hacen en el cuerpo, y en lo que se conocerán si son verdaderos, es que ninguna cosa siente, queda como muerto; y es así, que le han quitado la vida de las pasiones[1] sensitivas; porque el alma por la parte que se le da, con la fuerza del espíritu se le quita, como declaré arriba. Suélese[2] sen-

[1] O. c. «de las operaciones». — [2] O. c. «Suelen».

tir un desmayo muy grande en estas mudanzas, y alguna vez se siente el cuerpo y como parte flaca, de esta violencia; pero tal vez suele recibir el alma tan señalada y grande merced que se alivia el cuerpo y cobra fuerzas, porque sobrenaturalmente se las dan. De mí digo, que con lo que he padecido por esta causa y con lo que padece el cuerpo continuamente de dolores, si no se me hubieran comunicado muchas veces estas fuerzas sobrenaturales, hubiera muerto muchas veces si la vida para morir muchas veces se me restaurara.

Parecerá éste pequeño trabajo; pues no es sino muy grande, que tal parece no se puede sufrir: y no es el que menos compone y mortifica. Siéntese un desmayo y desaliento grande; no es del género[1] que dan por flaqueza u otras causas, sino muy diferentes. Los de flaqueza mueven las pasiones y causan grande desabrimiento; éste no causa sino grande compasión de[2] apetitos, mucho desprecio y olvido de las cosas terrenas. A lo menos a mí este efecto me ha hecho, y me ha sido de gran provecho. Todos estos bienes son efectos del buen rapto; y ¡qué buenos los hace! Sólo por la experiencia se puede conocer. Es como una muerte suave, muerte de lo imperfecto y de las pasiones, resurrección de virtudes. El que es arrobo verdadero tales efectos hace; y como causados del amor, es muy obrador y es mucho lo que aquí se obra.

§ XXVIII

Desinterés con que se ha de portar el alma en estos beneficios

Son estos raptos de grande alivio y consuelo en esta vida mortal y valle de lágrimas. Alimentan mucho, porque en alguna manera satisfacen a las ansias conti-

[1] O. c. «género de los que» — [2] O. c. «de apetecer».

nuas que tiene el alma de ver a su amado; aunque por cortina y por imagen conoce algo de aquel sumo bien. Si el alma va desalentada y afligida, allí se consuela y cobra fuerzas; y aun el cuerpo participa este beneficio. Muchos bienes y gozos trae consigo, y tal vez parece al alma que no tiene más que ver, y que más en esta vida no puede desear; y diría como san Pedro, *quedémonos aquí*. Tanto aprecia este tesoro que todos los que por acá se pudieran adquirir, fácilmente se dejaran y trocarían por éste; y no sólo esto, sino que cuantos trabajos y tormentos se pudieran ofrecer y padecer, se padecerían de buena gana sólo por un instante de este gozo. Es grande, no se puede negar. Mucho se recibe y mucho se goza, pues parece rayo de gloria, y cual en esta vida la puede tener un alma por gozar algo de la otra. No hay gozo ni consolación en esta vida a que la podemos dignamente comparar; y aunque se juntasen todos los gozos y deleites, todo es pena en su comparación.

Parecíame a mí no mirando esto más que por fuera, que esta vida y estado del alma es de envidiar, y que muchos la tendrán por dichosa, y querrían tener tal felicidad como gozarla. Sí dichosa y feliz es, no se puede negar. Pero considerándolo a más luz, los verdaderos y fieles hijos, como he dicho, ni en este artículo ni en otros hemos de querer descanso ni el gozo en esta vida sino la pena, lo más árduo y trabajoso a nuestro natural. No hemos de huir de la cruz, que no nos lo enseñó así nuestro divino maestro Cristo. Y aun dejado esto, hay otra consideración poderosa para que no nos arrastre el deseo de gozar, porque si éste es camino de amor, y su ley es de amor, no hemos de buscar premio con interés, pues ningún amor interesado es fiel. De este artículo de amor he tratado ya en otras ocasiones.

Yo deseo tanto que amemos con fiel amor a este

fiel Dios, y deseo tanto tenerle y que todos le tengan, que me obliga a ser cansada y decirlo muchas veces. Mucho lo he deseado y deseo, y tanto que nunca pedí a Dios me diese la gloria, sino que yo le amase y sirviese, que esto buscaba y no gloria. Parecerá disparate éste, porque claro está, que pidiendo la gloria se pide el servir a Dios, pues no se puede ir allá sin servirle, y Su Majestad quiere se la pidamos, y para gloria suya nos manda la deseemos. Así lo confieso, pero el[1] ser ésta mi petición no era sino decirle al Señor, y con veras, que aunque no hubiera premio le sirviera, y no le ofendiera aunque no hubiera castigo. Por su bondad me ha dado el Señor este deseo y amor desinteresado; suyo es, porque en mí y de mí no hay cosa buena. ¡Ay de mí, qué harto poco amo para lo que debo! Al natural que me dió el Señor, se puede atribuir alguna aptitud para este desinterés, porque aun con las mismas criaturas he tenido el amor desinteresado, y tanto que en mis principios confieso que me fué dañoso, porque se[2] ofrecía el atropellar a todo y dejar algunas cosas de virtud, como no fuese pecado, por ser agradecida. De como de estas miserias, y muchas más puedo decir de mí; y querría que todo el mundo las conociese para que entendiesen quién soy.

Digo, pues, que después de esto, cuando del todo me dió luz el Señor, mudó este amar para sí, y con doctrina e inspiraciones, trabajos y enfermedades lo purificó y enderezó Su Majestad a su origen, y a quien lo debía dedicar y en quien debía emplear toda mi alma: y así por su bondad he sentido en mí este amor desinteresado para con el Señor, y querría yo que todos lo tuviesen y no deseasen con interés esto que es gozar. Triste cosa sería, que la virtud viniese a tal estado que se desease por lo que en conseguirla se puede gozar en esta vida: aun en la otra por el cielo o la

[1] O c. «pero en ser». — [2] O. c. «se me».

vista de Dios, vaya, aunque no es el más noble obrar; pero lo que se puede gozar en esta vida, ¡qué desacierto tan grande! Y aun me parece que quien no haya pasado por las cosas así exteriores, será quien las desee; que quien con las manos lo haya tocado, no dirá que las desea. Cierto, que es caro bocado y que es gozo trabajoso; mirándolo de afuera, no más, como he dicho, parece agradable. ¡Ay Dios, y cuántas almas que han pasado por estas cosas exteriores, desearan amar mucho a Dios sin ellas. De mí digo, que muchas veces con lágrimas lo he pedido a Dios. Nadie sabe lo que en su interior un alma padece.

§ XXIX

Trabajos de este estado, y cómo disponen para otras gradas

Aquí diré cómo se solía ver mi alma en este estado cercada de aflicciones entre el ruido que inevitablemente hacen en los principios estas exterioridades. Puedo decir, que no sé si debo a Dios tanto por lo que me ha dado a padecer en las cosas exteriores como por lo que me ha dado a gozar en ellas. Yo las estimo por la parte que son cruz, y en más las tengo por lo que he padecido, que ha sido mucho. Por ventura en otro natural no fuera tanto, pero en el mío, como tan frágil, ha sido algo. Solía verme con unos temores grandísimos del género que he tenido siempre, si perdería la gracia, si estaba en amistad de Dios, si le tenía enojado. Debíalo de disponer Su Majestad así, porque se me encubría, y[1] solía dejar en una soledad grande, con que esto se aumentaba. El demonio se valía de todo esto, y me traía terribles y espantosas visiones, y un habla que siempre cuando estaba así afli-

[1] O. c. «y me».

gida sonaba en mis oídos que me decía: ¡oh desdichada alma, camino vas de perdición; todo eso que tienes, es engaño e imaginación; no hay remedio para ti! Y sí desechaba esto por adelantarme[1] algo o pareciéndome tentación, me volvía a decir: — en el más desdichado estado estás, que hay en la vida; éstos son los golpes y llamamientos de la conciencia; y resistes a ellos y a la voz de tu Angel de guarda. — De modo estaba pues, que venía a dudar si eran avisos éstos de estar en mal estado: y esta duda me tenía como muerta: si iba a solas, decía: — ahora se te tragará la tierra, — y otras cosas así: y el interior estaba tan obscuro cuanto todo aquello parecía verdadero.

A todo esto se me juntaban trabajos de criaturas de acá; prelados y confesores a examinarme, como era razón se hiciese en cosa de este género; y aun quien no tenía obligación de hacerlo, lo hacía. Con tales personas me sucedió una vez un trabajo a mi sentir mayor que todos los que en este particular he tenido: y quiso el Señor disponer que yo lo viese. Fué, que estando haciendo una prueba indigna de nombrarse aquí por ser tan fea, (fué tanto, que jamás la pude nombrar ni decir) al mismo tiempo quiso el Señor, que yo lo estuviese para poderlo sentir; como Su Majestad sabía lo que yo me había de mortificar con ella toda mi vida, lo permitió así; porque todas las veces que me ocurre a la memoria, tengo que ofrecer a Dios; no sé si este trabajo queda ya dicho. A este modo he tenido no uno sino muchos, si bien el que he dicho es el que más podía sentir. Todo esto que digo, y mucho más que podía decir de trabajos en este estado, es para que se conozca que no es de envidiar esta vida de exterioridades, porque sin nada de ellas puede ser un alma muy agradable a los ojos de Dios, que es lo que se puede desear. Pluguiera a Su

[1] O. c. «por alentarme».

Majestad lo fuera yo sin estas cosas exteriores, que no las buscara; pero soy hechura del Señor y he de ir por donde me lleva Su Majestad. Disponga a su querer de mí.

¡Válgame Dios, y qué bien ayudan estas cosas a subir por esta Escala que voy tratando, sin saber cómo! En pasando esta grada o grado de oración, se halla el alma cerca de las demás gradas, que lo están del Señor. La puerta para entrar en visiones y revelaciones de ordinario son los arrobos. Y es cierto que no los da el Señor sólo para lo exterior, sino que su principio es para algún buen fin de provecho espiritual. Luego, pues, se camina a tener particular luz por las revelaciones o visiones; algunas de las que tuve pondré aquí. ¡Oh Señor mío, qué de trazas tenéis para procurar nuestro provecho y obrar nuestro bien! Paréceme a mí, que después de su gloria, la principal causa por que el Señor concede estas mercedes al alma es por algún bien espiritual de la propia que recibe el beneficio, y de alguna otra u otras. Para comunicárselo ¡qué pura y qué buena quiere Su Majestad al alma que las recibe! Cuando se comenzó el Señor a comunicar a mi alma, lo primero que hizo fué como enderezar la intención y alumbrarme por donde había de ir mostrándome el buen camino. Ya de esto queda dicho algo tratando de los principios.

(Aquí acaban las Copias).

ÍNDICE

Págs.

Prólogo 5
Introducción 9
§ I.—Declaración de esta Escala 10
§ II.—Razones que tiene el alma de temer aun en el camino espiritual 11
§ III.—Declárase en general el camino falso y engañoso 15
§ IV.—Peligros que hay en hacer penitencias eligiéndolas el alma de su propia voluntad 20
§ V.—Engaños que puede haber en quitarse la comida sin prudencia 28
§ VI.—Peligros que hay en no atender las tentaciones de la oración, o dejarla por ellas 33
§ VII.—Engaños que pueden haber en los fervores de los principios, por no conocer de qué nacen, o por qué causa Dios los envía 41
§ VIII.—Engaños que puede haber en los arrobos del principio, por no examinar si son verdaderos . . 46
§ IX.—Engaño que hay en pensar el alma está muy adelantada, estando muy atrás 48
§ X.—Engaños que puede haber en las visiones imaginarias y revelaciones 50
§ XI.—Engaño que hay en parecerle al alma ha llegado a unión, no siendo así 53
§ XII.—Engaño que puede haber en no pedir fielmente a Nuestro Señor 56
§ XIII.—Peligro que hay en no descubrir al confesor cuando la conciencia dicta que puede haber algún engaño 59
§ XIV.—Peligro que puede haber en que el confesor no sea docto o experimentado 63

Págs.

§ XV.—Cuán gran mal es no salir del estado a que pueden traer los engaños referidos 65
§ XVI.—Principio del buen camino; pureza del alma por medio de los Sacramentos, y resolución para seguirlo 68
§ XVII.—Primera grada de la Escala, cual es entrar en oración mental, y lo que es necesario para tenerla 71
§ XVIII.—Algunos avisos para las dificultades que al principio se ofrecen 79
§ XIX.—Trabajos de los principios de la vía purgativa 86
§ XX.—Efectos de la oración, por donde se conoce si es perfecta 91
§ XXI.—Declárase la nobleza del alma, y sus dos estados de gracia o culpa 93
§ XXII.—Segunda grada de esta Escala. Principio de vía iluminativa 100
§ XXIII.—Tercera grada. Oración de recogimiento . 106
§ XXIV.—Trabajos que acompañan a esta grada y disponen para otra 109
§ XXV.—Cuarta grada. Oración de quietud; no es lo que menos ayuda a subir esta Escala la oración de quietud; grada bien importante es 112
§ XXVI.—Trabajos de esta grada; modo de llevarlos, y su virtud 114
§ XXVII.—Quinta grada. Oración de recogimiento de sentidos, vuelo de espíritu o arrobo 118
§ XXVIII.—Desinterés con que se ha de portar el alma en estos beneficios 121
§ XXIX.—Trabajos de este estado, y cómo disponen para otros grandes 124

FIN

This book is due two weeks from the last date stamped below, and if not returned at or before that time a fine of five cents a day will be incurred.

DEC 1 3 1930		
FEB 2 4 '51		

COLUMBIA UNIVERSITY
0026058308

149.3 M338
'40

03360580

149.3
M338

JAN 1 6 1930